Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

Slav 3079.04.5

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

Slav 3079.07.5

JULIÁN JUDERÍAS

de España en Odessa (**Rusia**).

sia contemporánea

ESTUDIOS ACERCA DE SU SITUACIÓN ACTUAL

I. El territorio.—II. La población.
III. Las razas.—IV. Los idiomas.—V. Las Religiones.
VI. Las nacionalidades.
VII. El Zar y su Gobierno.—VIII. Las clases sociales.
IX. El presupuesto ruso.—X. La Agricultura.
XI. La Industria, el Comercio y las Vías de comunicación.
XII. La cultura popular, el Libro y la Prensa.
XIII. La expansión colonial.
XIV. El conflicto ruso-japonés.

Impr... y fábrica ... OBI... Y O...

MADRID
EST. TIP. DE FORTANET
29, Calle de la Libertad, 29

1904

Vale 20
Slav 3079.04.5

JULIÁN JUDERÍAS

de España en Odessa (**Rusia**).

sia contemporánea

ESTUDIOS ACERCA DE SU SITUACIÓN ACTUAL

I. El territorio.—II. La población.
III. Las razas.—IV. Los idiomas.—V. Las Religiones.
VI. Las nacionalidades.
VII. El Zar y su Gobierno.—VIII. Las clases sociales.
IX. El presupuesto ruso.—X. La Agricultura.
XI. La Industria, el Comercio.—Vías de comunicación.
XII. La cultura popular.—El clero y la Prensa.
XIII. La expansión colonial.
XIV. El conflicto ruso-japonés.

MADRID
EST. TIP. DE FORTANET
29, Calle de la Libertad, 29

1904

RUSIA CONTEMPORÁNEA

ESTUDIOS ACERCA DE SU SITUACIÓN ACTUAL

DEL MISMO AUTOR

El obrero y la Ley obrera en Rusia. — *(Publicación del Ministerio de Estado.)*—Folleto en 4.°

Rusia contemporánea

ESTUDIOS ACERCA DE SU SITUACIÓN ACTUAL

I. El territorio.—II. La población.
III. Las razas.—IV. Los idiomas.—V. Las Religiones.
VI. Las nacionalidades.
VII. El Zar y su Gobierno.—VIII. Las clases sociales.
IX. El presupuesto ruso.—X. La Agricultura.
XI. La Industria, el Comercio y las Vías de comunicación
XII. La cultura popular-El Libro y la Prensa.
XIII. La expansión colonial.
XIV. El conflicto ruso-japonés.

POR

JULIÁN JUDERÍAS

Ex-agregado al Consulado de España en Odessa (**Rusia**).

MADRID
EST. TIP. DE FORTANET
29, Libertad, 29.
1904

Slav 3079.04.5

HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS

Rusia contemporánea.

Estudios acerca de su situación actual.

Prólogo.

La idea que generalmente se tiene de Rusia, no solo en España, sino en toda Europa, es incompleta y errónea. Su forma de gobierno, los procedimientos un tanto duros que adoptan sus ministros al reprimir las intentonas de sublevación ó de mera protesta, y el empleo constante de prácticas policiacas caídas ya en desuso, dan lugar á lucubraciones filantrópicas en la Prensa europea y hacen que lo real y verdaderamente interesante del Imperio ruso, lo que es eficaz á despertar sorpresa suministrando algunas veces ables ejemplos de habilidad política, se ig- ó se calle, en unos casos con sinceridad, en s con evidente mala fe. Sin embargo, no hay

historia más interesante que la del pueblo ruso, ni nada más instructivo que los esfuerzos hechos por sus gobernantes para ponerlo á la altura de los demás de Europa, rompiendo antiguos moldes, dando al traste con todo género de prejuicios, combatiendo el fanatismo, trabando lucha tenaz con la ignorancia y procurando, por último, la unión, la fusión, mejor dicho, de las innumerables razas que pueblan el inmenso territorio sometido á su jurisdicción.

Los acontecimientos que actualmente se desarrollan en el Extremo Oriente con motivo de la guerra ruso-japonesa atraen la atención del público hacia todo lo que se refiere á ambos países; pero Rusia, aparte de la actualidad que hoy pueda tener su estudio, es una de las naciones más interesantes del globo, y no hay duda que está llamada á ejercer una influencia importantísima en el desarrollo del progreso, por el lugar que ocupa en el mundo entre dos civilizaciones completamente distintas, la europea y la asiática; por la extensión de su territorio; por el número de sus habitantes; por su formidable expansión, y por la admirable constancia que ha revelado siempre al defender sus múltiples intereses en Europa y en Asia.

Hace doscientos años era Rusia una nació

semisalvaje, de la cual tenía Europa un concepto muy vago y nada favorable, por cierto. Sabíase que más allá de las fronteras orientales de Polonia, en la inmensa llanura que, partiendo de los Cárpatos, se dilata hasta el Asia central, había un reino cuyos habitantes profesaban profunda aversión á todo lo extranjero. Los comerciantes que iban en busca de pieles hasta Arkangelsk, único puerto de aquel reino, y los que con igual objeto remontaban el Wolga hasta Kazan, regresaban á su patria contando historias que asombraban, hechos de barbarie, luchas intestinas y sorprendentes ejemplos de fanatismo religioso y de tremenda ignorancia.

De cuando en cuando, los vistosos y extraños atavíos de los embajadores del Zar llamaban poderosamente la atención de los curiosos en las grandes capitales de Europa, y en más de un caso la grosería de los diplomáticos moscovitas dió lugar á manifestaciones de airada protesta en las ciudades visitadas.

En el interior del país todo era discordia, todo pobreza, todo ignorancia. Peleaban los boyares por su influencia en la Corte, luchaba el Gobier-
ontra centenares de sectas fanáticas que des-
ecían sus mandatos, calificándolos de here-
; amenazaban los polacos con invadir el te-

rritorio por el Oeste, mientras que los tártaros lo atacaban por el Este; no había seguridad para las vidas y haciendas, ni para las transacciones mercantiles; las vías de comunicación eran un mito; carecíase de industria; las ciencias eran desconocidas, y el idioma mismo se hallaba en estado de formación.

Hoy día el Imperio ruso comprende la sexta parte de la corteza sólida del globo; lo habitan 129 millones de almas; cuenta con un comercio cuyas transacciones representan 5.000 millones de francos; con una industria que produce anualmente por valor de 9.000; con una red ferroviaria, que solo cede en extensión á la de los Estados Unidos; con ejército numeroso y disciplinado; con Bibliotecas y Academias; con Universidades y Escuelas; con literatura, comparable á las mejores de Europa; en una palabra, con cuantos elementos constituyen una nación fuerte. Pero este cambio, por muy notable que sea, y lo es tanto más cuanto que se debió á la voluntad de un solo hombre, á la de Pedro el Grande, no ha podido conseguir que Rusia sea la igual, por todos conceptos, de las demás naciones de Europa.

En sus instituciones, en su cultura y en s fuentes de riqueza se echan de ver al punto d

ficiencias, imperfecciones y arcaísmos. Su territorio es inmenso, pero inhabitable en muchas partes; su comercio se halla principalmente en manos de extranjeros; con su industria sucede lo propio; su cultura general, á pesar de los esfuerzos del Gobierno y de otras entidades, continúa siendo muy escasa, y su organización social, uno de cuyos rasgos característicos es la división en clases, resulta incompatible con las ideas modernas.

Pero estas faltas y estos arcaísmos, que proceden del modo especial como se ha ido formando el Imperio ruso, no impiden que su progreso haya sido enorme y que prometa serlo aún mayor cuando cambien las actuales circunstancias y tenga la opinión pública la misma influencia que en el resto de Europa.

Y dicho esto á modo de introducción, vamos á tratar de bosquejar la Rusia contemporánea, dando idea de su territorio y de su población, de sus razas y de sus religiones, de su Gobierno y de sus clases sociales, de su agricultura y de su comercio, de su política industrial y de la obra que está realizando en Asia, empleando para únicamente libros y estadísticas rusas.

I

El territorio.

El Imperio ruso es el mayor del mundo después del inglés, teniendo sobre éste la ventaja de hallarse en un mismo continente. Sus 22 millones de kilómetros cuadrados dejan atrás la extensión de China, del Brasil y de los Estados Unidos; sus fronteras tienen un desarrollo de 47.000 werstas (la cuarta parte del Ecuador), y las forman los mares Glacial y Pacífico, China y el Afghanistan, Persia y Turquía, el Mar Negro y el Danubio, Austria y Prusia, el Báltico y Suecia y Noruega. El territorio comprendido entre los límites es la sexta parte de la corteza sólida del globo, la vigésima de la superficie total mismo, dos veces Europa y cuarenta veces paña.

Fórmanlo, de una parte, las extensas llanuras que toman origen en las fronteras de Alemania, Austria y Rumania, y se dilatan hasta el Pacífico interrumpidas por el Ural y por otras ondulaciones insignificantes en la Rusia europea, y de otra las regiones montañosas de Crimea y del Cáucaso, del Asia central y de Siberia.

La estepa predomina en casi todas partes, y el suelo se halla en algunas á más de ochenta pies bajo el nivel del mar. Inmensos bosques de pinos, numerosos lagos y lagunas, terrenos accidentados é impropios para el cultivo, constituyen la región septentrional; estepas salpicadas de arboledas forman el centro, y llanuras inmensas la parte meridional. La zona agrícola más importante, la en que los terrenos son más fértiles, parte de las estribaciones del Bug occidental, sigue á lo largo de la cuenca del Seima y del Oka hasta el Wolga, dilátase después por ambas márgenes de éste hasta los montes Chassovoi y se pierde en Siberia, formando una ancha faja de terrenos negros, ricos en detritus orgánicos, desde las fronteras de Austria y Rumania hasta la Siberia occidental.

A esta configuración del terreno y á su alejamiento del mar se deben las pésimas condiciones del clima, que es extremadamente frío y variable, excepto en la parte meridional. En el Norte de Rusia y en buen trecho de Siberia llega el termómetro á -52° celsius, en Arkangelsk á -47°,

en Petersburgo á -39°, en Moscú á -42, en el mismo Cáucaso á -8°, y durante el verano no hay más de 15° de calor en Arkangelsk, ni más de 20° en Petersburgo, ni más de 30° en Moscú.

Los vientos del Norte, no hallando obstáculo que los detenga, llegan hasta Crimea, después de determinar rápidos cambios de temperatura en todo el Imperio, y por esto, el cultivo de las tierras es muy difícil en el Norte; debe suspenderse durante varios meses en el centro, y solo resulta practicable durante todo el año en el Cáucaso y en el Turkestán, abundando las tierras baldías más que en ningún país de Europa, como no sea en Suecia y Noruega, y llegando el promedio de las mismas á un 57 por 100, mientras que en Alemania no es más que un 39, en Francia un 30 y en Inglaterra un 34.

Lo mismo en la parte europea que en la asiática del Imperio ruso hay lagos enormes. En la primera están situados el Ladoga, el Onega, el Tchudsk, el Luvach y el Seima, el menor de los cuales tiene una superficie de 1.500 werstas cuadradas; en la segunda se hallan el Caspio y el Aral, el Baikal y el Balkasch, el Yssik-Kul y el Yanka, cuya extensión varía entre 385.000 y 1.200 werstas (1).

Atraviesan el Imperio ríos como el Obí y el

(1) La wersta equivale á 1.067 metros.

Lena, el Yenisei y el Amur, el Wolga y el Angara, el Ural y el Dniester, el Don y el Kama, el Pechora y el Dnieper, cuya longitud oscila entre 4.800 werstas y 1.200.

Las provincias en que está dividido el Imperio son enormes. La de Arkangelsk es mayor que Francia é Inglaterra juntas; la de Wologod tiene, poco más ó menos, la extensión de España; la de Novgorod es la cuarta parte de nuestra Península; la de Perm tiene una extensión de 290.000 werstas cuadradas; la de Orenburgo, 166.000; la de Ufin, 107.000.

Los dominios rusos de Asia tienen divisiones administrativas absolutamente incomprensibles para nosotros. La provincia de Amur abarca 393.000 werstas cuadradas; 2.200.000, la del Yenisei; 552.000, la del Transbaikal; 638.000, la de Yrkutsk; 1.688.000, la del Pacífico; 1.219.000, la de Tobolsk; 3.482.000, la de Yakutsk. El Transcaspio tiene una extensión de 486.000 werstas; la región de Syr Daria, en el Turkestán, 441.000, y por el estilo las demás.

Estas divisiones político-administrativas, á cuyo lado los Estados de la Europa resultan pequeños é insignificantes, demuestran claramente que el Imperio ruso se encuentra aún en período de formación. Desde hace dos siglos no ha hecho más que acrecentar su territorio, y sin remontarse al siglo XVI, época en que se anexionan las riberas del Wolga y la Siberia, vemos que en

1667 se incorporó á él la Pequeña Rusia; que en 1721, por la paz de Neustadt, hizo lo propio con la de Estlandia, la Korelia y una parte de Finlandia; que en 1793 se anexionó la Ukrainia, la Podolia y la Wolinia; que algunos años antes se apoderó de Crimea y de las riberas del mar Negro, así como de una parte del Cáucaso; que posteriormente cayeron bajo su jurisdicción la Finlandia (1809), la Bessarabia (1809), la región Vístula con Varsovia (1815), el Cáucaso (1859), el Turkestán (1865), el Bukara (1868), el Kiwa (1873), el Transcaspio y algunos territorios del Asia central en 1881, y, por último, que su expansión más reciente ha sido la ocupación de la Manchuria, consecuencia inevitable de su constante política en el continente asiático. Su frontera más antigua es la de Occidente, establecida en 1815 por el Congreso de Viena; las fronteras orientales, las que lindan con China, no es posible fijarlas todavía, puesto que variaron en 1858 con la anexión del territorio próximo al Amur, en 1898, con la adquisición del Kwantug, y todavía no se sabe adónde llegarán, ni qué fuerza podrá oponerse con éxito á la poderosa expansión territorial de Rusia.

Las riquezas naturales con que cuenta el Imperio ruso son enormes y apenas explotadas. El mineral que más abunda es la sal, unas veces en forma de piedras, otras, las más, contenida en lagos y en manantiales. En Hetzky los depó-

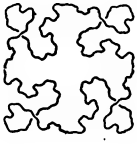
sitos de sal tienen una extensión de tres á cuatro kilómetros y un espesor de 140 metros. El lago Elton tiene una superficie de 180 kilómetros, y todo su fondo es de sal; el de Bakunshak contiene más de 700.000 millones de kilogramos de sal en sus capas superiores. En el Gobierno de Astrakán se han descubierto 1.500 salinas. Las aguas minerales de todas clases abundan en Rusia, y muy principalmente en el Cáucaso.

Lo mismo sucede con el carbón de piedra. La cuenca de Donetz es la más rica; la de Dombroff tiene capas de carbón hasta de 15 metros de espesor; en la región próxima á Moscú los yacimientos carboníferos ocupan muchos miles de kilómetros, y en el Ural, en el Cáucaso y en Siberia existen inmensas vetas carboníferas que nadie ha explotado aún.

Aún es más abundante el petróleo. Los manantiales rusos de este mineral son los más grandes del mundo. Están situados cerca del Wolga central, en el Turkestán, en el Ural y en el Cáucaso. En las cercanías del mar Caspio brota el petróleo del suelo, en forma de manantiales, ó se escapa en forma de gases, teniendo en todos esos puntos de 100 á 500 metros de espesor el terreno en que se produce.

Minas de oro las hay en el Ural y en Siberia; de platino y plata, en varias provincias; de hierro, en el Ural, en Wolynia y en Orloff; y yacimientos de cuarzo aurífero y de piedras preciosas en

muchas provincias. La explotación de estas riquezas naturales apenas ha empezado, por impedirlo, de una parte, el clima, y de otra la falta de capitales, cuando no de actividad y de energía.



II

La población.

No existen en Rusia datos exactos acerca de cuál era su población antes del siglo XVII, pues las revisiones de almas, ó sean los empadronamientos, eran tan imperfectos y se llevaban á cabo mediante procedimientos tan primitivos, que no ofrecen ni pueden ofrecer la veracidad necesaria.

Una de las dificultades más grandes con que se tropieza en Rusia al verificar el censo de la población es la ignorancia de los habitantes. Antiguamente huían de los agentes del Gobierno y se escondían en los bosques ó en las estepas, llegando los sectarios á quemarse ó á enterrarse vivos con objeto de escapar á una fiscalización que consideraban perjudicial no solamente á sus

intereses materiales, sino á sus almas. En 1897, cuando se practicó el último censo, se repitieron los ejemplos de fanatismo y de incultura. Un sectario enterró vivas á unas cuantas personas para evitarles el horror de apuntarse en las listas, y en algunas regiones de Siberia los habitantes se ocultaban donde mejor podían, despertando la operación en la generalidad del país un sentimiento mezcla de temor y desconfianza.

Siendo esto así, los datos que se refieren á la población rusa de hace dos siglos hay que acogerlos con gran reserva y no darles más que una importancia relativa. Según algunos historiadores rusos, había en el entonces reino de Moscú, á la muerte de Pedro el Grande, unos trece ó catorce millones de almas, es decir, una décima parte, poco más ó menos, de la población de Europa en igual época.

La mayoría de estas gentes, casi todas se podría decir, vivían en el campo, pues de cada 100 habitantes solo tres habitaban en las ciudades, y éstas, dicho sea de paso, no tenían la importancia social y económica que en el resto de Europa, por no haber sido fundadas ni haberse desarrollado cediendo á necesidades de la población, sino por obra y gracia de los gobernantes y para los fines políticos de éstos. A partir del siglo XVII la población del Imperio no ha hecho más que crecer, gracias á la supresión de muchos, si no de todos los obstáculos que se oponían

á su desarrollo. A fines del siglo XVIII había pasado de 13 millones á 36; en 1815 contaba con 45; en 1851 con 67, y en 1897 arrojó el censo general la cifra de 129 millones de almas (1), crecimiento que, aun restándole las cantidades correspondientes á los territorios anexionados en 1725, en 1796, en 1815 y durante el pasado siglo, es el mayor que se conoce después del que experimentó la población norteamericana desde 1790 á 1890.

En efecto, en el territorio donde precisamente había hace dos siglos 13 millones de almas, es decir, en el que se puede considerar como núcleo del Imperio, habitan hoy 65, aumento muy superior al que se ha verificado en Francia, en Austria y en Inglaterra durante el mismo período, y en cuya virtud el país más atrasado de Europa, desde el punto de vista de la población en 1725, ocupa hoy el primer lugar, siguiéndole Alemania con 56 millones, Austria con 47, Inglaterra con 41, Francia con 38 é Italia con 32.

Donde mejor se observa el crecimiento de la población rusa es en el desarrollo de las ciudades, signo evidente de prosperidad económica. En 1630 la población ciudadana ascendía á unas 300.000 almas; cien años después era de 802.000;

---

(1) Rusia europea, 94.200.000.—Polonia, 9.500.000.—Finlandia, 0.000. — Cáucaso, 9.200.000.— Siberia, 5.700.000.—Turkestán, 0.000.

en 1812 llegaba ya á 1.650.000; en 1851 á 3.480.000; en 1878 á 6.090.000 y en 1897 á 16.280.000, ó sea á un 13 por 100; y aunque esta proporción entre *burgueses* y campesinos resulta mezquina si se la compara con la existente en Alemania, en Inglaterra y en Francia, países donde los primeros representan cerca del 50 por 100, es evidentemente notable si se confronta con aquel 3 por 100 de ciudadanos que había en Rusia dos siglos atrás. Además, esta proporción de 13 por 100 es un promedio, ya que el % de ciudadanos varía según el desarrollo económico de las provincias, y es en Polonia de 21, en San Petersburgo de 62, en Moscú de 45 y en Varsovia de 40, para no citar más que estas localidades. El aumento de la población ciudadana ha sido, en verdad, rapidísimo, desde 1860, época de las grandes reformas sociales, y un escritor ruso, aficionado á la estadística, lo demuestra con las cifras siguientes:

	1860	1897
San Petersburgo.....	539.471	1.267.000
Moscú.....	351.609	1.035.000
Odessa.....	118.900	405.000
Kieff.....	68.420	247.000
Karkof.....	52.016	174.840
Kazan.....	63.084	131.500
Nischy-Novgorod.....	41.543	95.124
Lodz.....	32.437	315.209

No faltan quienes aseguran que, continuando este aumento, las ciudades rusas aventajarán á las de Europa dentro de cierto número de años, cosa muy de desear, puesto que la población rural consta nada menos que de 112 millones de almas, ó sea del 87 por 100 de los habitantes, promedio superior al de Austria (59 por 100), al de los Estados Unidos (44 por 100), al de Alemania (43 por 100) y al de Francia (41 por 100).

El crecimiento de la población rusa ha sido, por lo tanto, muy grande; pero el territorio es tan vasto que la densidad es muy baja. Prusia hace más de un siglo que tiene mayor densidad de población que Rusia; Francia, á principios del siglo XIV, tenía ya 40 habitantes por kilómetro, é Inglaterra contaba con 21 en tiempos de Guillermo el Conquistador. La densidad de población en la Rusia europea de nuestros días no excede, por término medio, de siete habitantes por kilómetro, cifra que no puede considerarse exacta, ni mucho menos, ya que en Polonia la densidad llega á 75 habitantes por kilómetro, en la Pequeña Rusia y en la región de Moscú á 40, en Finlandia á cuatro, en el Cáucaso á 23, en el Ural á 0,1, en la Siberia occidental á 2, en el Gobierno de Irkutsk á 0,8 y en el Amur á 0,7.

Hay provincias, como la de Petrokof y Varso-ı, que cuentan con más de 100 habitantes por ómetro; pero las hay también, como la de Arngelsk, que tiene 347.000 habitantes para

742.000 werstas cuadradas. El único país de Europa que se aproxima á Rusia, desde el punto de vista de la densidad de población, es Suecia y Noruega (9,4 por kilómetro), el único también que se encuentra en condiciones climatológicas semejantes á las suyas. Estas condiciones de una parte, y de otra las pésimas condiciones higiénicas en que vegetan la mayor parte de los habitantes, impiden que la población crezca como fuera de desear. No puede menos que producir horror el pensar que, siendo el coeficiente matrimonial de Rusia muy superior al de los demás países de Europa (8,6 por 1.000), y sucediendo lo propio con el de natalidad (48 por 1.000), el que expresa la mortalidad es inferior, no más, que al de Honduras y al de la India holandesa. El profesor Mentschikof ha dicho recientemente en el *Novoie Wremia*, que de 4.465.000 criaturas que nacen anualmente en el Imperio, 3.055.000 mueren antes de alcanzar los cinco años, pérdida mucho mayor que la ocasionada por el cólera en su período álgido. No es menos terrible la cifra que expresa la mortalidad de los adultos (34 por 1.000), cifra que, según el Sr. Litwinof, autor de una historia de la esclavitud en Rusia, demuestra la tremenda lucha que se verifica entre el organismo humano y la tierra, que no puede, en la generalidad de los casos, suministrarle los productos necesarios á su alimentación. La falta de éste, las malas condiciones de las viviendas, la caren-

cia de ropas y el excesivo trabajo, agotan el organismo del hombre, destruyen el de la mujer, y explican el por qué de esa mortalidad, que arrebata anualmente á Rusia más de un millón de súbditos.

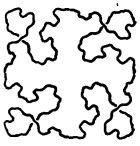
Resultado de esas mismas condiciones de vida, y de la estrechez que se nota en los campos de algunas provincias de la Rusia europea, son las migraciones obreras que periódicamente se verifican y las emigraciones á Siberia ó al extranjero. Todos los años, durante la primavera y el verano, dirígense desde las regiones del Centro y Suroeste á las del Sur y Sureste cientos de miles de campesinos para tomar parte en las labores agrícolas. Y es que en las regiones primeramente citadas abundan los obreros, mientras que en las segundas escasean. En Kajowka, en la provincia de Taurida, se reunen hasta 20.000 obreros; en Rostoff hasta 150.000, y en Saratoff por cima de 60.000. Pero este movimiento de población es puramente accidental, y su extensión depende, naturalmente, del resultado de la cosecha; el que sí es permanente y tiende á aumentar cada día, merced á las ventajas que el Gobierno concede, es el de emigración á Siberia, adonde va á parar buena parte del exceso de población de ciertas provincias. En 1885 el número emigrantes fué de 11.000; en 1890, de 47.000; 1892, de 84.000; en 1896, de 202.000; en 1897, 86.000; en 1898, de 205.000, y de 223.000 en

1899. Mucho mayores serían estas cifras si los campesinos, por una parte, y los funcionarios públicos, por otra, no tendiesen á entorpecer la colonización, los primeros con su apego al terruño y su falta de actividad, los segundos con un expedienteo tanto más incomprensible cuanto que el Gobierno concede á los colonos todo género de facilidades, transportándolos gratuitamente por ferrocarril, entregándoles parcelas de terreno, eximiéndoles durante los tres primeros años del pago de impuestos y del servicio militar y suministrándoles además fondos para iniciar el cultivo, aperos de labranza á precios reducidísimos y materiales para la construcción de sus viviendas.

No todos los campesinos utilizan las ventajas que les ofrece el Gobierno en los territorios de Siberia, y muchos prefieren abandonar la patria y buscar fortuna en América, en Africa y en Australia. La estadística rusa carece de datos exactos acerca de la emigración al extranjero, y es preciso recurrir á los del Instituto estadístico italiano. Según éste los rusos emigran generalmente por los puertos de Hamburgo, Brema y Stettin. En 1896 emigraron unos 40 y en 1901 unos 57.000 que marcharon á los Estados Unidos, á la Argentina, al Brasil, al Africa meridional y Australia. Dadas las condiciones en que se encuentra Rusia, la emigración al extranjero es un mal y el Gobierno la entorpece por todos

los medios posibles, empleando para ello el pasaporte, documento sin el cual es imposible salir del territorio ruso, y cuya obtención es difícil y tan costosa que hoy día oscila entre 40 y 800 francos.

El contrapeso de la emigración es la inmigración constante de extranjeros, principalmente de alemanes que van á establecerse en Nueva Rusia, en las riberas de Wolga, en las cercanías del Ural y en Siberia, pues el Imperio ruso, á semejanza de los Estados de América, es á modo de crisol gigantesco donde se funden los elementos al parecer más opuestos.



III

Las razas.

Si la población del Imperio ruso estuviese constituída por una sola raza, como sucede en la mayoría de los Estados europeos, el aumento que ha experimentado durante los dos últimos siglos y la cifra que expresa su crecimiento anual, muy superior, como hemos visto, al de los demás países de Occidente, serían eficaces á despertar en sus vecinos justificados temores y darían la razón á cuantos pronostican el inevitable predominio de la raza eslava en el mundo; pero la población rusa no es toda ella eslava, ni siquiera pertenecen sus elementos á razas afines, sino, antes el contrario, constituyen una mezcla de pueblos completamente distintos, unidos por lazos puramente circunstanciales, y separados, en rea-

lidad, por el enorme abismo que crean entre ellos civilizaciones diferentes, regiones distintas y opuestas aspiraciones. Súbditos rusos serán, desde el punto de vista internacional, el finlandés y el polaco, el kirguiso y el samoyedo, el cosaco y el armenio, el criado en Moscú y el nacido en las riberas del Báltico; pero ¿hasta qué extremo no difieren en punto á ideales y á creencias, á idioma y á cultura, y cómo los separan las tradiciones históricas y los odios consagrados por el recuerdo de antiguos hechos y fomentados por ese movimiento regionalista que se observa actualmente en casi todos los Estados de Europa?

La magnitud de la población, que es una de las grandes fuerzas de Rusia, es también, sin duda, una de sus mayores flaquezas.

Algunas de las razas sometidas á la dominación moscovita se hallan á un nivel intelectual y material superior al de la rusa, propiamente dicha, y otras se encuentran á igual altura que ésta; pero la inmensa mayoría de los pueblos del Asia central y septentrional poseen una cultura por todo extremo rudimentaria. Aun entre los que no han abandonado la vida nómada ó se hallan en un período de transición, no existen analogías ni afinidades. El indígena de las riberas del mar Glacial, que habita en chozas de nieve y se sustenta con el producto de la pesca, en nada se asemeja al kirguiso, que cría ganados en las estepas de Asia; de igual suerte que no

puede haber afinidad entre calmucos y turcomanos ó entre cherkeses y osetinos. Hay tártaros en Siberia, en las orillas del Wolga y en Crimea: todos proceden de un mismo tronco, y, sin embargo, ¿qué afinidad va á haber entre ellos, separados como lo están por enormes distancias, sometidos á influencias contrarias y en condiciones climatológicas completamente distintas? Los idiomas de estos pueblos varían, olvídase el sentido de unos vocablos, introdúcense palabras nuevas y se transforman las demás, á medida que la tribu que la emplea se civiliza ó cambia de residencia; y así como las costumbres se pierden por causas circunstanciales, así también las mismas creencias se mezclan y se confunden, resultando empresa difícil averiguar su procedencia.

Dejando á un lado toda disquisición etnográfica ó histórica, que resultaría por fuerza enojosa é inútil, diremos algo acerca de los caracteres de las principales razas de Rusia. La más importante, por su número y su influencia, es la eslava, compuesta de rusos y polacos. Los primeros se subdividen en rusos grandes, pequeños rusos y rusos blancos, grupos que difieren notablemente entre sí. Los welikorusos (rusos grandes) habitan principalmente en las provincias del Wol- , del Oka y de Siberia, formando una masa npacta que predomina también, mezclada con s grupos eslavos, en los territorios del Don, os Gobiernos de Smolensk, Olonez, Wologod

y Wiat, hallándose represesentada igualmente, aunque en menor proporción, en todos los Gobiernos del Imperio. Robustos, inteligentes y aptos para toda clase de trabajos, constituyen una raza poderosa é influyente, que se diferencia por modo extraordinario de los malorusos (rusos pequeños), habitantes en el Suroeste de Rusia. Alegres y decidores los primeros, melancólicos y apáticos los segundos; aficionados los unos á cambiar de ocupación y de residencia, apegados los otros á su patria, á su idioma, á sus costumbres y á su oficio, claro es que no puede haber entre ellos una gran simpatía, y no la hay, por separarlos, no solamente el carácter, sino las tradiciones y el idioma.

Los rusos blancos, así llamados por el color de sus vestidos, viven en los lugares próximos á los ríos Beresina y Pripet y no tienen parecido ninguno con los grupos precedentes. Endebles de cuerpo, sin inteligencia ni energía, no saben labrar los campos, ni construir las casas, ni practicar los oficios más indispensables; de suerte que el judío los domina y éste es quien construye sus chozas, y el que compra sus caballos y su trigo, y el que constantemente los engaña. Sin fuerzas físicas ni morales, vegetan los rusos blancos ganando penosamente el pan de cada día, al mismo tiempo que su incuria y su abandono convierten en bosque las tierras un día primorosamente cultivadas.

Los polacos, que habitan no solamente en la Polonia rusa, sino en otras muchas provincias del Imperio, son en cierto modo mucho más cultos que los rusos y muy parecidos á los latinos en punto á gustos y aficiones. Amigos de divertirse, muy honrados y muy religiosos, muy corteses y muy cumplidos, pero muy poco prácticos, anteponen lo accesorio á lo esencial, lo agradable á lo útil. «En Polonia—dicen los rusos—el que no sabe bailar no va á ninguna parte», y aunque sea exagerado este concepto, no deja de tener una base cierta, por más que haya sido Polonia una de las regiones del Imperio que más han progresado en estos últimos tiempos.

Dentro de la raza eslava, los cosacos constituyen un grupo notable por sus caracteres y por su historia. Los más conocidos y los más antiguos, pues existen en diversas regiones y ostentan denominaciones diferentes, son los del Don, cuyos organizadores fueron, según dicen, gentes que emigraron del reino de Moscú en épocas revueltas, impulsados por el afán de libertad ó por el deseo de librarse de la férrea mano de los Zares. Y como los territorios próximos al Don son por todo extremo fértiles y de saludable clima, pronto se añadieron á los primeros colonos [illegible]ntes de Polonia y de Grecia, de Turquía y de [illegible]aria, que desde luego se avinieron á abrazar la religión ortodoxa y á someterse á la indiscutible autoridad de los atamanes. Hubo un

tiempo en que la lucha contra los pueblos del Asia constituyó el único pensamiento de la tribu cosaca; pero preciso es confesar que no echaba ésta en olvido la rapiña y el asesinato cuando no había empresa mejor. Eran gentes tan amigas de divertirse como de pelear, y en su carácter se mezclaban la virtud y la inmoralidad, la honradez y el vicio, la codicia y el desprendimiento; de suerte que, aun siendo poderosos auxiliares de los monarcas rusos, constituían un motivo de preocupación y de recelo. Poco á poco fueron dilatando su radio de acción. En 1574 un cosaco del Don navegaba con su *sotnia* (escuadrón) por el Caspio. Una tempestad lo arrojó á la orilla y le obligó á recorrer las inmensas estepas próximas á ella. El aspecto de la región, su soledad y las condiciones de su suelo decidieron á los cosacos á establecerse allí. En tiempos de Ivan el Terrible, otros cosacos amigos de aventuras conquistaron la Siberia, después de luchas sin cuento, y más tarde, á fines del siglo XVIII, las primeras colonias rusas que se establecieron en las orillas del Mar Negro procedieron del Don ó del Wolga; pero eran exclusivamente cosacas. A los cosacos los vemos desempeñando papel importantísimo en casi todos los períodos de la expansión rusa: unas veces es el Don, sometido por ellos á la dominación moscovita; otras, las estepas del Ural; otras, la Siberia, y lo mismo en el Don que en el Ural, en Orenburgo que en Si-

beria, en las fronteras del Afghanistan que en los confines de la China, los cosacos, medio agricultores, medio soldados, valerosos y sufridos, orgullosos de sus tradiciones y entusiastas del Zar y de la santa Rusia, fueron y continúan siendo los defensores más celosos de los intereses de su patria.

La raza más occidental de las que existen en Rusia es la finlandesa, cuyos individuos pueblan no solamente la Finlandia, sino los Gobiernos de Olonez y de Arkangelsk, de Novgorod y de Twer, de Perm y de Wiat, de Kazan y de Ufin, las laderas del Ural y las riberas del Obi y del Irtysch, recibiendo los nombres de finlandeses y corellis, estos y livonios, loparis y sirianis, permiacos y botiacos, cheremisos y bogulis, ostiacos y samoyedos. Identificados y confundidos unas veces con los eslavos; distanciados otras veces de estos últimos; poseyendo, ora una civilización más ó menos completa, ora una cultura rudimentaria, se diferencian, sin embargo, de los polacos y de los rusos. Lo mismo podría decirse de las demás razas. De la turca forman parte los chubaschis, del Gobierno de Kazan y Samara; los baschkirs, de los de Ufim, Orenburgo y Perm; los tártaros, del Wolga y de Crimea, de Siberia y del Cáucaso: los kirguisos, de las estepas de Asia, y otros menor importancia. La raza mongólica está resentada por los calmucos, que viven entre Wolga y el Don, y por los buriatos de ambas

márgenes del Baikal. A la raza tungusa pertenecen numerosos pueblos de Siberia, habiendo muchos que no es posible incluir en ninguno de los grupos que preceden, como son algunas tribus de la Siberia oriental, otras del Amur y los habitantes de Sakalin, de la península de Kamchatka y de las riberas del Pacífico.

Muchas provincias rusas tienen, por lo tanto, una población tan abigarrada y tan interesante para el viajero como molesta para el que la gobierna. En Besarabia habitan moldavios y rusinos, welikorusos y polacos, alemanes y armenios, búlgaros y griegos, servios y hebreos, cuyas costumbres é idiomas, religión y aptitudes son completamente distintas. En el Cáucaso habitan muchas más razas todavía; entre las indígenas se cuentan los chechenizis, del Daguestán occidental; los osetinos, de la cordillera central; los cherkeses, de las montañas; los abjazis, de las riberas orientales del mar negro; los grusinos y los imeretinos; los mingrelios y los gurizos, que pueblan los valles, y los tártaros, que se distinguen por su amor á lo ajeno. Todos estos pueblos se subdividen en agrupaciones, casi siempre rivales, ortodoxas las unas, armenias las otras, musulmanas y paganas las demás. En las ciudades no se confunden estas razas, sino antes, por el contrario, se empeñan en diferenciarse. En Tiflis hay calles habitadas exclusivamente por una raza; de suerte que aquellas ge

tes viven á dos pasos de distancia, separadas en absoluto por el idioma, por las costumbres y, sobre todo, por los odios que proceden del fanatismo religioso. En las ciudades rusas se observa una heterogeneidad semejante, aunque no tan pintoresca. Rusos y polacos, alemanes y finlandeses, griegos é italianos, armenios é israelitas, se reparten los negocios, explotan las minas, fundan fábricas é intervienen en toda clase de asuntos con igualdad absoluta. El buen éxito de las empresas que han creado obliga en muchos casos á los extranjeros á adoptar la nacionalidad rusa, verificándose de esta suerte una inmigración, escasa por su número, pero importante por su calidad, de elementos sanos, activos y emprendedores.

Una raza hemos omitido al hacer la enumeración que precede, y no terminaremos este artículo sin decir algo acerca de ella. Esta raza es la hebrea, objeto constante de la animadversión de los rusos. En los demás países de Europa los hebreos se han confundido casi completamente con los habitantes, aceptando los usos y costumbres de la mayoría; pero en Rusia han conservado su tipo primitivo, su carácter tradicional y sus prácticas legendarias, singularizándose además por su traje ó por su apego á añejas cos-
bres. Habitan principalmente en las provin-
del Sur y en Polonia, donde todo lo invaden,
ndo á merced suya una parte considerable

de la población. Activos y emprendedores, desprovistos de prejuicios y amigos del dinero, único ideal que los impulsa, hácense antipáticos á cuantos les tratan de continuo. Para el judío, todas las ramas del comercio son buenas con tal que produzcan, y lo mismo le da ir de aldea en aldea comprando trigo que vender zapatos ó traficar en muebles. Tan pronto como se hallan en edad de comerciar, entréganles sus padres una cantidad para que la utilicen y obtengan de ella el mayor fruto posible. Cuanto más dinero traen á casa mayores son las alabanzas que se les tributan, sin enterarse de cómo lo han ganado; y como son sobrios hasta la exageración y viven de cualquier modo, en casas viejas y mal olientes, siempre hacinados, sin que les importen los padecimientos resultantes de la suciedad, claro es que suelen enriquecerse y convertirse en verdaderos personajes. En Rusia el odio al judío es un sentimiento general, del que participan el noble y el *mujik*, el cosaco y el finlandés, el musulmán y el pagano, determinando matanzas como las de Kischenief.

Los datos que preceden bastan para dar una idea de la diversidad de pueblos que habitan en el Imperio ruso y de las enormes diferencias que los separan. ¿Cuándo, y á costa de qué sacrificios, llegará el calmuco ó el cherkés á un grac de cultura idéntico, ó parecido, al del finland de Helsingfords ó al del ruso de Moscú? ¿Cuánc

se fusionarán todos estos elementos, formando un núcleo compacto; persuadido de la necesidad de mantenerse unidos para la defensa de la patria común, patria que es hoy día para muchos un concepto muy vago, cuando no una idea incomprensible?

IV

Los idiomas.

El estudio de los idiomas empleados en una nación determinada es, sin duda alguna, uno de los medios más eficaces de llegar al exacto conocimiento de la cultura de sus elementos. El lenguaje no solamente nos revela en sus transformaciones el curso seguido por el desarrollo intelectual de un pueblo, sino también las aptitudes y el carácter de éste, al mismo tiempo que la influencia ejercida sobre él por otros más cultos ó más fuertes. La multitud de idiomas que se hablan en Rusia, ó por decir mejor, en territorio ruso, es tan sorprendente como la de razas, y estudio resulta por todo extremo interesante instructivo. En el imperio, á imagen y semeza de la torre de Babel, se emplean todos los

idiomas posibles, desde los más cultos, desde los denominados analíticos, capaces de expresar los conceptos más abstractos, hasta los aglutinantes, los más rudimentarios, lindantes ya con el monosilabismo y apenas suficientes á las primeras necesidades de la vida de relación. Y no es esto solo, sino que, aparte de los idiomas propios de razas cultas, los cuales no cambian ó cambian muy poco, los demás, pertenecientes á pueblos medio salvajes, no cesan de alterar su vocabulario, mezclándose unos con otros, alterando la pronunciación de las palabras y desapareciendo á veces por completo.

El idioma ruso es, por lo tanto, el idioma oficial, el empleado por la clase culta de Rusia, el que se enseña en las escuelas del Imperio y el que emplean los escritores; pero ni es el único ni siquiera es el que hablan todos los elementos genuinamente rusos.

Los 129 millones de almas que constituyen la población de los dominios moscovitas se dividen, desde el punto de vista lingüístico, en dos grandes agrupaciones completamente distintas: pueblos que emplean idiomas arios ó indoeuropeos y pueblos cuyo lenguaje pertenece á la rama uralo-altaica.

El uno es genuinamente europeo, occidental podríamos decir, puesto que sus idiomas pert necen á la misma familia que el latín y el gri go, que el francés y el inglés, que el alemán

el sueco. El otro es perfectamente oriental, mejor dicho asiático, como lo indica el calificativo que ostenta y que revela su formación entre el Ural y el Altai.

Los unos emplean idiomas analíticos, llegados al último grado de perfección lingüística; los otros hablan lenguas aglutinantes que, salvo alguna que otra excepción, se encuentran en estado de lamentable atraso; y mientras los unos representan el porvenir y el progreso, los otros no son más que restos dispersos de un pasado glorioso.

La primera agrupación, la más culta, emplea idiomas al parecer muy diferentes y que, sin embargo, pertenecen á una misma familia lingüística. Tales son los eslavos, germanos, lituanios, griegos, latinos, iranios, frigios, semitas y caucasianos. La segunda agrupación habla finlandés, ugoro, samoyedo, turco, mongol, tunguso y los dialectos muy numerosos de cada uno de ellos.

Hablemos primeramente del ruso.

El ruso pertenece, lo mismo que el servio y el búlgaro, el esloveno y el croato, á la rama oriental de la familia eslava, cuya rama occidental está formada por el wendo y el sloveno, el checo y el polaco; pero en realidad no es más que

de los dialectos hablados en Rusia: el de

ú.

idioma que empleó la raza eslava á raíz de

su establecimiento en las llanuras de Europa y antes de fraccionarse en los diversos grupos que, andando el tiempo, constituyeron nacionalidades distintas, procedía de la rama aria ó indoeuropea, á la que pertenecen, como ya hemos dicho, el lituanio y el germano, el latín y el griego, el persa y el sanscrito. El primitivo idioma eslavo era tosco, rudimentario, carecía de fijeza y no tenía signos con que escribirse. A principios del siglo VI los eslavos dieron en acudir á Bizancio y abrazaron el Cristianismo, al menos aparentemente, ya que su ignorancia del griego les impedía penetrarse bien de las enseñanzas cristianas, y su conversión hubiera seguido siendo ficticia si tres siglos después los hermanos Cirilo y Metodio, naturales de Soluní, no hubiesen remediado á ello componiendo el primer alfabeto eslavo y traduciendo á uno de los dialectos de este idioma, al de los búlgaros de Macedonia, probablemente, las Sagradas escrituras. De aquí que el dialecto búlgaro se convirtiese en lengua escrita y que ocupase desde entonces una situación privilegiada en tierra de eslavos, semejante á la del latín en Occidente.

Con el transcurso del tiempo, el idioma que había servido para la difusión del Cristianismo en el Gran Ducado de Kieff, se fué apartando del que usaba el pueblo, ó mejor dicho, éste fué el que transformó su lenguaje adaptándolo á las circunstancias de su vida, en tanto que el búl-

garo religioso permanecía estacionario, ostentando poco menos que un carácter misterioso y sagrado.

El habla popular difería extraordinariamente. No se expresaba lo mismo el eslavo de Novgorod que el de Kieff, que el de Moscú; y como aquellas gentes eran ignorantes y para nada empleaban la escritura, claro es que el idioma carecía en absoluto de estabilidad. El dialecto de Moscú, en cuya formación intervinieron todos los demás por ser esta ciudad la residencia del Zar y el punto de reunión de los elementos más diversos, fué poco á poco singularizándose y adquiriendo notable supremacía por la circunstancia de que en él se redactaban las disposiciones del Gobierno. Se formó un lenguaje escrito puramente cancilleresco, en un todo distinto del idioma eclesiástico, y á tal punto llegó la confusin lingüística, que al subir al trono Pedro el Grande se hablaban en la capital tres dialectos diferentes: el de la Iglesia, el de la clase culta y el del pueblo.

Pedro el Grande, que lo reformó todo, desde las instituciones de gobierno hasta el corte de los trajes, no pudo menos que darse cuenta de la anarquía lingüística, y le puso remedio simplificando el complicado alfabeto eslavo, único ста entonces, ordenando la traducción de nurosas obras de ciencia y enriqueciendo el dia- to moscovita con multitud de vocablos alema-

nes y suecos, es decir, poniéndolo en vías de convertirse, como después sucedió, en idioma culto, capaz de expresar los conceptos más diversos y más abstractos. De lo cual se desprende que, mientras en Europa hacía ya siglos que poseíamos idioma literario y escritores notables, los rusos se hallaban en lamentable atraso, logrando ponerse á la altura de los países de Occidente, no ya merced á una evolución lenta, sino por obra y gracia del sin igual talento reformador de un gran monarca.

El idioma ruso contemporáneo es el hablado por los welicorusos, ó sea por dos terceras partes de la población rusa, y consta del dialecto de Moscú—el más puro y castizo—y de los de Novgorod, Susdal, Riazan y Tula. En él se observa la influencia alemana, que se ejerció principalmente en tiempos de Pedro el Grande, y la influencia francesa, muy notable en la época de Catalina II, revelándose ambas, en multitud de palabras que expresan conceptos políticos, científicos y sociales de que carecía el vocabulario genuinamente ruso. Por lo demás, puede considerársele con entera justicia como uno de los idiomas más ricos de Europa por la abundancia y variedad de sus formas verbales, por su declinación completísima y por su riqueza en vocablos.

Fuera de las regiones del Norte y del centro de Rusia, el idioma empleado no es el ruso, sino el ruteno con sus dialectos de Ukrainia, Polies-

ky y Rusinia en el Suroeste, y el bieloruso en las provincias habitadas por los rusos blancos. Ambas lenguas son eslavas y muy parecidas al ruso.

Los otros idiomas de este grupo empleados en Rusia son el polaco, hablado por el 70 por 100 de los habitantes de la región del Vístula, y el búlgaro, usado por más de 100.000 almas en el Mediodía del Imperio.

El grupo lituanio lo forman el lituanio propiamente dicho, empleado por la población de las riberas del Báltico, y los dialectos del mismo hablados por los schmudas de la parte occidental del gobierno Kowno y por los latuschas que viven en la región Sur de las provincias del Báltico y en la occidental del gobierno de Witeb.

El grupo germánico consta de los alemanes del Báltico, del Vístula y de las colonias de Novorosia y de los suecos de Finlandia; el latino de los rumanos de Bessarabia y de Kerson, y de los franceses de algunas colonias agrícolas del Sur de Rusia; y el griego de los individuos de esta raza residente en Nueva Rusia.

Al grupo iránico pertenecen: el *taschid*, hablado por buena parte de la población del Turquestán; el persa, empleado en el Transcaspio y en las fronteras de Persia; el tatskí, del gobierno Baku y del Daguestán meridional; el kurdo, los distritos centrales del Cáucaso, y el oseti-, de la cuenca del Terek. Al grupo frigio per-

tenece el armenio, hablado en Besarabia y en el Cáucaso; al semítico, el árabe, enseñado en las escuelas musulmanas como lengua del Korán, y el antiguo hebreo, estudiado en los colegios judíos, por más que los de esta raza, residentes en Rusia, emplean la jerga alemana denominada aschkenazí, y los que habitan el Cáucaso hacen uso del tatskí ó del tártaro.

Las lenguas del Cáucaso, que son muy numerosas y cuyos dialectos lo son todavía más, ocupan una situación especial dentro de esta clasificación lingüística por su afinidad con las indoeuropeas y su parentesco con los idiomas genuinamente asiáticos. Strabon afirmaba que en el Cáucaso se hablaban 70 idiomas, y Albufeda calificaba á este territorio de montaña de los idiomas; pero hoy día ha desaparecido buena parte de las lenguas caucasianas propiamente dichas; y las principales, las más habladas, son la grusina, común á varias razas; la lesguina, empleada por más de 600.000 almas; la chechena, por unas 200.000, y la cherquesa, por otras 250.000.

La familia de idiomas uralo-altaicos es numerosísima, y el que más importancia tiene dentro de ella es el finlandés, muy parecido al húngaro, hablado no solamente en Finlandia, sino en muchas otras provincias del Norte por pueblos como los votiacos, zirianos, permios, lapones, mordwinos, cheremisos y corelios, habitantes desde el Obí al Ural; por los chudos del Onega,

los crevinos de Kurlandia, los Estos y livonios; en una palabra, por más de tres millones de almas.

Las demás lenguas del grupo uralo-altaico son: el samoyedo y sus dialectos, el tunguso y el mandchú, el buriato, el mongol y el kalmuco y el turco, cuyo territorio se dilata desde las riberas del mar glacial hasta el Mediterráneo, y cuyos dialectos son muy numerosos, figurando entre ellos el tártaro y el turcomano. Los hablan los indígenas de Siberia, ó sean los kalmucos y los yeniseos, los teleutas y los kirguisos, los tártaros del Volga, del Cáucaso y del Turquestán; en una palabra, todo ese conjunto heterogéneo de pueblos y de razas poderosas un día y actualmente dispersas á lo largo de los ríos de Siberia ó en las estepas del Asia central.

Todavía se hablan en los dominios rusos idiomas absolutamente primitivos, de esos que lindan con el monosilabismo y que corresponden á un estado de cultura rudimentaria, y son los denominados hiperbóreos, tales como el aino ó kurilo y el guiliak de los naturales de Sakalin y de las riberas del Amur; el kamtchadalo, de los indígenas del Kamtschatka; el koriak y el tchutche, de otros territorios próximos al Océano Glacial, que van desapareciendo poco á poco mismo tiempo que las razas que los emplean. os pueblos de Asia constituyen, desde el punle vista etnográfico y lingüístico, una masa

hetereogénea en la que ha hecho todavía muy poca mella la rusificación. Allí donde los rusos se han establecido en gran número, el idioma y las costumbres de los naturales han cedido ante el idioma y á las costumbres rusas; pero no siempre ocurre esto, y hay territorios, como el siberiano de Yakutsk, donde los colonos, en vez de rusificar á los yakutas, han adoptado la lengua y los usos de éstos, lo cual ha sucedido también con los cosacos establecidos en la región Kirguisa; pero estos detalles desaparecerán: la colonización de Siberia se desarrolla cada día más, y no cabe duda de que el idioma ruso imperará en aquella parte de Asia, reduciendo á la nulidad los dialectos toscos y rudimentarios de las razas indígenas (1).

(1) Como es natural, la escritura es muy diferente, según los idiomas y los alfabetos empleados; generalmente son: el eslavo, por los rusos; el latino, por los polacos y finlandeses; el alemán, por los alemanes y suecos; el hebreo, por los judíos, y el árabe, por los pueblos musulmanes, amén de otros muchos particulares de idiomas del Cáucaso y de Asia.

V

Las religiones.

Los enemigos sistemáticos de toda creencia religiosa afirman que poco á poco van perdiendo la importancia que antes tenían en la vida de los pueblos, y éstos desembarazándose de los prejuicios de sus antepasados. Si no hubiese escritores imparciales como W. B. Kidd en su obra *Social Evolution*, que demuestran la inexactitud de este aserto, el ejemplo de Rusia sería eficaz á probar de un modo irrecusable el influjo y la importancia de las ideas religiosas. No hay país en el mundo donde las cuestiones de este género revistan aspectos tan numerosos é interesantes,

siendo ya existencia de muchas y opuestas encias lo que sorprende, ni el arraigo de la a religiosa lo que maravilla, sino el profundo

idealismo que manifiestan todos los pueblos, todas las razas del Imperio y su extraordinaria afición á lo sobrenatural.

En algunos Estados de Europa existen religiones diferentes y hostiles, pero al fin y al cabo el abismo que entre ellas media no es tan grande como el que existe en Rusia entre ortodoxos y mahometanos, entre católicos y budistas, entre protestantes y paganos. En ninguna parte existen tantas sectas; en ninguna se observan tan grandes extravíos religiosos y morales; en ninguna ha llegado el fanatismo religioso á tales extremos.

Estudio es este interesante como el que más y que nos permite apreciar mejor que ningún otro el nivel intelectual de los elementos que componen la Rusia contemporánea.

Averiguar la cifra exacta de los adeptos de cada religión es en Rusia imposible, y los intentos hechos con este objeto en 1897 dieron resultados incompletos, inexactos, casi nulos, por creer los unos que el Gobierno atentaba á los derechos de su conciencia, por estimar los otros que se preparaba una persecución, por carecer los demás de la cultura necesaria para comprender que se trataba únicamente de hacer una estadística. Esto no obstante, el único medio de juzgar la situación religiosa en Rusia es acudir á los datos incompletos y todo, que suministra el empadronamiento general de 1897. Despréndese

de ellos que habitan en el Imperio más de las cuatro quintas partes de los ortodoxos, el 75 por 100 de los hebreos, el 14 por 100 de los católicos, un 4 por 100 de los protestantes y un 5 por 100 de los musulmanes, ó en otros términos, que el 69 por 100 de la población rusa lo forman los ortodoxos, el 11 los musulmanes, el 9 los católicos, el 4 los hebreos, el 2 los protestantes, el 2 los ortodoxos viejos y un 0,50 por 100 los paganos. Rusia ocupa, por lo tanto, desde el punto de vista de la unidad religiosa, un lugar inferior al de todos los Estados de Europa, dándose en ella todas las religiones principales, desde las más elevadas hasta las más rudimentarias.

El Imperio puede dividirse desde el punto de vista religioso en cuatro grandes distritos: el ortodoxo y el católico, el protestante y el mahometano, amén de otros más pequeños correspondientes á hebreos y armenios, á budistas y paganos.

Forman el primero unos 58 gobiernos y territorios (44 en Europa, 5 en el Cáucaso y toda la Siberia), en los cuales predominan los ortodoxos. En Wologodsk y en Tula representan el 99 por 100 de la población; en Witeb y Astrakan el 55; en Siberia, el 98; pero en el Báltico y en el Turquestán el 1 por 100 y aun el 0,5. Los gobier-
genuinamente ortodoxos, poblados por muy
ca de 80 millones de almas, están situados
tre la Finlandia, Polonia y el Dnieper á Occi-

dente, y los ríos Ufa, Kan y Wolga al Este, confinando de una parte con las regiones protestantes, católicas y hebreas, y de otra con los territorios musulmanes, armenios, budistas y paganos, situación que tiene, como luego veremos, gran importancia y que explica el origen de muchas sectas rusas.

La religión dominante es, por lo tanto, la ortodoxa, y su estudio reviste gran interés.

El cristianismo, importado en Rusia por los griegos de Bizancio allá en el siglo IX, se difundió lentamente en el reino de Moscú, ó mejor dicho, en el entonces gran ducado de Kieff, cuyos habitantes eran paganos. Los primeros representantes de la idea cristiana, los que más con el ejemplo que con la palabra modificaron las costumbres de los eslavos, fueron monjes que se imponían todo género de sacrificios, que hacían vida de penitencia y cuyo espíritu, no desembarazado aún de extraños prejuicios, creía estar sometido á la cruel persecución de potestades infernales, de sus antiguos dioses. El pueblo eslavo tardó mucho en abandonar sus costumbres bárbaras y sus creencias paganas, con tanto más motivo cuanto que, el cristianismo ostentaba un carácter marcadamente ascético y no todos poseían la fuerza de voluntad necesaria para renunciar en absoluto á las comodidades de la vida. El perfecto cristiano debía, decir de los primeros monjes rusos, conservar l

pureza del ideal, alejarse de la sociedad, renunciar á la fortuna, atormentar el cuerpo y no pensar más que en la salvación del alma; y como si no fuese esto bastante á impedir la difusión del cristianismo, los obispos eran griegos, ignoraban el eslavo y no podían entenderse con los fieles. La idea cristiana no penetró en la mente popular hasta una época muy posterior, cuando ya era Europa profundamente cristiana, y los que difundieron la nueva religión, los que exaltaron la imaginación popular con relatos místicos fueron, antes que los monjes, antes que los párrocos y antes que los obispos, los peregrinos que visitaban los monasterios, adoraban las reliquias de los primeros mártires y regresaban después á sus aldeas cantando por doquiera las glorias de la religión y la piedad de sus defensores. Merced á estos bardos populares el campesino, apartado de las ciudades y habitante en los campos, se hizo cristiano convencido sin abandonar por eso las tradiciones paganas, que todavía se advierten en la mayoría de las fiestas religiosas. La religión griega se fué convirtiendo poco á poco en religión nacional y adaptándose al carácter de los rusos, los cuales ya tenían en 1598 un patriarca autónomo, y aseguraban que era Moscú, la santa, la blanca, una segunda Roma. Aquellos primeros patriarcas rusos cuya autoridad superaba á la de los zares y cuya influencia se extendía á todos los ámbitos

del Reino, á todos los asuntos del Estado y á todas las clases sociales, eran, en efecto, verdaderos Papas, que tenían su corte y sus soldados. Lo mismo sucedía, aunque en menor escala, con los obispos y arzobispos y con los monjes, poseedores de inmensos bienes, mientras que el clero rural, pobre, ignorante y despreciado, vegetaba sin ejercer influencia alguna en las masas. La teología de aquella religión no podía ser más sencilla, desde el momento que la iglesia era enemiga de toda controversia y sus dogmas no se demostraban, bastando para probar su absoluta veracidad acudir á la Biblia y á los Evangelios. La iglesia ortodoxa era, y continúa siendo, profundamente conservadora. Para ella el dogma no puede ampliarse ni disminuirse, y la palabra divina, tal y como la ha conservado la Biblia, no puede interpretarse más que de un modo, al pie de la letra, sin argucias ni alardes de ingeniosidad.

No todos los patriarcas rusos fueron amigos de la rutina. Uno de ellos, Nicón, concibió un proyecto que dió origen al cisma: el de corregir las traducciones eslavas de los libros sagrados, plagados de inexactitudes. ¡Tocar á la Biblia, corregir la palabra divina! Aquello bastó para que los ortodoxos se dividieran en dos bandos opuestos: el de los partidarios de lo antiguo, celosos defensores de la primitiva constitución de la iglesia, y el de los defensores de la reforma,

pertenecientes á lo que podría denominarse mundo oficial. Los obispos comenzaron el cisma y lo continuó el pueblo por razones especialísimas que, en rigor, nada tenían que ver con la religión. Los unos se atenían á lo antiguo, los otros á lo nuevo; los unos se persignaban con dos, los otros con tres dedos; los unos hacían tres reverencias ante las imágenes sagradas, los otros cinco ó quinientas, y entre unos y otros menudeaban las luchas, las matanzas y las persecuciones. Hubo monjes, como los de Solobesk, que protestaron de la reforma convirtiendo su monasterio en fortaleza y resistiendo durante diez años el asedio de las tropas del Gobierno. Los que al principio no le dieron importancia al cisma hubieron de comprender después que era muy grave, puesto que se complicaba con el estado del país, con la centralización del poder y con los abusos de los nobles, con la ignorancia del clero y con el fanatismo de los fieles. Los verdaderos *protestantes* no eran los nobles, era el pueblo, y desde el punto de vista social esto era perfectamente lógico. La iglesia ortodoxa quedó fraccionada en cuatro elementos: el episcopal, rico é influyente; el rural, pobre é ignorante; el monacal, poderoso y opulento y el popular, profundamente religioso, fraccionado á su vez en sectas fanáticas, que no [illegible]an más que una protesta constante contra los [illegible]más elementos del [illegible]. Dividida de esta suerte presa de luchas intestinas, fuerza le fué á la

iglesia entregarse á merced del Estado que la fué desposeyendo de todos sus privilegios, de todas sus riquezas y de toda su influencia, hasta convertirla en mero instrumento suyo. El santo Sínodo, creado por Pedro el Grande, tenía y tiene hoy día atribuciones puramente administrativas; está compuesto de prelados, pero lo preside un Procurador, de nombramiento imperial, que dirige los asuntos de la iglesia como pudiera hacerlo el ministro de Gracia y Justicia si tuviera atribuciones más amplias. El carácter conservador, contrario á toda reforma que distingue á la iglesia ortodoxa de las demás, así lo requiere. Los ortodoxos no han menester de un jefe que los mantenga unidos, y los que están al frente de la iglesia no la dirigen, sino que la administran. Por esta razón la iglesia ortodoxa es nacional en el verdadero sentido de la palabra, allí donde los pueblos la profesan: en Bulgaria y en Rusia, en Grecia y en Rumanía y por eso también las grandes reformas que en ella se efectuaron, excepto la corrección de los libros sagrados por Nicón, no fueron causas de protesta religiosa, ni la supresión del Patriarcado, ni la constitución del clero en clase aparte, ni la incautación por el Estado de los bienes del clero, ni la creación del santo Sínodo, puesto que todas ellas se referían á la organización interi eclesiástica y no á la[illegible]encias. En Rusia clero se divide en blanco y negro, ó sea en sec

lar y claustrado. El primero lo constituyen los párrocos, diáconos y subdiáconos, los cuales deben casarse forzosamente. El segundo lo forman los monjes, de los cuales proceden los obispos, residentes en algunas provincias, sobre todo en las genuinamente rusas. El primer grupo se compone de unas 96.000 almas (137 por 100.000 de habitantes); el segundo unas 49.000 de ambos sexos (38 por 100.000). Los primeros estudian en los seminarios y academias; los segundos no pueden ingresar en los conventos antes de los treinta años los hombres, antes de los cuarenta las mujeres y siempre con autorización de las familias, de los centros á que pertenecen y del Gobierno. La iglesia se sostiene con sumas que proceden de donativos particulares, de derechos parroquiales y de asignaciones del Gobierno, que sostiene por su cuenta aquellas parroquias cuyos feligreses son demasiado pobres. Los establecimientos religiosos se sostienen con las rentas episcopales, con las particulares del santo Sínodo y con donaciones del Gobierno. Pero volvamos al cisma, al punto más interesante de la cuestión religiosa en Rusia.

El *raskol*, así lo llaman en el Imperio, se inició, como hemos dicho, en el siglo XIV so pretexto de que Nicón había alterado la pureza de la primitiva ortodoxia, y entonces se apartaron de la fé oficial todos los partidarios de la tradición, calificando de herejes á los demás, y subdividiéndose

en dos grupos principales que no tenían más punto de contacto que el odio á los representantes del poder. Convirtióse Rusia en teatro de escenas extraordinarias, de predicaciones fanáticas, de abominables crímenes y de tremendas aberraciones. No eran solamente hombres los que predicaban, sino las mujeres las que iban de aldea en aldea exponiendo á la gente los principios de sus sectas. Los unos afirmaban ser reencarnaciones de Cristo, los otros eran simples profetas, pero todos se esforzaban en aparecer ante los ojos del pueblo revestidos de una aureola sobrenatural de santidad, de misterio, y de los relatos de algunos sectarios se desprende que ciertos profetas lucían un nimbo resplandeciente ú olían á desconocidos perfumes. El desarrollo adquirido por las sectas fué tanto más natural y tanto más lógico cuanto que al campesino, convertido en bestia por los nobles y privado de toda satisfacción material y moral, no le quedaba otro camino para libertarse, siquiera fuese momentáneamente de sus penas, que entregarse á las ilusiones, prestar oído á los que le anunciaban un cambio, una transformación social y deleitarse con la idea de un mundo mejor. El clero ortodoxo no tenía medios hábiles para oponerse á la obra de «los profetas», puesto que era ignorante y pobre, y la configuración misma del territorio ruso, su enorme extensión y la soledad de sus bosques, la rudeza de su clima y la falta de caminos, contribuía á facilitar la exis

tencia de las sectas impidiendo su persecución. Pero ¿qué eran estas sectas y en qué consistían esas aberraciones mentales á que hemos hecho alusión?

De dos grupos constaban los heterodoxos rusos: el uno consideraba indispensable al sacerdote y le confiaba las ceremonias del culto, y el otro negaba aquella necesidad y sus individuos se atribuían facultades sacerdotales. El primero reclutaba sus adeptos en las partes más pobladas del Imperio; el segundo, en las localidades más desiertas, y ambos eran á cual más fanático. El primero admitía como principio la muerte por el fuego, y el entusiasmo que esta idea despertó en el pueblo fué tan grande que sus efectos equivalieron á los de una epidemia. Ansiosos de gozar de una vida futura que los profetas les pintaban con ideal colorido, no daban lugar á que llegase naturalmente, y se mataban quemándose vivos ó atormentándose atrozmente con refinamiento inconcebible. Los predicadores recorrían los pueblos, sin temor á la persecución, anunciando el fin del mundo, la desaparición definitiva y violenta de la especie humana, ponderando los supremos encantos del martirio voluntario y ejerciendo tal influjo en la gente, que hasta los niños acudían presurosos á la hoguera. En el espacio de diez años se suicidaron 20.000 personas. Larga sería la tarea de enumerar las sectas pro[illegible]entes de este grupo, y solo citamos las si-

guientes: la *stefanowskaya*, que arrojaba los niños á los bosques para que fuesen pasto de las fieras; la de Akulina, que profesaba el comunismo sexual; la de los *bolosatobchiks*, cuyas mujeres bautizaban á los niños; la de los que ponían término violento á la vida de los enfermos...

El segundo grupo, el de los que negaban la necesidad del sacerdote, se subdividió en sectas como la *feodowskaya*, que prohibe llevar los cabellos largos y usar gorra ó sombrero; la *filipowskaya*, que admite la cremación en vida; la *samokrechenskaya*, cuyos individuos se bautizan á sí mismos; la de los *stranniki* ó errantes, que ni reconocen autoridad alguna ni tienen hogar, ni admiten el matrimonio, ni toleran la existencia de los hijos.

Estas sectas, de las cuales quedan todavía vestigios en algunas provincias, y cuyos adeptos despiertan inmenso respeto en la masa campesina, eran de origen genuinamente ortodoxo y procedían, en cuanto á sus dogmas, de una mala interpretación de la Biblia, pero no eran las únicas. El territorio ortodoxo es fronterizo del protestante por un lado y del mahometano por otro, y ambas religiones ejercieron influencia en los eslavos. El protestantismo determinó en Rusia la aparición de dos sectas principales, origen de muchas otras: la de los *[illegible]ioborzy* y la de los *molocanes*. La primera recuerda la kuákera; la se-

gunda la anabaptista. Los unos creen que las imágenes son ídolos y tienen una Trinidad simbólica: el Padre, la memoria; el Hijo, la razón; el Espíritu Santo, la voluntad. Los otros no tienen iglesias, ni santos, ni mártires, ni apóstoles, ni emplean más alimento que la leche, ni poseen nada aisladamente, sino en común. Ambas sectas tienen ceremonias extrañas: en unas se escupen mutuamente para demostrarse humildad, y en otras bautizan á los jóvenes hipnotizándolos antes para que aparenten resucitar.

La influencia oriental aparece evidente en dos sectas: la de los *skopzys* y las de los *jlistas*, ambas temibles y tenazmente perseguidas por las autoridades. El rasgo distintivo de ellas es la propensión, mejor dicho, el entusiasmo, con el cual se mutilan sus individuos. Recuerdan aquella famosa hermandad de los *haschinchis*, que después de narcotizarse se mataban. *Skopzys* y *jlistas* padecen el delirio del fuego y se queman con el mayor placer. Sus ceremonias recuerdan las de los *derviches;* los *jlistas* tienen la costumbre de girar sobre sí mismos durante sus reuniones con tal rapidez que suelen apagar las luces. Afirman que mediante este procedimiento evitan la lujuria, lo cual es absolutamente falso, puesto que sus asambleas terminan en bacanal. Los *skopzys* [illegible] todavía más lejos en su afán de moderar las [illegible]inaciones de la carne: profesan horror al sexo [illegible] suprimen en el hombre y en la mujer por

todo género de procedimientos á cual más inmorales y crueles. Las sectas *jlistas* y *skopzys* son numerosísimas: en unas acuden los adeptos á la asamblea completamente desnudos; en otras hacen caso omiso del parentesco en las relaciones sexuales; en otras se castran de diversos modos; en una palabra, se entregan á toda suerte de aberraciones. Lo peor de todo no es que hace dos siglos hayan existido estas sectas, sino que existen hoy día á pesar de los esfuerzos que se hacen por difundir la ilustración. Los datos contenidos en el empadronamiento de 1897 acusan la existencia de unos dos millones de sectarios, cifra muy inferior á la realidad, según algunos, y que debe exceder de diez millones, á pesar de que los ortodoxos viejos están ya virtualmente incorporados á la iglesia oficial. ¡Diez millones de almas entregadas al fanatismo y á la barbarie!

Los datos más exactos que contiene la estadística son los que corresponden á los católicos. La esfera de influencia de éstos es principalmente la Polonia rusa y algunas provincias próximas, en las cuales habitan $^6/_7$ de los católicos rusos, constituyendo en ellas las tres cuartas partes de la población y nunca menos del 50 por 100. A pesar de los obstáculos, casi insuperables, con que tropieza en Rusia la difusión del catolicismo, su influencia es innegable en Polonia, en casi todas las grandes poblaciones del Imperio y en la misma Siberia.

Los protestantes, lo mismo que los católicos, habitan en todas las provincias, pero el gran núcleo de ellos está en las orillas del Báltico, principalmente en Finlandia, donde residen las cuatro quintas partes. En el resto de Rusia los protestantes están representados, casi exclusivamente, por las colonias agrícolas alemanas de Noworosia, de Samara, de Saratof, del Wolga y del Cáucaso.

La región mahometana es la más importante después de la ortodoxa, como que su extensión equivale á la de toda Europa, y su influencia se ejerce en los mismos ortodoxos. En el Asia central los mahometanos constituyen las $^{9}/_{10}$ partes de la población; en Samarkanda y en Fergan el 99 por 100; en localidades del Cáucaso, como el Daguestán, este promedio es de 94 por 100; en las demás provincias orientales asciende al 50.

Los armenios suman en total unos dos ó tres millones de almas y profesan una religión propia, derivada de la iglesia griega é independiente de ésta desde la segunda mitad del siglo v, mucho más antigua, por lo tanto, que la iglesia rusa propiamente dicha. Esto no impide, sin embargo, que los armenios hayan conservado muchos restos de su primitiva religión, que era una mezcla de la mitología persa y del paganismo griego.

La esfera de influencia de los judíos es limitada en Rusia, gracias á las leyes que prohiben su establecimiento en la mayoría de las provincias

rusas. En la Polonia rusa y en el Mediodía del Imperio es indudable que ejercen una gran influencia sobre los habitantes de otras razas, por más que el % de ellos no sea más que un 10 en las provincias del Vístula, y en la parte Suroeste y Sureste de Rusia, y no pase del 5 en Chernigof, Poltawa, Ekaterinoslaf y Taurida, Cáucaso y Siberia oriental. Esto es lo que se deduce de los datos que arroja la estadística de 1897, pero ya hemos dicho que son inexactos. En la Rusia meridional hay localidades exclusivamente judías y ciudades donde los ortodoxos, católicos y protestantes son una excepción. En Odessa, por ejemplo, llegan casi al 40 por 100 de la población; en Lodz al 25, y en Varsovia al 28 por 100, y el comercio, la industria y muchas profesiones como las de abogados y médicos, las ejercen principalmente los judíos.

No terminan aquí los grupos religiosos: además de todas las religiones mencionadas existen en Rusia unas 700.000 almas, cuyas creencias religiosas no pueden incluirse en ninguna de las clasificaciones anteriores. Tales son los budistas y lamaitas de los Gobiernos de Astrakan y del Cáucaso, del territorio del Don y de muchas otras regiones orientales, donde forman hasta el 95 por 100 de la población; y los paganos é idólatras de la Siberia oriental, de los territorios de Irkutsk y del Yenisei, de Sakalin y de Tobol del Cáucaso y de ciertos Gobiernos europeos

como los de Wiat, Kazan y Samara, adeptos de religiones primitivas y rudimentarias que forman la quinta parte de la población en aquellas regiones.

Muchos indígenas de Siberia y del Asia central abrazaron el cristianismo, cediendo á la influencia rusa; otros se hicieron mahometanos y los demás se convirtieron al budismo ó siguieron siendo idólatras. El atraso y la ignorancia de estas gentes han hecho que no tomen de esas religiones más que la parte externa, las ceremonias que llaman la atención, pero no sus enseñanzas ni su moral. Preguntó una vez un viajero á los yakutas cuántos dioses había, y estos indígenas, recién convertidos á la ortodoxia, le manifestaron que había dos: Nicolás al Sur, la Virgen al Norte. Para estas razas las aguas y los bosques, el sol y la luna, la lluvia y el viento, el rayo y el relámpago, son otras tantas divinidades, buenas las unas, perversas las otras, pero todas dignas de adoración. Los convertidos al cristianismo cuelgan en sus chozas los *ikons* (1) rusos y las toscas imágenes de sus divinidades para que se conozcan y se aprecien. Las relaciones que median entre ellos y sus dioses se parecen más á contratos comerciales que á oraciones: «Si mato tres zorros, dicen los bogulos, te daré uno; si mato seis,

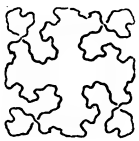
(1) Imágenes sagradas.

dos; si la pesca es buena te daré un pez, si es mala no daré nada.» Sometidos á la influencia perjudicial de sus sacerdotes, que también los tienen á pesar de su atraso, vegetan estas tribus alejadas de toda influencia religiosa, olvidados en sus tristes regiones del Norte, hasta de los mismos mahometanos y budistas sus vecinos, que á lo sumo excitan su fanatismo para aprovecharse mejor de su ignorancia.

Acostumbrados nosotros á que la iglesia ejerza un papel dominante en la sociedad, á que sus ministros luchen contra lo que pueda oponerse á su influjo, á que los misioneros se esfuercen en llevar por doquiera la verdadera fe, no puede menos de sorprendernos que la religión ortodoxa no haya logrado imponerse en Rusia y acabar con las demás. Ya hemos dicho que los rusos tienen un concepto de la religión diferente del nuestro: la fe, dicen ellos, no es cosa que se adquiere, ni cosa que pueda imponerse por la fuerza; ahora bien, lo que no es posible es cambiar de religión, es ser hoy ortodoxo y mañana católico y al otro protestante. El hijo del católico podrá ser ortodoxo, pero el ortodoxo no podrá ser jamás católico. La religión del Estado es la privilegiada en el sentido de que es la única que puede hacer prosélitos, pero no ejerce monopolio alguno, y el Gobierno sostiene lo mismo párroco católico de Polonia, que al *pop* moscota, que al sacerdote armenio, que al mu.

mahometano. A esto, se debe sin duda, que la religión ortodoxa haya hecho progresos tan escasos en Rusia y que el número de conversiones durante los últimos cincuenta años no llegue á dos millones de almas que la abrazaron en los más de los casos por conveniencia política. No existen datos rigurosamente exactos acerca del particular, pero sí puede afirmarse que, ya sea por la ignorancia del clero, ya por la indiferencia ó inercia de las misiones, ya por la escasa cultura del pueblo ruso, hay provincias donde la religión del Estado pierde terreno ante la influencia católica, protestante ó mahometana, ante el influjo de los mismos idólatras que mezclan y confunden sus dioses con los nuestros, sus ceremonias con las cristianas, sus tradiciones con las que contienen las santas escrituras.

La unidad religiosa es imposible en Rusia, aún más imposible que la unidad perfecta de criterio de todas las razas que la componen, y lo más importante, lo más peligroso es que las sectas que más se desarrollan son precisamente las que envuelven una protesta contra el régimen actual, las que, so color de propaganda religiosa, difunden en el pueblo ignorante é idealista los radicalismos más terribles.



VI

Las nacionalidades.

En los capítulos anteriores hemos tratado de bosquejar, siquiera sea breve y sucintamente, las razas, los idiomas y las religiones de Rusia, indicando de paso las dificultades que estas diferencias lingüísticas, etnográficas y religiosas oponen á la fusión de los múltiples elementos del Imperio.

Pero estas diferencias no se limitan á los terrenos indicados, sino que se hacen patentes y con mayor fuerza quizá en el terreno social y político.

Rusia es, sin duda alguna, la nación de Europa cuyos elementos están más distanciados unos de otros y donde media mayor abismo entre el que manda y el que obedece, entre el noble y el

plebeyo, entre el habitante de la ciudad y el habitante en la campiña, abismo que procede no ya de la raza, ni del idioma, ni de la religión, sino de la educación y de las aspiraciones.

La forma absolutista, la carencia completa de las libertades que existen en el resto de Europa, siquiera esta carencia sea en muchos casos más teórica que real, no satisface á parte muy considerable de la población rusa, mientras que los pueblos que un día constituyeron nacionalidades aparte, luchan más ó menos abiertamente por recobrar, si no toda, parte al menos de su pasada independencia.

Este conjunto de aspiraciones políticas, que se acentúan cada vez más, adquiriendo mayor importancia á medida que el poder central se resiste á toda descentralización, pueden clasificarse en diferentes grupos, constituyendo cuestiones importantísimas cuyos resultados se notan ahora con motivo de la guerra ruso-japonesa. Estas cuestiones son: la social, en Rusia; la polaca, en la región del Vístula; la finlandesa, en el Gran Ducado; la hebrea, en el Mediodía del Imperio; la armenia, en el Cáucaso.

Veamos primeramente el estado moral en que ahora se encuentra la raza dominante, la rusa, á quien está encomendada la obra de reunir y fundir los demás elementos etnográficos.

La población de Rusia es de unos 129 millones de almas, de las cuales 112 son agricultores

Esta proporción es muy digna de tenerse en cuenta. La sociedad rusa se halla dividida, por lo tanto, en dos grupos completamente distintos: la clase culta, comparable desde todos los puntos de vista á sus similares de Europa, y la clase ignorante, la más numerosa, la más importante, cuyo nivel es bajísimo y cuyo carácter ostenta el sello de largos años de penosa servidumbre. Compónese la primera de dos bandos opuestos, admirador el uno de cuanto procede de Europa, ansioso de ver imperar en Rusia un régimen político semejante al de las naciones de Occidente, francamente liberal, amigo de censurar los actos del Gobierno, procedente de la clase media, pero ilustrado en Colegios y Universidades; conservador el otro, nacionalista, panslavófilo, enemigo de toda reforma, persuadido de que el pueblo no tiene todavía condiciones para gobernarse á la europea.

La clase baja se divide también en dos grupos parecidos á los anteriores, con la diferencia de que el liberalismo culto se convierte en ellos en socialismo, mientras que el apego á la tradición se transforma en rutina, en ignorancia, en fanatismo, en horror á la ilustración.

Más de un capítulo podríamos consagrar á las peripecias revolucionarias acaecidas en Rusia desde la famosa conjura de 1825, en la que intervinieron personas que pertenecían á las familias más ilustres, con objeto de establecer

la República en el Imperio, hasta las últimas conspiraciones en 1876; pero por muy interesante que resulte el tema, por muy simpáticos que nos parezcan aquellos hombres que arriesgaron sus vidas y haciendas por tal de conseguir un ideal, llegaremos siempre á la misma conclusión: al desequilibrio entre la parte ilustrada de la sociedad rusa y la parte ignorante y rutinaria de la misma, al desequilibrio que entorpece toda reforma.

Dejando á un lado los deseos políticos de los rusos, y haciendo caso omiso de la predicación revolucionaria que en todas partes se realiza, incluso en los cuarteles, veamos qué condiciones tienen para cumplir la alta misión civilizadora que les ha impuesto su situación geográfica; y como en Rusia el elemento principal de la colonización no es el hombre culto, sino el campesino que emigra, hablemos del campesino.

El labriego ruso es robusto y se halla dotado de una paciencia sin igual. Déjase toda la barba, y los cabellos, generalmente rubios, los corta en redondo, de suerte que está una parte del cuello al descubierto. Viste lo mismo en verano que en invierno, componiéndose su traje de una camisa amplia de colores llamativos, abotonada á la izquierda, y de un pantalón ancho cuya extremidad desaparece en altas y fortísimas bot
En invierno lleva una pelliza de carnero y
verano un levitón de paño fuerte ajustado á

cintura por una correa ó una cuerda, según los casos. El hacha es un instrumento del que nunca se separa y con el que verifica toda clase de trabajos, lo mismo cortar un tronco que hacer un banco, esculpir madera ó partir piedra. Es muy sobrio, entre otras cosas porque no puede ser glotón, y come pan de centeno, sopas de coles sazonadas con leche agria y algún que otro pedazo de carne cuando sus medios se lo permiten. Toma en vez de vino una bebida fermentada que se llama kwas, y te, indispensable á todo ruso, sea la que quiera su posición social. Tiene un defecto muy grande: el de beber sin tino y el de profesar extraordinaria simpatía al aguardiente denominado *wodka*. Los domingos y días festivos, y aun otros días que no lo son, rebosan las tabernas, y el curioso espectador contempla escenas pintorescas en las calles.

Los campesinos rusos viven muy mal; sus casas ó, por mejor decir, chozas, carecen en absoluto de condiciones higiénicas. En muchas aldeas la despensa ó el granero sirven de vivienda durante el verano. Las dimensiones de una izba (1) varían mucho, como es natural, pero suelen ser de unos 10 á 12 metros cúbicos de capacidad para seis ú ocho personas. En la misma izba viven también en los meses de invierno los

1) Choza rusa.

terneros y las vacas, las gallinas y las ovejas, los cerdos y, claro es, los perros. El ambiente ya irrespirable de la izba se hace imposible, porque los dueños ni la limpian ni se cuidan de ser limpios, dando lugar al desarrollo de toda clase de insectos y al de enfermedades de todo género.

El aire no se renueva más que cuando entran ó salen de la izba, cuyos muebles se reducen á un nicho para las imágenes sagradas, á unos bancos alrededor de la pared, á unos vasares para los cacharros, á una mesa donde comen y hacen toda clase de trabajos y á la imprescindible estufa de barro, artefacto enorme sobre el cual duermen los individuos de la familia, mezclados, sin distinción de edades ni de sexos. Las ropas, las pellizas y los trapos cuelgan en amistoso consorcio alrededor de las paredes. El sentimiento del pudor no existe, ni puede existir, en condiciones semejantes, ni tampoco la salud. La mortalidad infantil alcanza en los meses de Mayo, Junio y Julio proporciones aterradoras, y la de los adultos no es menos grande. En los pueblos y aldeas no hay nada, ni siquiera disponen sus habitantes de auxilios facultativos, habiéndose calculado que cada médico rural tiene á su cargo 36.000 personas, cifra que basta para dar idea de lo atendidas que estarán. Si esto se añade el excesivo consumo de agua diente, cuya venta reporta al Gobierno más

mil millones de francos, y la influencia ejercida en los pueblos por los soldados licenciados y por los obreros que han trabajado en las ciudades, adquiriendo en ellas unos y otros enfermedades contagiosas, se comprenderá fácilmente que cada año que pasa tengan que rechazar más quintos los tribunales militares. Esto por lo que al estado físico del campesino se refiere, pues su estado moral dista mucho de ser lisonjero, pudiendo afirmarse así apoyándose en datos publicados en Rusia y forzosamente exactos.

«La moralidad popular, dice un escritor (Smiriaguin), ha decaído de un modo asombroso de diez años á esta parte; y aquellas gentes, antes tan religiosas, tan inocentes, de tan patriarcales costumbres, tan temerosas de los padres y tan amantes de sus hijos, se han convertido en una masa ruda, fiera é inmoral.»

«Cada día que pasa, dice el Sr. Sierenki, colaborador del *Graschdanin*, se vuelve el mujik más grosero, más perezoso y más beodo... El temor á Dios no existe, pero se temen unos á otros. La difusión de la cultura no solamente no lo ha humanizado, sino que lo ha empeorado. Le quitamos las cadenas para infundirle un ansia jamás satisfecha de comodidades materiales y de satisfacciones morales.»

El mal de los pueblos rusos, dice otro escri-
, es la decadencia de las costumbres. El pue-
-e emborracha, se embrutece, y los resulta-

dos los vemos por doquiera en la inmoralidad y el vicio. Hay todavía en Rusia muchos elementos sanos, pero lo terrible es el desarrollo alcanzado por los gérmenes de inmoralidad, lo mismo en los centros fabriles que las aldeas más lejanas.»

Los periódicos rusos suministran á diario curiosos ejemplos de esta decadencia moral. Unas veces dan cuenta de las costumbres de mozos y mozas; otras nos dicen que los hijos arrebatan á los padres hasta el último céntimo por tal de comprarse objetos de lujo; otras indican el terrible aumento de los nacimientos ilegítimos, merced al cual han debido cerrar sus puertas varios asilos; otras, en fin, mencionan constantes robos, incendios y asesinatos. Durante los quince ó veinte últimos años no ha habido en toda Rusia una sola iglesia que se haya librado de los ladrones, y desde que se implantó el seguro obligatorio contra incendios el número de éstos se ha cuadruplicado, especialmente en los años de mala cosecha.

El Zemstwo, de Perm, publicó en 1899 una colección de cartas que le habían dirigido los campesinos quejándose de su situación, y al leerlas, al estudiar la expresión sincera del dolor que en ellas palpita, al observar los efectos que está produciendo en el pueblo la influencia civ lizadora de la escuela y el roce con los habita tes de las ciudades, es cosa de preguntarse :

en efecto, es tan bienhechora como á primera vista se antoja.

Hasta ahora no hemos hablado más que del pueblo, del *mujik*, de la gran masa de la población, de esa masa que padece y trabaja, y bueno será que examinemos la situación moral y las tendencias de la clase alta, de la gente culta, ya indicadas en el comienzo del capítulo.

«Muchos creen, dice el Sr. Smiriaguin, que la clase culta se halla á un nivel intelectual, moral y religioso muy superior al del pueblo; pero esto no es exacto. Uno de los rasgos característicos del *intelectualismo* ruso es la negación de toda idea, de todo sentimiento religioso y el desprecio hacia las tradiciones, hacia el carácter nacional. Los unos se burlan abiertamente del clero; los otros aplauden con entusiasmo las opiniones más radicales, considerándolas última palabra de la ciencia y esforzándose en divulgarlas sin pensar en las consecuencias que esto puede acarrear para la patria.»

«Por doquiera, dice el magistrado Babin, se observa en las clases altas la decadencia moral y religiosa, el aburrimiento y el disgusto; por doquiera se anteponen las comodidades materiales á las necesidades espirituales, y la lucha por la existencia y el afán de lujo impera en todas partes, encubriéndose las aspiraciones más vulgares con los conceptos altisonantes de libertad, de igualdad y de fraternidad.»

Los escritores aludidos citan en apoyo de sus afirmaciones ejemplos elocuentes de decadencia moral, y entre ellos el muy significativo de haber aumentado la cifra de los nacimientos ilegítimos en ciertas provincias, en las más cultas, hasta constituir el 33 por 100 de los registrados. Las aspiraciones políticas de las clases cultas ya hemos dicho que se pueden clasificar en dos grupos: conservadoras las unas, liberales las otras. Estas últimas, á pesar de la reserva que la organización del país impone necesariamente á sus defensores, se revela muy á menudo en las Asambleas provinciales, en los mensajes de éstas al Gobierno y en los artículos de la prensa, demostrando de un modo que no deja lugar á dudas que las aspiraciones de la gran mayoría de la clase culta no se compaginan con el mantenimiento indefinido de la forma autocrática. Pero esto, que podría denominarse oposición, no lo es en realidad, ni ejerce verdadera influencia en los destinos del país regidos por una clase numerosa y poderosísima, la de los funcionarios ó *chinowniks*, y la verdadera oposición es la que hacen los partidos avanzados, los socialistas y los anarquistas.

Difícil es precisar la importancia y el alcance de las predicaciones radicales en el Imperio, no solamente porque el Gobierno las persigue oculta cuidadosamente, sino porque los que realizan se valen generalmente de procedimie

tos indirectos para crear agitación en el país, divulgando unas veces entre los campesinos rumores absurdos referentes á la actitud del Zar para con ellos, y empleando otras como arma el fanatismo religioso de ciertas y determinadas sectas.

Lo cierto es que el movimiento revolucionario se verifica, no obstante las persecuciones; que la actitud de protesta contra el régimen actual adquiere proporciones graves; que se han descubierto pruebas fehacientes de que la propaganda se realiza en el ejército, y que estos síntomas revisten caracteres tanto más alarmantes cuanto que tienden á desunir los elementos de la raza rusa, á quien está encomendada, según los escritores panslavistas, una obra importantísima de civilización y de progreso.

La cuestión polaca ha perdido hoy día la importancia excepcional que la caracterizaba hace años. Los polacos siguen distanciados de los rusos por sus ideales políticos, por sus creencias religiosas y por el concepto que les merecen sus dominadores; pero seguramente su protesta contra ellos no volverá á revestir los caracteres de las anteriores. La resurrección del antiguo reino de Polonia, ideal sustentado por la inmensa mayoría de los que se alzaron contra la soberanía Rusia en otro tiempo, aparece á los ojos de polacos de hoy como un ensueño irrealiza-

No es solamente Rusia la que á ello se opo-

ne, es Alemania, es Austria, es Europa entera la que se opondría considerando semejante empresa una locura, y los polacos han adoptado una actitud distinta, aunque no se hayan acrecentado sus simpatías por Rusia.

No faltan escritores que encomian, como Boleslawizky, la necesidad de una compenetración de rusos y polacos, y la gran mayoría, sin ir tan lejos y recordando sin duda la forma cómo reprimió Rusia sus veleidades de independencia, espera que ésta le concederá una amplia autonomía administrativa, no de golpe, pero sí lentamente, sin despertar suspicacias, resucitando instituciones genuinamente polacas y otorgando reformas especiales á las provincias meridionales de Rusia, donde viven muchos miles de polacos.

La Liga popular, que existe en las principales ciudades de Polonia, no reconoce otro fin que el de preparar al pueblo para el ejercicio de los deberes que le incumbirán el día que se logren esos deseos, día que está muy lejos, si es que llega alguna vez. Las concesiones de Rusia á sus provincias polacas se han reducido á permitir que se enseñe el polaco en las escuelas y liceos y á otorgar cierta independencia á los municipios; pero de aquí á la completa autonomía hay una distancia que ningún Gobierno ruso traspasará jamás.

«Los polacos, dicen los rusos, son compatrio

tas nuestros; su patria es Rusia, y no deben volver los ojos al pasado ni desear la resurrección de lo que en un tiempo fué causa de discordia», y, en realidad, hay que reconocer que tienen razón desde el punto de vista práctico.

A las causas políticas, religiosas é históricas de la rivalidad latente entre rusos y polacos hay que añadir otra puramente económica: el antagonismo entre las industrias de ambas regiones. El desarrollo fabril de Polonia ha sido mayor que el de Rusia, y sus productos hacen terrible competencia á los de la región de Moscú en los mercados del Imperio. Debido á esto ha habido épocas en que los fabricantes rusos pidieron al Gobierno que los defendiera contra la industria polaca, adoptando una política proteccionista para con Polonia, lo cual era real y verdaderamente imposible. La mala voluntad existente entre ambas nacionalidades se revela á menudo con formas diversas que indican cuán débil es el lazo que las une y con qué facilidad puede romperse.

Los finlandeses, por su parte, no pueden en modo alguno experimentar grandes simpatías por Rusia; las promesas de respetar la autonomía de Finlandia no se han cumplido, y se han implantado reformas contra el común sentir de habitantes del Gran Ducado. Los rusos entienden el asunto de [illegible] modo distinto. No se ta, dicen, de desnacionalizar á Finlandia, sino

de unificar la administración del Imperio; los finlandeses seguirán con su autonomía; lo único que se alterará es el carácter de sus relaciones con Rusia, ya que el Gobierno imperial no puede tolerar que desde un territorio ruso le escriban en lengua distinta de la oficial. Esto será muy cierto, pero las reformas implantadas últimamente han producido mal efecto en el país y han aumentado el descontento producido por la actitud de los funcionarios rusos.

La cuestión hebrea tiene tanta importancia, si no más, que la polaca y la finlandesa. Los judíos ejercen una influencia muy grande en ciertos distritos, y el odio que les profesan los ortodoxos da lugar constantemente á sangrientos sucesos.

Establecidos en Polonia desde el siglo XII ó XIII, no penetraron en Rusia sino mucho después, en el siglo XVII, y aun hoy día no les está permitido establecerse en todas las provincias, sino solamente en algunas, y eso sometiéndose á restricciones enojosas. Según la ley actual, los judíos rusos no constituyen un grupo social, sino que deben estar adscritos á una de las clases en que se halla dividida la sociedad rusa, no pudiendo residir más que en las regiones del Sur, á menos que paguen los derechos correspondientes á la primera *guilda* ó cla comercial; que hayan terminado los estudios un centro de enseñanza superior ó que ejer

ciertas profesiones. Además no pueden adquirir bienes inmuebles sino en determinados casos, ni ingresar en la Administración, ni ser admitidos en los establecimientos de enseñanza, á menos de reunir condiciones especiales, ni poseen la misma capacidad que los cristianos para el desempeño de cargos municipales; en una palabra, la ley los constituye en una clase especial, inferior, separada de las demás, que no puede mezclarse con las otras, desarrollando en ellos, como es natural, una mala voluntad indescriptible hacia sus compatriotas de otras religiones, con los cuales no mantiene más relaciones que las puramente mercantiles. El Gobierno no les impide que practiquen sus creencias, pero los obliga á ser enemigos suyos. Según datos recogidos por el ministerio ruso del Interior, el 70 por 100 de los revolucionarios rusos, de los que predican doctrinas radicalísimas, de los que esparcen rumores hostiles al Gobierno y soliviantan la población del campo y los obreros de las fábricas, son de origen hebreo. El Gobierno ha nombrado últimamente una Comisión encargada de estudiar el problema israelita y de proponer los medios conducentes á su resolución; pero es difícil, tal vez imposible que, dadas las tendencias imperantes en Rusia, se decida á emprender el ·co camino eficaz á poner término á una cues- ı tan enojosa: el de abrir las provincias todas ·ª de esta raza para que, en vez de constituir

en algunas grandes núcleos, desaparezcan en medio de la población ortodoxa, católica ó mahometana.

La cuestión armenia es la menos importante de todas. No solamente es pequeño el número de los que profesan esta religión, sino que se hallan dispersos en la Rusia meridional y en el Cáucaso, procediendo su descontento de la supresión de ciertos derechos que antes tenía su Iglesia. Los agitadores armenios no son generalmente los nacidos en Rusia, sino los que proceden de Turquía, donde, como todos saben, la situación de esta raza dista mucho de ser agradable.

La agitación armenia no será nunca la que mayores dificultades ocasione al Gobierno ruso, y desaparecerá, lo mismo que las revueltas ocurridas en el Cáucaso, con la adopción de medidas enérgicas á la par que hábiles.

Estas cuestiones, la social en Rusia, la polaca, la finlandesa, la hebrea y la armenia, no son quizá las únicas que pueden preocupar al Gobierno ruso en un momento dado. En las provincias del Báltico, donde predominan los alemanes, la influencia alemana, la del Imperio germánico, es notoria, evidentísima; en Finlandia, á pesar de sus pretensiones nacionalistas, la influencia sueca es notable; y en las razas musulmanas, poseídas actualmente de extraordinario fervor religioso, se observa la influencia,

atracción, mejor dicho, de sus hermanos de religión, los turcos, regidos por un descendiente del Profeta.

De suerte que el Imperio ruso tiene en su territorio elementos capaces de comprometer en un momento dado no ya la unión ó la fusión de las múltiples razas que lo pueblan, sino el éxito de sus empresas en Asia y el resultado de su política en Europa.

VII

El Zar y su Gobierno.

El inmenso territorio ruso, ese territorio que se dilata desde el Báltico hasta el Pacífico y desde el mar Glacial hasta China, donde habitan razas tan diversas, donde se profesan religiones tan opuestas y donde se dan grados tan diferentes de cultura, se halla sometido á la autoridad de un soberano cuyo poder no reconoce límites, ante el cual todos se inclinan y á quien es dado premiar y enaltecer, castigar y arruinar con una sola palabra y sin que nadie pueda en ningún caso protestar, ni mucho menos oponerse á sus mandatos. A primera vista parecerá extraño que en el siglo xx, y cuando los pueblos occidentales gozan de reales libertades que ellos eligen los que realmente gobiernan, haya un

país en Europa cuya forma de gobierno es la autocrática, y cuyo jefe, según los estatutos de Pedro el Grande, es un monarca que no responde ante nadie de sus actos; pero este género de Gobierno tiene su razón de ser en Rusia. La historia del Imperio es la de la centralización del poder y la de su civilización, la de los esfuerzos hechos por los Zares para ponerlo á la altura de las naciones europeas, realizando verdaderas revoluciones políticas, sociales y económicas. El desenvolvimiento de Rusia no se verificó como en Occidente, merced á una evolución lenta y progresiva que partiendo del pueblo alcanzó las más altas esferas, sino mediante la adopción de medidas enérgicas que crearon el ejército y la marina, establecieron industrias, dividieron en clases á una sociedad hasta entonces compacta, y transformaron á un país oriental en nación europea; y esta serie de reformas se verificó merced al empleo de una autoridad sin límites, de un poder casi divino, ante el cual bajaban la cabeza los pobres y los ricos, los magnates y los siervos, los comerciantes y los soldados. La autoridad omnímoda del Zar transformó á Rusia, y sin ella no hubieran podido efectuarse cambios como el de la época de Pedro el Grande, ni reformas como las emprendidas por Catalina II, ni actos como el realizado por Alejandro II al dar la libertad á los campesinos, ni ninguna de las medidas que echaron por tierra cuanto los ruso

entendían que era inviolable y sagrado por el solo hecho de ser antiguo y tradicional. Aun hoy día no es posible en Rusia otra forma de Gobierno que no sea la absoluta, porque lo impiden el estado de cultura de los múltiples elementos de la población y el concepto que tienen del Gobierno. Pensar en la posibilidad de que haya en Rusia un Parlamento á la europea es un absurdo. ¿Qué Parlamento sería ese en el que entrasen rusos y polacos, finlandeses y mahometanos, armenios é indígenas de Siberia? Sería una asamblea exclusivamente rusa, ó sería un peligro constante y un obstáculo permanente á toda obra seria de Gobierno, pues si en Inglaterra el grupo irlandés con su eterna oposición constituye una molestia á veces muy grande para los gobernantes, fácil es presumir lo que sería un Congreso donde hubiera cuatro ó cinco minorías díscolas é intransigentes que no tuviesen entre sí más punto de contacto que el odio al Gobierno central.

Por lo tanto, la forma autocrática, esa forma que tantos recelos despierta en el extranjero y que suministra tema tan á propósito á las elucubraciones de la prensa, es una necesidad en Rusia, y no dejará de serlo hasta dentro de mucho mpo, cuando se opere la tan deseada fusión los elementos que la forman.

l Emperador corresponde, por lo tanto, gober- y legislar, contando para ello con organis-

mos determinados cuya historia no se remonta á más allá de un siglo. Las instituciones rusas, los Consejos y los Ministerios, el Senado y el Santo Sínodo, los *Zemstwos* y los municipios se crearon, las unas, por Pedro el Grande, á imitación de los que había visto en Europa, especialmente en Suecia; las otras por Catalina II; las demás en época reciente, en tiempos de Alejandro I y de Alejandro II, pues antes reinaba en Rusia el desbarajuste más grande, y las atribuciones de unos centros coincidían con las de otros en daño de la administración y de la hacienda. A pesar de todas las reformas, el orden no reinó en la gobernación del Estado hasta época muy reciente, como podríamos demostrarlo aduciendo curiosos ejemplos referentes, sobre todo, á la organización de la justicia. En tiempos de Alejandro I y de su ministro Speransky se separaron los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, vinculándolos en determinados organismos, pero el único que realmente los ejerce con entera libertad es el Emperador. Ninguna ley puede redactarse por los Ministerios ni someterse á la consideración del Consejo de Estado sin que él la apruebe; si este centro la vota, lo mismo que si la desecha, basta y sobra que la firme para que entre en vigor; y si desaprueba el proyecto, éste se devuelve á Ministerios ó al Consejo de Estado para que modifique ó simplemente para que se arch

El poder autocrático se emplea mucho más á menudo en asuntos políticos y administrativos, porque en Rusia no existe un Consejo de Ministros equivalente al nuestro, y el Zar es el centro de actividad de todos los Departamentos. El Emperador podrá consultar al Comité de Ministros, podrá oir el parecer de personas entendidas, pero lo hace solamente en casos extraordinarios y resolviendo siempre lo que mejor estima. Por eso no hay monarca que pueda ejercer mayor influencia en los asuntos del Estado, ni tampoco inspección más completa. Los ministros son meros secretarios suyos y el poder de ellos se debe á que no puede ocuparse de todos los asuntos sin excepción por falta absoluta de tiempo, no obstante lo cual se informa de la conducta que observan los funcionarios, pudiendo separarlos de sus cargos con facilidad extraordinaria á la menor infracción. Al Emperador se le someten todos los asuntos para que los decrete, y el ministro á quien corresponde cumple el mandato, sin pedir explicaciones, á menos que el soberano lo consulte.

Los organismos que auxilian al Emperador en la tarea de gobernar el país son muchos y muy complicados. El primero de ellos es el Consejo Estado, compuesto de personas de su confian- y encargado de redactar las leyes. Divídese en .tro Departamentos que entienden de asuntos iles y eclesiásticos, económicos y comercia-

les, industriales y científicos. Cada Departamento consta de tres Consejeros y un Presidente, y á las sesiones en pleno asisten todos los que forman parte del Consejo, incluso los que no están adscritos á ninguna sección del mismo. Este organismo tiene una Cancillería dirigida por el Secretario de Estado, cuya misión es repartir los asuntos y entregar á cada Departamento los que le corresponden.

El Consejo de Estado ruso es más bien que otra cosa un cuerpo consultivo cuyas decisiones no tienen fuerza de ley más que después de sancionadas por el Emperador, y al que se someten toda clase de asuntos políticos, económicos y administrativos, así como los procesamientos de Ministros, Gobernadores, Generales y altos funcionarios, las quejas contra las decisiones del Senado dirigente, y, en general, cuantos asuntos legislativos exceden de las atribuciones de los otros centros.

Mientras el Consejo de Estado es un Cuerpo exclusivamente jurídico, el Comité de Ministros que le sigue en importancia es puramente administrativo y se ocupa de los asuntos de este género que no pueden resolver los Ministros, así como de cuestiones de orden público, de las que exigen el empleo de grandes sumas para aliviar calamidades y de las referentes á ferrocarriles.

El Consejo de Ministros se diferencia del Co

mité precedente en que es el consejo personal del Emperador en cuestiones legales y administrativas, formándolo bajo la presidencia de éste los ministros y las personas que designa.

El Senado dirigente es una de las instituciones más antiguas de Rusia, y por más que su creación se remonte únicamente á la época de Pedro el Grande, es, en realidad, la antigua asamblea de boyares transformada, europeizada y dotada de atribuciones administrativas y judiciales. El Senado dirigente no es como pudiera creerse, dada su denominación, una Cámara parlamentaria, es pura y simplemente un Tribunal Supremo que entiende de toda clase de asuntos, resuelve en última instancia los procesos criminales y civiles y aclara el sentido de las leyes creando jurisprudencia. El Senado ruso, á pesar de que no puede ocuparse de las decisiones adoptadas por el Consejo de Estado, por el Comité de Ministros y por el Consejo de éstos, instituciones que se consideran superiores á él, tiene una organización complicadísima y muy eficaz á entorpecer y dificultar la rápida tramitación de los asuntos. Hay que saber primeramente que consta de seis Departamentos. Al primero le corresponden exclusivamente las cuestiones administrativas; al segundo las referentes á la clase ·pesina; al tercero los asuntos contenciosos; uarto los de heráldic[illegible], cambio de apellidos, ealogías, etc., y al quinto y al sexto, de-

nominados de casación, los asuntos civiles y criminales en última instancia. El Senado celebra sesiones plenarias, pero no de todos los Departamentos, sino del 1.°, 2.° y 3.°, del contencioso y uno de casación, y de los dos de casación, ocupándose en ellas de las quejas formuladas contra las disposiciones de los Departamentos senatoriales, de las ampliaciones ó modificaciones á las leyes y de las competencias entre jueces civiles, militares y eclesiásticos; en una palabra, de una multitud de asuntos que sería largo y enojoso enumerar.

El Santo Sínodo desempeña en la administración y dirección de la iglesia ortodoxa un papel semejante al del Senado en los asuntos civiles, y es tan antiguo como aquél, puesto que lo fundó Pedro el Grande después de anular el poder de los patriarcas. El Procurador del Santo Sínodo, representante del poder civil en este organismo, es en realidad un ministro de cultos, y su autoridad es casi ilimitada dentro de la administración eclesiástica.

Los Ministerios ostentan, poco más ó menos, los mismos caracteres que en el resto de Europa, como que se copiaron de los existentes en ella, y solo cuentan con un siglo de existencia. Su organización es, quizás, más complicada que en Europa y, desde luego, que en España. Al frente de cada uno hay un Ministro, un Subsecretario y un Consejo compuesto de los directores

nerales y de los altos funcionarios. La Cancillería ó Secretaría del Ministro distribuye los asuntos entre los Departamentos, los cuales á su vez se subdividen en secciones y éstas en negociados ó *mesas (stoly)*. En cada Departamento hay un Consejo presidido por el jefe del mismo y compuesto, á semejanza del Consejo del Ministerio, de los jefes de las secciones. Los Ministros tienen, además de sus facultades administrativas, la de redactar proyectos de ley para someterlos al Consejo de Estado y el derecho á intervenir en la discusión de los mismos.

En Rusia existen los Ministerios siguientes:

El de la Guerra, compuesto de un Consejo militar, de un Estado mayor general, de la Intendencia, de la Dirección de Sanidad militar, de la de Ingenieros, Artillería y tropas cosacas y de un Consejo Supremo de Guerra y Marina con atribuciones judiciales.

El de Marina, cuyo titular ocupa una situación inferior á la de los otros Ministros, por ser el Jefe de la flota quien manda en la Marina y en la Administración naval, consta de un Estado mayor general y de las Direcciones hidrográfica y de construcciones navales, así como de un Comité técnico permanente.

El de Negocios extranjeros, dividido en dos andes Departamentos, europeo y asiático, y yas atribuciones son las mismas que en otros íses.

El de Hacienda, excesivamente complicado y cuya atribución principal es, naturalmente, la redacción de los presupuestos y la administración del Tesoro público. Existen en él los Departamentos siguientes: Contribuciones directas é indirectas y venta de espirituosos; Aduanas y Tesoro y los Consejos de Tarifas, Industria y Comercio, Instituciones de crédito, asuntos fabriles, etc. Los comités y las direcciones son numerosísimas, abarcando asuntos tan diversos como los de comercio é industria, navegación y asuntos fabriles, vías férreas y explotación de minas. También tiene un Departamento denominado *Control*, que equivale á nuestro Tribunal de Cuentas, con atribuciones idénticas á las de éste.

El Ministerio del Interior tiene una organización tan complicada como el de Hacienda, y consta, entre otros Departamentos, de los de Policía, asuntos de Imprenta, Medicina é Higiene, Religiones extranjeras, Administración local, Agricultura, Correos y Telégrafos y Estadística.

Los Ministerios de Justicia é Instrucción pública son idénticos á sus similares de Europa. El de Comunicaciones tiene á su cargo todo lo referente á ferrocarriles, lo mismo del Estado que particulares; el de Agricultura y Propiedades del Estado consta de numerosos Departamentos, entre ellos los de Economía agrícola y estadística Pequeña Industria, Bosques, Minas y Geología,

además de algunos Comités técnicos y de los Consejos correspondientes; el de la Corte Imperial es en cierto modo independiente de los otros centros y lo forman la Dirección del Patrimonio, el Capítulo de Ordenes imperiales, el Gabinete del Emperador encargado de todos los servicios palatinos y de la administración de las minas del Altai y de Perchin, el *Control*, un Archivo general, la Intendencia de los Palacios Imperiales, la Dirección de los Teatros, Bibliotecas y Academias Imperiales, la Montería y Caballerizas del Emperador, etc.

En un país donde cada Ministro y cada Director general tiene su Cancillería, el Emperador no podía dejar de tenerla, y en efecto dispone de dos: la una que se ocupa de las cuestiones que se someten á la consideración del monarca, y la otra de las peticiones que se le dirigen, ya sea de gracias ó indultos, ya sea reclamando contra las decisiones del Senado ó de otros Departamentos.

Tales son las instituciones centrales por las que se gobierna, se administra y se legisla Rusia; veamos ahora de qué modo está organizada la Administración de las provincias.

La autoridad suprema la ejercen en ellas los gobernadores, asistidos de los representantes de centros judiciales y financieros. Los gobernado-
son militares en Varsovia, cuyo distrito comnde los diez Gobiernos del Vístula; en Vilna lna, Grodno y Kowen); en Irkutsk (Irkutsk,

Yenisei y Yakutsk); en el Cáucaso; en Kieff (Kieff, Wolynia y Podolia); en Moscú; en el Priamur (Amur, Transbaikal, Marítimo y Sakalin); en Akmolinsk y Semipalatinsk; en el Turquestán y en Finlandia. En las demás provincias, excepto en las fronterizas y en el territorio del Don (cuyo jefe es el Atamán de los Cosacos), los gobernadores son civiles. Algunas ciudades como Petersburgo, Odessa, Kertch, Yenikalé y Sebastopol forman Prefecturas independientes de las provincias donde radican y están gobernadas por funcionarios que ostentan el título de *gradonachalniks* (jefes de ciudad). En otras, como en Kronstadt y Nicolaief, existen únicamente gobernadores militares y en las provincias cosacas ejercen autoridad suprema los atamanes.

Los gobernadores civiles, nombrados por el Emperador, inspeccionan las provincias, remiten anualmente al Gobierno informes acerca de todos los asuntos de la localidad, velan por la salud pública, cobran los impuestos, disponen de la policía, intervienen como presidentes en las discusiones de numerosas Juntas, mantienen el orden y hacen guardar los privilegios de las diferentes clases sociales. En las provincias funcionan numerosas instituciones de gobierno á imagen y semejanza de las centrales. La principal es la denominada *Gubernskoe P··· ıblenie* (ó Dirección provincial), que consta de rias secciones, y á ella siguen los centros fin

cieros, las Direcciones de propiedades del Estado, bosques, venta de licores, etc. En las ciudades populosas depende la policía de un jefe especial, y la policía política está á cargo de la gendarmería.

En las capitales de provincia los comités y consejos son casi tan numerosos como en S. Petersburgo, y los hay de higiene, de instrucción pública, de comercio, de industria, etc. Las provincias se dividen en distritos (*uyesda*), y éstas en *wólosti*, formados por cierto número de aldeas, cuyo jefe ó alcalde es el *anciano* ó *starosta*. Al frente de las *uyesdas* y *wólosti* están los *zemsky nachalniks*, funcionarios que ejercen autoridad jurídico-administrativa, que deben pertenecer á la nobleza y reunir ciertas y determinadas circunstancias. Los *zemsky nachalniks* (literalmente: jefes territoriales) dirigen la administración campesina, resolviendo diferentes cuestiones relativas á la vida agrícola, y en materias legales entienden de toda clase de asuntos lo mismo civiles que criminales. El mantenimiento del orden público en estas subdivisiones administrativas corresponde á los *isprawniks*, ó comisarios, auxiliados de una guardia especial, parecida hasta cierto punto á nuestra Guardia civil. El número total de distritos ó *uyesda* es de 815, y sus subdivisiones, que en Rusia se llaman *sti*, en Polonia *gmina*, en el Don *staniza* y *ia* en los territorios poblados por indígenas, nden á unas 18.000.

Esta es la división puramente administrativa, pues la Iglesia ortodoxa divide al Imperio en 64 diócesis, que no siempre coinciden con la demarcación provincial; la Milicia lo reparte entre 14 distritos; la Justicia en 13; la Instrucción pública en 15, y la Dirección de Comunicaciones en 9.

La Administración de justicia, de la que todavía no hemos hablado, tiene en Rusia una organización diferente á la que se le ha dado en los demás países de Europa. Sus centros no son provinciales, sino que funcionan en distritos exclusivamente judiciales, y los funcionarios que los forman no dilatan su autoridad á todos los asuntos por pequeños que sean, sino á los que ya revisten cierta importancia. Como Rusia es muy grande, y una organización judicial completa costaría sumas enormes al Gobierno, éste otorgó facultades de este género á los *starosta* ó alcaldes, á los *zemsky nachalniks* y á las asambleas de distrito. Los jueces de paz no existen en todos los *wólosti* como no sea en los de Siberia, y sus facultades les permiten entender de todos los asuntos civiles y criminales hasta cierto grado. Las Juntas que estos jueces celebran constituyen en muchas partes Tribunales de primera instancia, y en otras los reemplazan Tribunales especiales compuestos de jueces de instrucc. y de otros funcionarios judiciales, así como jurados elegidos conforme á un reglamento

pecial. Estos Tribunales entienden de los asuntos que exceden á las atribuciones de los jueces de paz en materia criminal y civil. Los Tribunales superiores, lo que podríamos llamar Audiencias territoriales, constan de dos secciones, civil y criminal; entienden de apelaciones y quejas, así como de toda clase de asuntos políticos y administrativos. El Departamento judicial del Senado dirigente constituye el Tribunal Supremo ruso, y sus sentencias no tienen apelación.

Este sistema, que resulta á veces complicado, se debe, como ya hemos dicho, á la inmensidad del territorio ruso. En Siberia los jueces de paz tienen también atribuciones notariales y carácter de jueces de instrucción, siendo sus jurisdicciones tan extensas, que necesitan á veces dos días de viaje para ir de un extremo á otro de ellas. En el distrito de Werjolensky, por ejemplo, hay dos jueces: el uno vive en la aldea de Manzursky y el otro en la de Snamensky, separadas por 200 werstas de camino en línea recta, ocurriendo á menudo que, mientras están ocupados en interrogar á crecido número de testigos ó en redactar documentos notariales, reciben aviso de que en un lugar situado á 400 werstas de su residencia se ha cometido un crimen que exige su presencia. Resulta, por lo tanto, que lo más del tiem-

lo emplean en molestos y larguísimos viajes
gran perjuicio del público. Estas deficien-
que proceden, repetimos, de la extensión

del territorio ruso, y que también se observan en la Rusia europea, no son las únicas, y á ellas hay que añadir las que proceden de la crasa ignorancia y extraordinario amor á la rutina de los alcaldes ó *starostas*, que ejercen también funciones judiciales. Desgraciadamente, la cultura de los funcionarios públicos rusos, sobre todo la de aquellos que residen en las provincias, distritos y partidos, dejan mucho que desear, como lo demuestra una curiosa estadística publicada en Rusia (1).

Pero hasta ahora no hemos hablado más que de las instituciones centrales y de los que ostentan en provincias su representación. Hora es ya que nos ocupemos de las instituciones electivas: los *Zemstwos* ó diputaciones provinciales y los municipios, es decir, los centros merced á los cuales ejerce la opinión pública más ó menos directamente su influencia en el país con entera independencia de la acción del Gobierno. La influencia de los *Zemstwos* ha producido resultados muy notables en todas las esferas de la vida so-

(1)

	INSTRUCCIÓN		
	Superior.	Media.	Inferior.
Mariscales de la nobleza.....	40 %	41 %	1
Presidentes de Zemstwo.....	29 %	43 %	9
Comisarios de policía ó *ispravniks*.....	1,96 %	29 %	

cial rusa, y merece que le consagremos párrafo aparte.

Los *Zemstwos* existen solamente en 34 provincias ó gobiernos de la Rusia europea, y se dividen en *Zemstwos* de provincia y *Zemstwos* de distrito *(uyesda)*. La creación de este organismo electivo se remonta á la segunda mitad del pasado siglo, á la época llamada de las grandes reformas en que se dió la libertad á los campesinos. Entre las propuestas al emperador Alejandro II en 1859 figuraba, además de esta última, otra que se refería al establecimiento de un organismo independiente de la Administración Central, compuesto de individuos pertenecientes á todas las clases sociales y encargado de los asuntos generales de la provincia. Esta idea tomó cuerpo en 1864 en una ley por la cual se excitaba á los habitantes del Imperio á tomar parte en la resolución de los asuntos referentes á la agricultura mediante la elección de representantes. Decíase en aquella ley que uno de los primeros deberes del nuevo organismo era ocuparse de la conservación de las carreteras, proteger los centros de beneficencia, desarrollar el comercio y la industria locales y promover el desenvolvimiento de la cultura popular, así como la higienización de las aldeas, y proponer en mensajes elevados al Gobierno la adopción de las medidas conducentes á esos fines. Al *Zemstwo* se autorizó para imponer una contribución

sobre los bienes inmuebles, y su composición y esfera de actividad se reglamentó cuidadosamente.

Los diputados provinciales pertenecen á tres grandes grupos sociales: á la nobleza, á la burguesía y al pueblo, ó mejor dicho á la clase campesina. Antes, en los primeros años del *Zemstwo*, se elegían los representantes sin distinción de clases, y como los nobles eran los que poseían más tierras, sus diputados predominaban siempre en las Juntas en perjuicio de los demás grupos. Pronto se comprendió la injusticia del procedimiento y la necesidad de que los campesinos tomasen parte activa en las elecciones, acordándose que eligiesen sus diputados con entera independencia de las demás clases. Actualmente el mecanismo de la elección es el siguiente: cada tres años se publican las listas de los que tienen derecho á votar, es decir, de todos los que poseen determinada extensión de tierras ó un capital de 1.500 rublos. Durante el verano se reunen las asambleas de electores eligiendo á sus diputados, en tanto que los campesinos hacen lo propio sometiendo al gobernador de la provincia una lista de sus candidatos, de entre los cuales designa este funcionario los que le parecen más dignos de ostentar en el *Zemstwo* la representación de la clase campesina. A principios de otoño se reunen las asambleas provinciales de distrito, cuyos comités permanentes b

preparado ya informes acerca de los asuntos principales y redactado los presupuestos de ingresos y gastos, y aprobados estos asuntos se suspenden las sesiones, no sin elegir antes el comité permanente y proveer todos los cargos vacantes. Según la ley de 1864, los diputados de un *Zemstwo* de distrito son de 40 á 60, y su comité permanente ó directorio se compone del Presidente y de cierto número de diputados. Las resoluciones adoptadas por estas asambleas se someten á la aprobación del gobernador, de cuya decisión pueden protestar ante el Senado, y cuando las aprueba se ejecutan por el comité permanente. Las peticiones al Gobierno se elevan á éste por conducto del gobernador de la provincia.

Unos dos meses después de terminadas las sesiones de los *Zemstwos* de distrito se reunen los de provincia, cuyos individuos se eligen por los primeros en número de 60 á 80 por término medio. El modo de proceder es el mismo que en las asambleas de distrito, con la diferencia de que los asuntos discutidos tienen mayor importancia. Unas y otras asambleas se reunen una vez al año, y sus sesiones duran unos diez días en los distritos y unos veinte en las provincias, pudiendo haber legislaturas extraordinarias congradas exclusivamente á un asunto determido, á una calamidad pública, por ejemplo, y ya duración no puede ser más de la indispen-

sable para resolver lo necesario acerca del objeto de la misma. Excusado es decir que los *Zemstwos* no pueden ocuparse más que de asuntos locales, y que en modo alguno pueden mezclarse en cuestiones políticas ni siquiera solicitar del Gobierno reformas de este orden. El *Zemstwo* no tiene más atribución que la de velar por los intereses materiales de la localidad y favorecer el desarrollo de la instrucción pública. Así y todo, y quizás por lo bien deslindado que está su campo de actividad, el *Zemstwo* ha ejercido y ejerce saludable influencia en la vida social. Antes de la creación de las asambleas provinciales, el estado material del campesino era infinitamente más lamentable que hoy. Los asuntos entregados á la administración local se hallaban en el mayor abandono. En las campiñas no había médicos y en las ciudades pequeñas escaseaban mucho. La única idea que los labriegos tenían del médico iba aparejada con el servicio militar y con los procedimientos judiciales. Los hospitales carecían de servicio facultativo y de recursos con que mantenerlo. Escuelas no las había más que en ciertas localidades y eran malísimas. Las carreteras se hallaban en pésimo estado, y las precauciones adoptadas contra las hambres que periódicamente desolaban el territorio eran inútiles ante los abusos de las autoridades y la inercia de los propietarios.

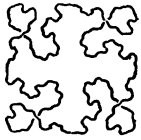
El *Zemstwo* se halló frente á una serie de

vorosos problemas sociales, y su actividad se extendió á todos ellos procurando resolverlos á pesar de la mala voluntad con que se acogían muchas de sus iniciativas. Organizó, ante todo, el servicio médico, y por más que éste no se halle actualmente al mismo nivel que en otras partes de Europa, el progreso ha sido enorme. La ignorancia popular era crasísima, llegaba á inverosímiles extremos, y el *Zemstwo* se creyó en el caso de remediar á este mal consagrando á la creación de escuelas y de bibliotecas cantidades enormes sin reparar en las críticas de una parte muy considerable de la opinión. La agricultura decaía y decae, como ya veremos, merced á múltiples causas, y el *Zemstwo* estudió estas causas, y las evitó algún tanto influyendo en los campesinos para que abandonasen su inveterada rutina y creando al mismo tiempo almacenes donde se facilitan á precios módicos semillas, abonos é instrumentos agrícolas. Los incendios debidos á la pésima construcción de las viviendas campesinas causaban la ruina de miles de familias, y el *Zemstwo* instituyó el seguro obligatorio, además de procurar que los labriegos edificasen mejor sus casas. La grande industria había asestado un golpe de muerte á la pequeña, única fuente de ingresos para muchos millones de habitantes, y el *Zemstwo* creó escuelas, fundó museos industriales, ideó Bancos de crédito para facilitar á los artesanos y contribuyó á perfec-

cionar la mano de obra de éstos. El *Zemstwo* ha luchado y lucha por la clase pobre, no obstante predominar en él elementos aristocráticos, y su lucha, altamente simpática, contra la rutina, contra la ignorancia y contra la miseria, se ha revelado pujante á pesar de todos los pesares. El pidió la abolición de los castigos corporales que se aplicaban á los campesinos; él solicitó el establecimiento de la enseñanza obligatoria y la concesión de privilegios especiales á los maestros; él requirió la supresión de ciertos impuestos que pesaban sobre la clase pobre, y actualmente reclama la creación de los municipios rurales semejantes á los que existen en Europa, donde todas las clases, sin distinción, cooperen á la obra de levantar el nivel intelectual y material del país. Ahora bien, el *Zemstwo* tiene que luchar, como hemos dicho, con la mala voluntad de buena parte de la opinión retrógrada, de la burocracia sobre todo. El *Zemstwo* tiene ideas marcadamente liberales; sus individuos aspiran á constituir un *Zemsky zabor* ó Asamblea central representativa de los intereses todos del país y con atribuciones para intervenir en la redacción de las leyes; y esto es bastante á despertar las suspicacias de los funcionarios públicos, que otorgan á las intenciones de las asambleas provinciales un carácter hostil á la organizaci actual del Imperio, y tratan de contrarrestar influencia mermando los recursos de que disp

nen, acrecentando la autoridad de los gobernadores sobre ellas y reduciéndolas poco menos que á centros burocráticos.

Los municipios rusos tienen organización parecida á la de los *Zemstwos* y cuentan con un número de concejales proporcional al de habitantes, siendo el mínimum de 20 y el máximum de 160 para Petersburgo y Moscú. Los concejales se eligen por los vecinos que tienen un capital de 300 á 3.000 rublos, según los cálculos de la Hacienda municipal, y por los comerciantes de primera y segunda clase. Los asuntos de que se ocupan son parecidos á los del *Zemstwo,* con la diferencia de que se reducen á los límites de una ciudad, y de que las sesiones no pueden ser menos de cuatro ni más de 24 al año, sin contar las extraordinarias permitidas por el gobernador, que es también quien ratifica las decisiones adoptadas. El Comité ejecutivo lo forman el alcalde y hasta seis concejales, elegidos por el Concejo con anuencia de la superioridad. La influencia ejercida por los municipios en la cultura general y en el desarrollo material de las ciudades se asemeja á la del *Zemstwo* y es altamente provechosa, siendo de desear que sus atribuciones se amplíen para que constituyan verdaderos organismos populares, ansiosos de progreso y de cultu- y libres de las trabas que hoy les impone una rocracia absorbente y poderosa.



VIII

Las clases sociales.

Como si las diferencias de raza y de idioma, de religión y de costumbres, de aspiraciones y de historia no fuesen bastantes á crear verdaderos abismos entre los elementos que componen la población de Rusia, el legislador los ha clasificado en grupos sociales perfectamente definidos. En todas partes hay ricos y pobres, nobles y plebeyos, comerciantes y campesinos, gentes que habitan en las ciudades y gentes que pueblan los campos, pero en ninguna constituyen castas ni tienen privilegios de ninguna clase. En Rusia, sin embargo, estas categorías existen, la las reconoce, las sanciona y les da carácter editario. Se comprende que el hijo de un no- herede la calidad de su padre, pero no se

concibe que el de un comerciante aun no dedicándose al comercio, resulte por ministerio de la ley tan comerciante como el suyo. Contrasentidos de este género son los que ocurren en Rusia, donde la sociedad ha progresado más rápidamente que la legislación.

Los habitantes del Imperio se dividen, según la ley, en las clases siguientes:

1.°, súbditos rusos; 2.°, finlandeses; 3.°, razas indígenas, y 4.°, extranjeros.

El primer grupo se subdivide en nobleza, clero, habitantes de las ciudades y habitantes del campo, y además de ser el más numeroso y el más importante, forma el núcleo de la nación. Estudiémosle, por lo tanto, con el interés que merece, y averigüemos el porqué de estas clases, cuyos privilegios van desapareciendo no obstante conservar arcaicas denominaciones. Sus caracteres y su razón de ser se apartan por completo de lo normal en Europa. En Occidente el Estado y las clases sociales se formaron merced á una evolución lenta y progresiva que consistió primero en la lucha contra el feudalismo, y después en la conquista por el pueblo de los derechos de que actualmente goza, mientras que en Rusia así el uno como las otras se constituyeron por obra y gracia del absolutismo. La existencia de agrupaciones con privilegios especiales se debió á Pedro el Grande y se afianzó á tiempos de Catalina II, por más que nunca

llevase á cabo una determinación clara y precisa de sus derechos respectivos.

Antes de Pedro el Grande, en aquella Rusia caótica y desorganizada, víctima de los abusos de los unos y de las ambiciones de los otros, no existían diferencias legales entre unas y otras clases, y éstas se reducían á dos: la que mandaba y la que obedecía, la explotadora y la explotada. La agricultura, base del poder feudal en Europa, no lo fué más que en algunas regiones de Rusia por la índole misma del terreno y del clima, y los que recibían de los príncipes grandes tierras y numerosos siervos, las abandonaban, acudían á la Corte y obtenían sirviendo á sus señores lo que la agricultura les negaba. Los derechos que tenía el noble europeo como propietario rural independiente no los adquiría el noble ruso más que al lado del príncipe, y de aquí que la nobleza no tuviera otra significación que la de servidora de éste. Cuando se formó el reino de Moscú y desaparecieron los principados independientes, los que antes cambiaban de amo y se ponían á la disposición del que mejor les pagaba, se vieron en la necesidad de servir al Zar y á nadie más que á él, convirtiéndose de funcionarios y soldados voluntarios en servidores á la fuerza. El monarca, necesitado de hom-
s que lo auxiliasen en el Gobierno, les dió tie-
s con la condición de que le sirviesen, formán-
e de esta suerte una clase de propietarios que

lo eran porque así convenía al Estado, y cuyos bienes se entregaban á sus primogénitos ó á otro cualquiera individuo, con idénticos deberes. Los campesinos, lo mismo que los nobles, pasaban de una tierra á otra, acudían allí donde mejor les iba, y el cobro de los impuestos y la explotación de la tierra se hicieron imposible, hasta que el propietario obtuvo que no pudiesen abandonarla y estuviesen sometidos por completo á su autoridad. Así se formaron dos clases importantísimas: la de los propietarios y la de los campesinos, servidores del Estado los unos, siervos los otros, exentos los primeros del pago de impuestos, y víctimas los segundos de la tiranía y del abuso. Y mientras el Gobierno constituía á los propietarios en una clase de la que no podían salir, y cuyos individuos respondían unos por otros en lo referente al pago de los tributos y á los demás servicios, los campesinos formaban asociaciones responsables colectivamente ante los señores del pago de la renta de la tierra. No era aquella una organización social lógica, sino una clasificación puramente artificial, debida á las necesidades del Gobierno, á la falta de administración, y á la imposibilidad por parte del fisco de ponerse en relación directa con el individuo. Los propietarios, la clase alta, no eran nobles en el sentido que á esta palabra se oto en Europa: eran meros representantes de ur der autocrático y arbitrario, y los Zares, cel

de su autoridad, acabaron con los antiguos príncipes y con las grandes familias, dando muerte á sus individuos ó prohibiéndoles casarse; de suerte que en el siglo XVII habían desaparecido muchas familias poderosas, no quedando rastro de sus riquezas ni de su esplendor. Las reparticiones de bienes entre los hijos, la diversidad de categorías, y la lucha que sostenían unos con otros, eran causas de flaqueza, y por eso nunca lograron ser elemento poderoso y temible. Tampoco eran grandes sus privilegios y no se obtenían más que prestando servicios, auxiliando al fisco, convirtiéndose en agentes del Zar, y no como en Europa, donde los privilegios de la nobleza procedían de antiguos derechos que le habían sido arrebatados. En Rusia los nobles no podían reclamar derechos que no tuvieron nunca, y la nobleza á la europea, la nobleza *titulada*, no existió allí hasta Pedro el Grande, que la formó con propietarios rurales, con funcionarios públicos y con oficiales del Ejército y de la Armada, dividiéndola en categorías y creando los títulos de príncipe *(kniás)* y de conde *(graf)*. La nobleza rusa no constituyó, sin embargo, una entidad privilegiada hasta la época de Catalina II y de Pedro III, y aun entonces no se dieron más razones en favor de los nobles que la benevolencia imperial.

Según la ley rusa, la nobleza se adquiere únicamente mediante servicios prestados al monar-

ca, y así lo indica su denominación «*dvorianstvo*» ó *cortesanería*, de modo que las familias más antiguas de Rusia, cuyo origen se remonta á Rurik ó á los antiguos príncipes eslavos, no hubiesen tenido nunca derecho al dictado de nobles sin los servicios prestados por sus individuos.

Esta clase social, sin fundamento histórico en Rusia, se dividió, además, en grupos que tampoco lo tenían: nobleza efectiva (concedida por el emperador); nobleza militar; nobleza por empleos ó condecoraciones; nobleza extranjera; nobleza titulada, y nobleza antigua. Las tres primeras categorías nobiliarias pueden ser personales ó hereditarias. La nobleza personal la adquieren los funcionarios públicos, desde la categoría de asesor de colegio y los militares desde el grado de teniente, y la hereditaria desde la categoría de consejeros de Estado, coronel ó capitán de navío de primera clase.

La cifra que expresa en Rusia el número de nobles es muy grande, pero no puede precisarse con exactitud, porque los registros no se llevan con el orden debido, y porque existen, además de la aristocracia rusa, la polaca, y la malorusa, la besárabe y la grusina, la mahometana y la finlandesa y la de las provincias del Báltico y la de origen extranjero.

La nobleza tiene en cada provincia seis registros distintos, donde se inscriben los nacimi

tos y los matrimonios de los que allí forman sus seis categorías con objeto de que gocen de los privilegios que la ley les otorga en la Rusia propiamente dicha, y que son de carácter corporativo y de carácter personal.

En cada provincia y en cada distrito existe una Asamblea noble (1) *(Blagorodnoie sobranie)*, que se reune para tratar de los asuntos que afectan á la clase, lo mismo económicos que administrativos, elevando al gobernador razonados informes acerca de ellos; y que también se ocupa de asuntos genealógicos é impone contribuciones voluntarias á sus individuos para acudir al remedio de necesidades urgentes. La influencia de estas asambleas, muy grande antes por ser los nobles dueños de la mayor parte del territorio, es insignificante hoy día que los privilegios de la clase son nulos por haberse concedido á las demás. El más importante, el de poseer siervos, ha pasado á la historia, y el de estar exentos de penas corporales se ha hecho extensivo á las otras clases, excepto á la campesina.

---

(1) Los individuos que la componen tienen que acreditar su fortuna y tener tierras en el distrito. Las hay de provincia y de distrito; la duración de sus legislaturas es de quince días y sus decisiones se someten al gobernador. Las presiden los mariscales de leza, elegidos por tres años. Las de provincia las forman un di- ido por cada distrito. También tienen sus Cámaras de tutela idas por el mariscal de la nobleza. Los que ejercen estos car- suelen ser presidentes del *Zemstvo* cuando el Emperador no na especialmente al que haya de ejercer este cargo.

Poderosos antes, su influencia ha descendido por modo extraordinario desde que se dió la libertad á los siervos. Antes de 1860 poseían más de 90 millones de hectáreas, y en 1892 unos 60. Privados de sus tierras, mermadas sus fortunas, sometidos al pago de los impuestos, anuladas sus Asambleas, abolidas sus preeminencias por el servicio militar obligatorio y por la reforma judicial, no les queda otro remedio que ocupar el mismo puesto que la aristocracia europea.

Si la nobleza se creó arbitrariamente, sin razón histórica que la abonase, la burguesía fué obra también de la voluntad omnímoda del Zar, y los grupos en que se dividió resultaron todavía más arbitrarios. En la Europa occidental, la ciudad fué producto del desarrollo económico de las clases industriales y comerciales, que formaron gremios para resistir el empuje de los nobles y lograr el apoyo decisivo de los reyes; en Rusia, la historia de las ciudades fué muy diversa, porque no procedieron de la reunión de comerciantes é industriales en un punto determinado, sino de la concentración de funcionarios y de tropas en lugares fortificados y con fines exclusivamente políticos. Las ciudades rusas fueron, antes que nada, centros de operaciones militares, fenómeno que vemos hoy día reproducido en Vladivostok y Karbin, en Dalny en Puerto Arturo.

En el siglo XVII los habitantes de Moscú

pendían; en una ú otra forma, del Kremlin; en tiempos de Pedro el Grande no había en Rusia más que unas 250 poblaciones, y cuando Catalina II reformó la división territorial tuvo que convertir á míseros villorrios en capitales de provincia.

Las ciudades rusas fueron siempre pequeñas. En 1878, 878 tenían menos de 10.000 almas; 32, más de 20.000, y no había más que dos con población superior á 150.000, participando todas ellas, hasta época reciente, del carácter rural, puesto que sus habitantes se consagraban á la agricultura.

Estos centros de población no podían ofrecer base segura para el desenvolvimiento de las clases sociales, y el Gobierno tuvo que proceder artificialmente á este desarrollo. La primera diferencia que existió entre la ciudad y el campo fué la de que los pobladores de aquélla pagaban más impuestos que los de éste, no obstante poseer menos tierras; después, para asegurar el cobro de las contribuciones, obligó el Gobierno á los ciudadanos á no abandonar su residencia ni la profesión que ejercían, formando así una casta, diferente de la campesina y de la noble, encargada de la recaudación de los impuestos y del gobierno de las ciudades, y cuyos privilegios no tenían por objeto favorecer á sus individuos, sino al fisco. Pedro el Grande dividió esta clase en grupos ó guildas, á imitación de

lo que había visto en el extranjero, y Catalina II quiso crear el *tiers état* instituyendo los Ayuntamientos elegidos por la población, sin diferencia de clases, empeño que fracasó lastimosamente.

Hoy día se dividen los *burgueses* en los siguientes grupos:

Ciudadanos honorarios, dignidad personal ó hereditaria que se concede á los comerciantes que han satisfecho la primera *guilda* durante cierto número de años; comerciantes de la primera y segunda *guilda; mietschane*, ó gentes que no tienen ocupación fija, sin ser artesanos ni obreros; artesanos, agrupados en gremios con sus maestros, oficiales y aprendices; y obreros, fusionados hoy con los *burgueses* ó con la clase campesina, de la que generalmente proceden.

No es preciso siquiera demostrar lo arbitrario de semejante organización, siendo lo más curioso que forman parte de la clase comercial no solamente los que ejercen el comercio ó lo han ejercido, sino los descendientes de éstos, aunque jamás hayan comerciado ni ocupádose de semejante cosa; anomalía debida á que los hijos de los acaudalados comerciantes pagaban la *guilda* ó perdían los privilegios de su clase, exponiéndose á las penas corporales con que se castigaban las faltas de la plebe. Los comerciantes, en s afán de imitar á la nobleza, llevaban sus registros lo mismo que los nobles y con igual, si n

mayor, afán que éstos, y así como en los distritos y provincias los nobles celebran Asambleas y discuten los asuntos que les interesan, así también en las ciudades existen sociedades burguesas, cuyo objeto no es otro que la percepción conveniente de algunos impuestos.

La formación de la clase campesina rusa, la más numerosa de la población, desde el momento que representa el 80 por 100 de ella, es tan interesante como la evolución experimentada por las demás y mucho más triste, mucho más lastimosa. Ya hemos dicho que hubo una época en la historia de Rusia durante la cual los elementos sociales carecían en absoluto de estabilidad, yendo los campesinos de un lado á otro sin orden ni concierto, con grave perjuicio del fisco, que no podía hacer efectivos los tributos, y con no menor daño de los propietarios rurales. No eran entonces los campesinos esclavos del señor en cuya tierra trabajaban; eran libres, pero su libertad no convenía al Gobierno, y Estado, cuando éste obligó á la nobleza á servirlo con las armas en la mano, vinculó á los campesinos para que á su vez sirviesen á los nobles con el fruto de su trabajo.

El Estado, que era pobre y no podía pagar en dinero los servicios de sus funcionarios, lo hacía . tierras, y no en tierras deshabitadas, cuyo lor era nulo, sino co pobladas aldeas, cuyos bitantes servían en cierto modo al Gobierno

al servir á los nobles. Ni aquellas tierras ni estos campesinos constituían entonces una propiedad en el verdadero sentido de la palabra, y sus dueños eran á modo de lugartenientes del Zar; pero la libertad de los campesinos hacía que no residieran constantemente en un mismo sitio y que los nobles no pudiesen cumplir sus compromisos con el Estado, razón por la cual éste se esforzó en impedir sus emigraciones, en tanto que los propietarios ponían término á éstas mediante un procedimiento más sencillo: adelantándoles dinero á cambio de la promesa de servirlos. Así se inició la esclavitud campesina, esa esclavitud penosa, dura y cruel que convirtió á una parte muy notable de la población en seres irracionales.

Poco á poco se fueron dictando disposiciones que restringían por completo la libertad del campesino, que lo vinculaban á la tierra y que lo sometían por completo al propietario de ella. El Gobierno para nada se ocupaba de las relaciones entre nobles y campesinos; lo que le importaba era que éste no dejase de ser contribuyente, y en el siglo XVII el poder del hombre sobre el hombre adquirió formidables caracteres. El noble desposeyó al campesino de la tierra, la hizo suya, separando á las familias de sus siervos, empleándolas como mejor le parecía, vendiéndol cambiándolas, abusando de ellas por todos es los, castigándolas á su antojo, hasta matándol

sin que la ley le exigiera la menor responsabilidad. Y cosa rara, que demuestra el caos jurídico que reinaba en Rusia: esa misma ley, que otorgaba al noble tan inmenso poder sobre el villano, no privaba á éste de derechos civiles, no limitaba su facultad de adquirir bienes; lo autorizaba á comparecer como acusador ante los tribunales ordinarios, y al mismo tiempo lo sometía á la justicia del amo, ordenaba que su propiedad fuese propiedad de éste y que su vida estuviese á merced suya. Semejantes abusos, que solo podían justificarse cuando la nobleza era, por decirlo así, propiedad del Estado, se acentuaron aún más en el siglo XVIII, cuando la Corona dió la libertad á los nobles y los constituyó en una clase privilegiada. Los campesinos estaban persuadidos de que su libertad la obtendrían al mismo tiempo que sus amos, puesto que su servidumbre tenía por objeto mantener á una clase que servía al Zar y á la patria; pero lejos de suceder así, hízose su situación más desesperada todavía, y ya no fueron siervos, sino esclavos.

En 1747 la ley reconoció el derecho que tenían los nobles de vender sus campesinos; en 1760 se les otorgó el de desterrarlos á Siberia, y en 1767 se prohibió á los siervos que formulasen quejas contra la conducta de sus amos, ni más ni menos para garantizar el pago de los impuestos, habido responsables de él á los nobles. Poco á poco se convirtió la esclavitud campesina en un

hecho legal, y el propietario dispuso de sus labradores como de sus caballos, de sus perros ó de sus vacas.

Los campesinos se dividían entonces en varios grupos, según la colectividad á que pertenecían: eran del Estado, de la Corona ó de los nobles; ninguna otra clase social, salvo contadas excepciones, podía tener siervos. El campesino de cualquiera de estos grupos trabajaba para su amo ó le pagaba una cantidad anual á cambio del derecho de labrar un pedazo de tierra para él y para los suyos. El señor se esforzaba siempre en obtener de sus siervos el mayor fruto posible, y cuando la tierra producía poco les hacía pagar el *obrok*, cantidad procedente del ejercicio de pequeñas industrias; mientras que si era fértil, les privaba del pedazo de ella que les correspondía. En el Norte de Rusia se pagaba el *obrok*, pero en el Mediodía más de millón y medio de campesinos carecían de tierra con que sustentar á los suyos. Y esto no era hace dos siglos; esto sucedía en 1850.

El valor de la tierra aumentó; cada pedazo de ella que se entregaba al labriego para su uso y el de su familia era una suma de dinero que perdía el propietario, y éste prefería entonces deshacerse de sus siervos. Mientras esto acaecía en la región meridional, en la del Norte los propietarios contraían deudas, por no bastarles renta procedente del *obrok*. Estos factores fu

ron poderosos auxiliares de la libertad de los campesinos, juntamente con el convencimiento de que la esclavitud era una vergüenza para Rusia. Pero una reforma social tan importante, que perjudicaba á tan considerable número de personas, no podía verificarse de la noche á la mañana, era preciso irla preparando poco á poco. La parte ilustrada de la sociedad rusa, los literatos más eminentes, no cesaban en su campaña antiesclavista, y los rumores de libertad próxima cundieron entre los campesinos y produjeron graves disturbios. La reforma se imponía, y el mismo Emperador manifestó á una diputación de la nobleza de Moscú que era preciso cambiar el orden establecido. «Más vale, añadió, que suprimamos desde arriba la servidumbre, que no esperar á que desde abajo la supriman». La lucha entre los reformistas y los retrógrados fué dura, tenaz por ambas partes; y cuando los últimos se convencieron de que nada lograrían, trataron de obtener las mayores ventajas, proponiendo primero libertar á los campesinos sin darles tierras, sugiriendo más tarde concederles las que no eran de labranza y obteniendo en definitiva que los propietarios, lejos de perder, ganasen con el cambio.

El 16 de Febrero de 1861 firmó Alejandro II el manifiesto libertando á los siervos. ¿Cómo se efectuó esta reforma que señala el comienzo de una nueva era en Rusia? Se efectuó en la forma

que más desfavorable resultaba al campesino. Dos soluciones se habían propuesto; la libertad sin tierras, y la libertad con derecho á ocuparlas permanentemente, pero no en propiedad; ambas eran injustas, y la adoptada fué un término medio: comprar la tierra á los propietarios y repartirla entre los campesinos. Ahora bien, el valor de las tierras no era el mismo en toda Rusia; en el Sur el propietario no quería deshacerse de ella, mientras que en el Norte tenía escaso interés en conservarla. A los nobles no les convenía la reforma como no fuese limitando en el Mediodía la parte que debía venderse á los campesinos á lo estrictamente indispensable y acrecentando en el Norte el valor real de los terrenos con el fin de compensar el *obrok* el trabajo industrial de los siervos.

En los años 1860 había en Rusia 23 millones de campesinos pertenecientes á particulares, 23 también que pertenecían al Estado, y cerca de cuatro millones que eran propiedad del Patrimonio imperial. Según la ley de 1861, se repartieron entre ellos unas dos terceras partes solamente de las tierras de labor de los antiguos señores, tomando como norma las dimensiones del *nadiel* ó pedazo que éstos les otorgaban. De aquí resultó que en la región agrícola el mayor *nadiel* por campesino se fijó en tres hectáreas poco más menos, y el menor en una hectárea. En las estepas se entregaron hasta 12 desiatinas (14 hec

reas) por campesino, pero cerca de las tres cuartas partes de los pertenecientes á particulares recibieron, á lo sumo, de una á cinco hectáreas.

Los campesinos del Estado y los del Patrimonio salieron mejor librados: su *nadiel* osciló entre dos y 10 desiatinas. Estas tierras, distribuídas con tan singular parsimonia, se valoraron antes cuidadosamente, tomando en consideración no solo su valor, sino la renta producida por los trabajos industriales ó comerciales del labriego. Este valor representaba una cantidad enorme, de que no disponía el campesino, y que el Estado le adelantó, reemplazándose la esclavitud del *señor* con una servidumbre económica más terrible, si cabe. Los campesinos rusos están pagando todavía el interés y la amortización de las cantidades que les prestó el fisco, y no concluirán hasta 1931, fecha en que la tierra les pertenecerá en absoluto. Los intereses de esta deuda se denominan *pagos de rescate* y constituyen una de las rémoras más grandes de la agricultura rusa.

¿Qué resultado produjo esta reforma? El primero, el más importante y el más sensible, fué que apenas efectuada se notó que no bastaban las tierras entregadas á los campesinos para sustentarlos, y que el problema planteado de esta suerte iba adquiriendo mayor gravedad á medique la población aumentaba. Hoy día, cuata años después de la reforma, y en las prosias *chernozemnayas* ó agrícolas, donde la den-

sidad de población es de 54,2 por wersta, el *nadiel* ha quedado reducido á la nada, y los campesinos ni pueden sustentarse, ni sustentar á sus familias, ni pagar los impuestos, ni cultivar las tierras como es debido. Los atrasos en el pago de las contribuciones representan cantidades cada día mayores, y la consecuencia de la reforma, es decir, del modo como se verificó, ha sido la ruina de una parte muy considerable de los agricultores y la sustitución del antiguo sistema por otro aún más penoso, aún más terrible, puesto que no tiene ya solución posible como no emigrando.

Al mismo tiempo que se dió la libertad á los campesinos se les otorgó el derecho de dirigir sus asuntos con entera independencia de las demás clases; y así como la nobleza conservó sus asambleas y la burguesía sus sociedades, los campesinos se organizaron en Juntas, las unas de aldea, las otras de *wólosti* ó partido. Las primeras se denominan *selskie sjodi* y constan del *starosta* ó anciano, de los cabezas de familia, y de ciertos funcionarios elegidos por la Asamblea, se reunen las domingos y días de fiesta y se ocupan del aprovechamiento de las tierras, de los gastos de la aldea, de particiones de familia, de cuestiones de tutela, de la expulsión de gentes de mala conducta y, en genera de cuantos asuntos interesan á la sociedad campesina. Las segundas se llaman *wolostnie sjo*

y constan del *wolostnói starschiná* ó decano del partido, elegido por la Junta del mismo y de un individuo por cada diez casas ó cortijos. Los asuntos de que se ocupan son los mismos que hemos enumerado antes, con la diferencia de que se refieren no á una sola aldea, sino á varias. El Comité permanente de esta Junta se denomina *wolostnoie prawlenie*, y lo forman los *starostas* presididos por el *wolostnoie starschiná*. Las decisiones de unas y otras Juntas tienen que aprobarlas los *zemsky nachalnikis*. Las instituciones judiciales exclusivamente campesinas son los tribunales de partido, de que ya hablamos al tratar de la administración de justicia, y su poder se reduce á imponer multas inferiores á 3 rublos, arrestos que no excedan de treinta días, y hasta 20 palos de castigo. De intermediarios entre los campesinos y la administración sirven, además de los *zemsky nachalnikis*, las asambleas de mediadores y los Comités de asuntos campesinos, por más que solo existen en algunas provincias. Ahora bien; ¿qué son, realmente, estos organismos, y qué influencia ejercen en la masa del pueblo? Desde luego puede afirmarse que no significan gran cosa, y que su influencia no es tan civilizadora como al principio se supuso. Los campesinos
a vez conocen los asuntos que se someten á
aprobación; no siempre se dan cuenta de los
juicios ó beneficios de una medida determi-

nada, y siendo ignorantes en grado superlativo aprueban lo que el *starosta* les dice ó lo que les alaba el más parlanchín, el más atrevido ó el más hábil. Su influencia, por lo tanto, es más bien perjudicial que beneficiosa, y el sistema reclama á todas luces una reforma completa y radical.

El clero también constituyó en época no muy remota una clase aparte, con sus atribuciones y sus privilegios especiales. Ya hemos dicho que el clero ortodoxo se divide en dos grandes grupos: secular el uno, y claustrado el otro, y que tan miserable y pobre era el primero como poderoso é influyente el segundo. La falta de interés y de consideración que los feligreses demostraban á sus párrocos, y su deseo de que éste les resultase lo más barato posible, sin fijarse para nada en las condiciones morales y en la cultura del sacerdote á quien confiaban la cura de sus almas, fueron causa de que la profesión eclesiástica se convirtiese en verdadero oficio. «¿Qué es lo que te ha impulsado á ser sacerdote?—preguntaba un obispo ruso del siglo XVIII á un párroco rural.—El deseo, sin duda, de salvar á los demás y á tí mismo...—No, le replicó el *pop;* me he hecho sacerdote para poder sustentar á mi mujer y á mis hijos». Un clero que tenía un concepto semejante de su ministerio, y que pensaba más que en la realización de los fi puramente materiales de la vida, y jamás en

espirituales, no pudo menos que merecer el desprecio y la desconsideración. Allí no había sacrificio, allí no había ideal, allí no había talento, ni virtudes, ni ciencia; no había más que egoísmo, pequeñez, bajeza, ignorancia y rutina. Las parroquias se convirtieron en feudo de una familia; se formaron verdaderas dinastías de párrocos que desempeñaron durante siglos enteros el curato de un pueblo. El padre hacía de párroco, el hijo mayor de diácono, el segundón de sochantre... Esto trajo consigo, sin que ninguna ley lo reglamentase, la formación de una clase cuyo ingreso estaba vedado á los demás. Los sacerdotes, lo mismo que los nobles, lo mismo que los burgueses y lo mismo que los campesinos, se convirtieron en instrumentos del Gobierno, pero en instrumentos de orden secundario, porque sus funciones tenían escaso interés para el Estado, y sus individuos eran de baja estofa. Los *pops* se casaban con las hijas de los *popś*, y sus hijos no podían aspirar más que á los puestos eclesiásticos. La vida era penosa; muy á menudo tenía el párroco que ganarse la vida con el último *mujik;* el mejor dote era una parroquia, y feliz del que encontraba á una muchacha que lo tuviera. Carecían de privilegios; pagaban impuestos como los campesinos y los tigaban como á tales, dándoles de palos. Su ıación no podía ser más desairada ni más te. De todas estas cosas no queda hoy día

más que el recuerdo. El legislador ha comprendido cuán injusto era obligar al hijo á ejercer la misma profesión que el padre, y ha convertido en clase puramente personal la que antes era forzosamente hereditaria. Sin embargo, la huella de muchos siglos de opresión se observa todavía, y el clero ortodoxo, á pesar de lo que ha progresado, está muy lejos de gozar de la influencia que ejerce el católico y el protestante. En cuanto á los sacerdotes de otras religiones, excepto la hebrea, gozan de idéntica consideración, con pequeñas diferencias que proceden más bien de sus respectivas leyes canónicas que de la legislación rusa.

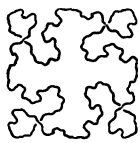
Antes de terminar este capítulo diremos algo acerca de los finlandeses, de los polacos y de los indígenas de Siberia y del Asia central. Los finlandeses real y verdaderamente ocupan una situación especial dentro del Imperio; sus leyes no se parecen en nada á las rusas, y lo mismo acaece con sus instituciones, constituyendo, por lo tanto, una clase aparte. Con Polonia acaece lo propio, á pesar de que la ley rusa se aplica allí con determinadas restricciones. Los polacos, en puridad de verdad, están asimilados á los rusos en punto á categorías sociales, y los mismos ó muy parecidos derechos que éstos. Por lo que hace al Cáucaso, también existe una nobleza muy numerosa, descendiente de antiguos príncipes y señores, pero que no

sino en parte de las preeminencias de la genuinamente rusa. En lo tocante á los indígenas de Siberia y del Asia central, excusado es decir que, sometidos como lo están á la soberanía de Rusia, y en posesión de escasísima cultura, no se dividen teórica ni prácticamente en grupos sociales como sus dominadores.

Hemos indicado ya el origen y la situación actual de las clases sociales rusas; hemos visto cómo se han ido suprimiendo poco á poco muchas de las diferencias legales que las separaban, y bueno será decir que hoy día no se observa la existencia de clasificación semejante más que en el pasaporte y en el extraordinario amor que profesan los rusos á los uniformes y á los distintivos, á las precedencias y á los tratamientos, fruto del poder enorme de una burocracia poderosa (1).

(1) A título de curiosidad damos á conocer la lista de rangos ó categorías existente en la actual administración rusa.

RANGOS	DENOMINACIONES	TRATAMIENTO
1	Canciller del Imperio.....	Su Alta Excelencia.
2	Consejero Secreto actual.....	Idem.
3	Idem Secreto	Su Excelencia.
4	Idem de Estado actual.....	Idem.
5	Idem de Estado.....	Su Alto Nacimiento.
6	Idem de Colegio.....	Idem.
7	Idem de Corte.....	Idem.
8	Asesor de Colegio.....	Idem.
	Consejero titular	Su Nobleza.
	Secretario de Colegio.....	Idem.
	Idem de Gobierno.....	Idem.
	Registrador de Gabinete.....	Idem.
	Idem de Colegio.....	Idem.



IX

El presupuesto ruso.

El estudio del presupuesto de un país es siempre instructivo porque nos revela, al mismo tiempo que la magnitud de sus fuentes de riqueza, las tendencias de sus gobernantes. El presupuesto ruso y, mejor que el presupuesto mismo, la historia de su desenvolvimiento desde hace dos siglos, es una de las páginas más interesantes de la civilización rusa, y no ciertamente porque en el Imperio exista una admirable distribución de las cargas públicas, ni porque los impuestos pesen sobre el rico y dejen libre al pobre, ni porque reine el orden más admirable y perfecto en los gastos, sino porque demuestra de un modo evidente el enorme progreso material que se ha verificado en Rusia.

Los ingresos imperiales se reducían, á fines del siglo XVII, á 1.464.000 rublos y á otro tanto los gastos, mientras que actualmente se han convertido ambas cifras en 1.800.784.482 y 1.775 913.481 rublos, equivalentes en moneda española á unos 7.000 millones de pesetas, experimentando un aumento mucho mayor que el de los otros presupuestos europeos (1) y resultando, á pesar de este aumento, más tolerable en teoría para el contribuyente que en Francia, en Prusia y en Inglaterra (2).

Al principio, en tiempo de los predecesores de Pedro el Grande, el país era tan pobre que satisfacía el importe de las contribuciones en especies y no en dinero. Esta forma de servir al

(1) Las cifras siguientes lo demuestan.

Años.	Gastos.	Ingresos.
1680.....	1.500.000	1.464.000
1701.....	2 500.000	2 955.000
1725.....	9.100.000	8 526.000
1764.	19.400.000	19.408.000
1794.....	49.100.000	?
1801.....	64.200.000	?
1825.....	111 600.000	113.044.000
1850.....	284.500.000	199.958.000
1870.....	376.500.000	331.956.000
1892.....	608.100.000	640.296 000
1902.....	1.775.900.000	1.800.784.000

(2) En Rusia pagan los habitantes de 12 á 13 rublos anuale en Inglaterra, 30 en Prusia y 33 en Francia.

Estado resultó de allí á poco insuficiente y hubo que exigir el pago de los impuestos en metálico, aumentando además la cuantía de ellos. Los campesinos entonces formaron sociedades denominadas *óbchinas* con objeto de que fuese más equitativa la repartición de los tributos, y esta organización, no siendo obligatoria, llegó á convertirse en forzosa tan luego como el Estado reparó en su conveniencia. Pedro el Grande reformó las contribuciones y, fusionándolas, creó una sola, que habían de pagar todos los campesinos sin excepción. En 1680 se recaudaron, gracias á este impuesto, ocho millones de rublos, y en 1724 hasta 42. En la primera fecha los impuestos directos representaban $^1/_3$ de los ingresos, y en la última hasta el 50 por 100. Las modificaciones introducidas en la forma de la recaudación ó en la magnitud del tributo no alteraron nunca la base de éste, ó sea la cantidad de tierra que correspondía á cada campesino, porque el fisco no convirtió en contribuyentes á los nobles hasta después de la reforma campesina, y no creó el impuesto sobre el producto líquido de los Bancos y casas de comercio hasta muy entrado el siglo XIX.

El porqué del escaso desarrollo de las contribuciones directas se debió á que su percepción igaba al Gobierno á mantener una adminis-ción costosa y complicada, prefiriendo recau- indirectamente las sumas de que había me-

nester, aun cuando este sistema fuese en realidad perjudicial á los intereses del pueblo desde el momento que elevaba los precios de determinados artículos.

Antes de estudiar la incidencia de las contri, buciones, su cuantía y la influencia que ejercen en la vida del país, preciso es que digamos algo acerca del mecanismo financiero ruso.

La redacción de los presupuestos corresponde como es lógico, al Ministerio de Hacienda, y su aprobación al Consejo de Estado en pleno y al Emperador, que definitivamente los sanciona. Publícanse á primeros de Enero, acompañados del informe que eleva á S. M. el ministro de Hacienda acerca de los resultados del año económico anterior y de las modificaciones introducidas en los ingresos y en los gastos.

El presupuesto se divide en ordinario y extraordinario, según la procedencia de los ingresos y la razón á que obedecen los gastos. Al primero corresponden los ingresos debidos á las contribuciones directas é indirectas, clasificados en los siguientes grupos: contribución territorial é impuestos personales; impuestos sobre el comercio y la industria; impuestos sobre la renta de los valores mobiliarios; impuestos procedentes de la venta de bebidas, del tabaco, del azúcar, del petróleo, de las cerillas y de las aduanas; der chos del timbre; regalías; venta de las propied des y valores mobiliarios del Estado; anualid

des del rescate de los campesinos; reintegros al Tesoro, é ingresos de diferentes clases.

El presupuesto extraordinario de ingresos lo forman las sumas procedentes de operaciones de crédito y de empréstitos, los depósitos á perpetuidad en el Banco del Estado y algunas cantidades más.

Los gastos ordinarios son los que originan el pago de intereses de la Deuda y las necesidades de los departamentos y organismos administrativos, militares y navales, y los extraordinarios, los ocasionados por calamidades públicas, construcción de ferrocarriles, anticipos y subvenciones á Compañías particulares de ferrocarriles y amortización de deudas del Estado. Examinemos rápidamente la cuantía de los ingresos y los gastos del último presupuesto liquidado ya: el de 1902.

Los impuestos directos arrojaron un total de 133 millones de rublos. El más importante de ellos en el extranjero, el denominado territorial, no constituye en Rusia una fuente de ingresos, porque pesa sobre la clase campesina, la más pobre, y está reducido al mínimum. En 1902 produjo 49 millones.

El que da mayores rendimientos es el impuesto industrial y comercial, introducido en 9 y puesto en vigor el 1.° de Enero del siente año. Se cobra de dos modos: primero, diante la expedición de patentes á todos los

establecimientos industriales y comerciales, y segundo, mediante el cobro de un tanto por ciento del capital y de los beneficios de las Sociedades y Compañías obligadas por la ley á la publicación de cuentas. En 1902 produjo 65 millones.

Otro de los impuestos directos de mayor importancia es el que gravita sobre las fincas urbanas y sobre los inquilinatos en razón á su cuantía. También se estableció en Rusia en 1885 un impuesto de 5 por 100 sobre la renta de los valores del Estado, de Sociedades, de capitales depositados en Bancos y de acciones de ferrocarriles. Este último produjo, en 1902, 17 millones.

Los impuestos directos equivalen actualmente en Rusia á menos de un 10 por 100 del presupuesto de ingresos.

Las cantidades más importantes que recauda el fisco proceden de las contribuciones indirectas, que gravan artículos de primera necesidad, tales como las bebidas, el azúcar, el tabaco, el petróleo y las cerillas. Estos impuestos revisten dos aspectos diferentes: el de patentes para la fabricación de dichos artículos y el de ciertos derechos que se pagan por cantidades determinadas de los mismos. Las patentes para la fabricación de bebidas produjeron, en 1902, 39 millones; las de las fábricas de tabaco y el impuesto sobre su producción, 45; el impuesto sobre

azúcar y las patentes necesarias para fabricarlo, 81; los derechos sobre el petróleo, 29, y el impuesto sobre las cerillas, 8.

En la esfera de las contribuciones indirectas, lo que más produce, es la renta de Aduanas, cuyos derechos se cobran al peso. La cuantía de éstos es exorbitante, y su aumento no ha cesado desde 1869. En esa fecha representaban el 12 por 100 del valor de las mercancías; en 1879, el 17 por 100; en 1889, el 28 por 100; en 1899, el 35 por 100; en 1901, el 39 por 100, y cuando se apliquen las nuevas tarifas, aprobadas ya, pasarán del 40 por 100. Así se concibe que produzcan anualmente más de 200 millones de rublos (224 en 1902). Inspirándose los gobernantes en un proteccionismo exagerado, resulta que los artículos extranjeros de mayor consumo, como el te y el algodón, indispensables en Rusia, producen el 42 por 100 de esos 200 millones, con grave daño de los intereses nacionales, puesto que el consumidor es en último resultado quien satisface los derechos de Aduanas.

La población rural es la que más sufre á causa de ellos porque impiden la concurrencia extranjera, facilitan el alza de los precios en Rusia y hacen imposible que el campesino se surta de los artículos manufacturados de que ha menester.

Los demás impuestos indirectos, tales como derechos de timbre, los pasaportes, los impuestos sobre seguros, etc., producen en con-

junto 100 millones de rublos. Las rentas procedentes de los metales y monedas, Correos, Telégrafos y teléfonos y venta de espirituosos hacen ingresar en las arcas del Tesoro la respetable suma de 545 millones, de los cuales la friolera de 484, ó sean 1.936 millones de pesetas, proceden de las bebidas alcohólicas. El Estado tomó á su cargo la venta de éstas con objeto de regularizar su empleo y evitar los abusos que cometían los comerciantes. Actualmente el monopolio se extiende á toda Rusia y á buena parte de Siberia y del Asia central. El ministro de Hacienda fija el precio del alcohol y lo compra en las fábricas después de examinado, vendiéndolo luego por medio de los agentes del fisco en botellas lacradas. El objeto principal del monopolio era evitar el abuso del alcohol; pero los informes publicados últimamente permiten dudar del éxito de la empresa y hasta asegurar que el consumo es mayor que antes en muchas provincias y el mismo en las demás.

Las propiedades y valores mobiliarios del Estado produjeron, en 1902, 523 millones; la venta de terrenos, 928.000 rublos; los reintegros de adelantos efectuados por el fisco, 75 millones; los ingresos diversos, 7, y las anualidades de rescate, 89 millones, ó sean 350 millones de pesetas. Este último ingreso merece párrafo aparte, porque procede de la clase campesina y ejerce sobre ella marcadísima influencia. Para apre-

ciar su importancia es preciso que sepamos cuáles son las contribuciones que afectan á esa clase.

El campesino ruso paga tres clases de impuestos: del Estado, del *zemstwo* y de la aldea, amén del seguro obligatorio contra incendios, cuyo total debe descontarse del producto líquido de la tierra, ó mejor dicho, debiera descontarse, porque en la mayoría de los casos supera á éste. Ya en 1877 el profesor Yanson decía en su obra acerca de los impuestos que pesan sobre la agricultura que el producto de ésta no bastaba ni á las necesidades de los campesinos, ni al pago de las contribuciones, y que los labriegos estaban mejor en tiempos de la esclavitud. Localidades hay en Rusia donde la tierra no produce ni siquiera lo bastante para el mantenimiento de una familia y donde los atrasos de las contribuciones se acumulan. En 1890 equivalían en la Rusia europea á 49 millones; en 1892, á 109; en 1897, á 99, principalmente en las regiones central y oriental. En Tula y Ufim los atrasos representan del 244 al 397 por 100 del total de los impuestos. En otras regiones, principalmente en las del Norte, los campesinos se dedican á la fabricación de objetos baratísimos de madera ó metal ó acuden á las fábricas en demanda de abajo, logrando reunir de esta suerte lo que el sco les exige, y que á veces representa un 30 or 100 del producto líquido de sus trabajos

agrícolas. Los menos afortunados, los que habitan en regiones eminentemente agrícolas y no tienen el recurso de la industria, ven que el Estado les vende sus tierras, que se apoderan de sus ajuares y que los expulsan de las asociaciones campesinas á que pertenecen, reduciéndolos á la miseria ú obligándolos á ir á engrosar las filas de ese proletariado amenazador y terrible que saborea con fruición las proclamas revolucionarias.

Todo esto procede de la forma como se llevó á cabo la liberación de los campesinos y de la necesidad en que se ven estos últimos de devolverle al Estado las sumas que adelantó, para la compra de la tierra. El Gobierno quiso convertirlos en propietarios y les obligó á pagar el 6 por 100 anual de las sumas que había gastado con este objeto para que al cabo de cuarenta y nueve años quedase extinguida la deuda. Este 6 por 100 anual se denomina *pago de rescate* y produjo, en los veinte años siguientes á la reforma, 40 millones de rublos y de 70 á 100 desde 1887 á 1897. Su cuantía es exorbitante y su mantenimiento profundamente injusto, puesto que entraña una desigualdad tremenda entre las cargas que pesan sobre el campesino y las que recaen sobre las demás clases. Lo más curioso es que el buen sentido de los campesinos se ha impuesto á exigencias del fisco. En Rusia, por razones históricas que ya hemos apuntado, el Gobierno no

tenía que ver con el individuo, y se entendía con las colectividades; esta organización secular ha desaparecido en la mayoría de los casos, excepto en lo referente á los campesinos, los cuales constituyen, por punto general, asociaciones que poseen la tierra en común y pagan los impuestos, repartiéndolos equitativamente entre sus individuos, en proporción á los recursos de que cada uno dispone. La única desventaja de este sistema, al parecer convenientísimo, es que los individuos de las *óbchinas* ó sociedades campesinas, están unidos por responsabilidad colectiva, ó mejor dicho, lo estaban, puesto que se suprimió en Marzo del año pasado, siendo responsable del pago de las contribuciones la sociedad entera y no el campesino deudor. El déficit producido por los débitos de un campesino determinado se repartía entre los demás, pudiendo vender el fisco los bienes de la comunidad por insolvencia de uno solo de sus individuos. Claro es que en justa correspondencia se otorgaban á la *óbchina* los poderes más amplios, hasta el punto de poder mezclarse en la vida privada de sus individuos, incautándose de los bienes del moroso, privándolo definitivamente de ellos ú obligándolo á trabajar por cuenta de la sociedad. Actualmente el legislador se convencido de los abusos á que daba lugar estado de cosas, y sin suprimir la propiecolectiva, de que hablaremos al tratar de la

agricultura, exime á las *óbchinas* campesinas de la *Krugobaia poruka* ó responsabilidad colectiva.

De todo cuanto acabamos de decir resulta que la masa de la población rusa no puede sobrellevar el peso de las contribuciones directas, por lo cual el Gobierno se ha visto más de una vez en la necesidad de rebajar su cuantía, prolongando el plazo establecido para el pago del rescate, con objeto de evitar la ruina completa de los campesinos y el aumento del proletariado.

En 1898 los impuestos directos produjeron 163 millones y los indirectos 634; en 1902, 133 y 529 respectivamente; en 1903, 135 y 547. Estas últimas cantidades procedentes de artículos como el te y el azúcar, el petróleo y el aceite, se recaudan directamente de los productores, pero salen en realidad del bolsillo de los contribuyentes. Si repartimos los 547 millones que representan estos impuestos entre los 130 millones de habitantes del Imperio, resulta que cada uno paga 4 rublos al año (16 pesetas), ó sea de 24 á 28 rublos (80 á 95 pesetas) por familia. La cuantía de estos impuestos es bastante grande: el azúcar paga 1,75 rublos (6 pesetas) los 16 kilos; el aguardiente satisface 7,60 rublos (28 pesetas) la arroba; las cerillas medio kopek (un céntimo) por caja; los demás artículos sufren parecidos recargos, de tal modo que, suponiendo que una comunid campesina adquiera por valor de 15.000 rub de objetos diversos, excepto ropas y calzado,

sultará que de 1.300 rublos de cerillas han ido á parar al fisco 547; de 4.200 de azúcar y te, 1.060; de 4.600 de aguardiente, nada menos que 3.150, y de 1.500 de tabaco, 400; es decir, 6.400 rublos, casi la mitad de la suma empleada en compras.

El presupuesto ruso de ingresos recae, por lo tanto, sobre la clase pobre con mucha más fuerza que en otros países.

El aumento de los gastos del Estado ha sido enorme en Rusia. De millón y medio de rublos que eran en 1680, han pasado á 1.800 millones; y sin remontarnos tan lejos, desde 1889 á 1898, han aumentado en un 56 por 100. Examinemos las partidas de gastos del presupuesto actual:

	Rublos.
Servicio de la Deuda	290.288.503
Altas instituciones del Estado	3.527.926
Santo Sínodo y culto ortodoxo	28.164.423
Ministerio de la Corte Imperial	17.527.962
— de Negocios extranjeros	6.063.033
— de la Guerra	343.121.168
— de Marina	100.404.544
— de Hacienda	334.409.336
— de Agricultura	43.424.959
— del Interior	93.964.858
— de Instrucción pública	36.770.461
— de Comunicaciones	446.238.715
— de Justicia	47.113.993
Contrôl del Imperio (Tribunal de Cuentas)	7.640.124
nonta	2.167.703
os	1.312.331
TOTAL	1.802.140.039

Estas son las cifras correspondientes á cada departamento. Los 443 millones de los Ministerios de Guerra y Marina equivalen á una cuarta parte del total del presupuesto, habiendo aumentado considerablemente durante los últimos diez años. Los gastos más importantes del Estado ruso son, sin género alguno de duda, los ferrocarriles. Sumando las partidas del presupuesto que hacen referencia á ellos, obtenemos el enorme total de 969 millones de rublos que incluye el interés de los empréstitos hechos para construir ferrocarriles, los subsidios á las Compañías particulares, las sumas empleadas en la explotación de los existentes y los gastos para su mejora. No es esto solo; en Rusia existe un presupuesto de gastos extraordinarios (1), y en él figuran 155 millones afectos á construcción de vías férreas, cifra que, sumada á la anterior, da un total de 1.099 millones de rublos, es decir, más de 4.000 millones de pesetas. Algunos aseguran que la influencia de los ferrocarriles es un factor importantísimo en la vida social rusa, el cual acrecienta la capacidad contributiva de las regiones; otros, por el contrario, afirman que la industria, y principalmente la industria metalúrgica, es la única favorecida, y que la población, lejos de obtener el me-

(1) Ascendió, en 1902, á 365.156.874 rublos.

nor beneficio, tiene que pagar un aumento de las contribuciones debido á los gastos ocasionados por las vías férreas. De todos modos es indudable que, siendo el presupuesto ordinario de gastos de 1.802 millones, la cantidad que se consagra á los ferrocarriles es enorme y equivale á más del 50 por 100. Un Estado no tiene que cuidarse exclusivamente de las vías férreas, sino de otras muchas cosas, y claro es que, destinando la mitad del presupuesto á las primeras, todo lo demás ha de quedar por fuerza desatendido. Un ejemplo bastará á demostrarlo. Los gastos en instrucción pública aumentaron en diez años... en *cinco millones*, y hoy día equivalen á poco más del 2 por 100 del presupuesto. No hay que decir cómo marcharía la enseñanza si otras corporaciones (*Zemstvos* y Municipios) no se encargasen de remediar el mal ocasionado por el abandono del Gobierno.

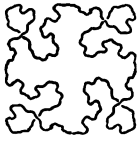
No terminaremos este capítulo sin reproducir las apreciaciones publicadas en una importante revista rusa acerca del presupuesto de 1903. «La lectura del presupuesto ruso para 1903, dice el autor del artículo, nos trae á la memoria el famoso *cabaret de la mort* existente en París. En esta taberna las mesas son féretros; los mozos [illegible]ten de empleados de pompas fúnebres; los [illegible]delabros parecen estar hechos de huesos humanos. En los muros [illegible]vense pintadas algunas [illegible]nas de jóvenes que bailan ó se abrazan; pero

basta tocar un resorte para que en vez de hombres y mujeres aparezcan horripilantes esqueletos. Así es el presupuesto. En él se nos asegura que la cosecha ha sido buena, que el papel del Estado ha subido, que el interés del dinero es menor, que la balanza comercial nos favorece y que han aumentado las reservas en oro. Con tocar un resorte cambia el cuadro. El alza de nuestros valores se explica por la crisis industrial que pone en grave riesgo la solidez de las empresas industriales; el descenso del interés se debe á que no habiendo negocios no hay en qué emplear el dinero; el aumento de las reservas en oro proviene de empréstitos hechos en el extranjero, y el que la balanza comercial nos sea favorable lo hemos comprado á altísimo precio. Detrás de todas estas halagüeñas perspectivas aparece el campesino empobrecido por la magnitud de los derechos de aduana y teniendo que convertirse en jornalero para esquivar el hambre. El Ministro de Hacienda llama la atención acerca de la situación monetaria de Rusia. En 1899 las reservas en oro disminuyeron en 24 millones y en 1900 en 74; pero en 1902, según cálculos oficiales, han aumentado en 139. El Ministro opina que esto acusa una situación favorabilísima, pero nosotros no estamos conformes con él. El año pasado se hizo un empréstito en Berlín y después se recaudaron 21 millones procedentes del que se hizo en París; lle

ron, por lo tanto, á Rusia 193 millones en oro, y como el Ministro dice que las reservas de este metal aumentaron en 139 millones, es de suponer que los restantes, hasta 193, regresaron al extranjero.»

«Curioso resulta, dice el articulista, la comparación de nuestro presupuesto con el de Inglaterra para 1902-1903. Los ingresos de este último se calculan en 152 millones de libras esterlinas, de los cuales $^1/_3$ proceden del impuesto progresivo y de los derechos de sucesión. En el nuestro, por el contrario, la venta del alcohol, los derechos de aduana y el rescate de los campesinos, son las fuentes de mayores ingresos.»

No siendo entendidos en materias financieras, y exponiendo únicamente el resultado de nuestras lecturas, no queremos formular opinión alguna acerca del presupuesto ruso, y nos limitaremos á indicar la desproporción que existe entre las contribuciones que pesan sobre las clases altas y las que recaen sobre el pueblo, así como la enorme diferencia entre lo gastado en ferrocarriles, en guerra y en marina y lo destinado á la enseñanza en un país que, si de algo está necesitado, es de cultura.



X

La Agricultura rusa.

La Agricultura es la fuente de donde proceden la mayor parte de los ingresos del Tesoro ruso; es la ocupación de las tres cuartas partes de los habitantes; el valor de sus productos equivale al doble del valor de los productos de la industria nacional; ésta depende de ella, y el resultado de las transacciones mercantiles es mayor ó menor según que la cosecha es abundante ó escasa.

Rusia es ante todo y sobre todo un país agrícola, y del bienestar de los que cultivan la tierra depende forzosamente el de las demás clases.

s campesinos, que antes gemían bajo el ,o de los señores, y que hoy día padecen bajo ugo del fisco, son real y verdaderamente los

que sostienen sobre sus hombros el edificio del Estado.

Por esta razón es preciso que demos una idea lo más exacta posible del estado general de la Agricultura y de los que la ejercen.

Comencemos por el territorio y veamos cómo se clasifica y qué regiones lo constituyen desde el punto de vista exclusivamente agrícola. Según los datos publicados en 1881 por el Comité de Estadística, la clasificación es como sigue:

Bosques.....	39 %	157 millones de desiatinas.	
Tierras de labor....	26 %	107	— —
Praderas.....	16 %	65	— —
Tierras baldías.....	19 %	78	— —

Los bosques ocupan extensiones inmensas en el Norte de Rusia (el 68 por 100 del terreno), el 17 por 100 en el Centro, y carecen de importancia en el Sur. Las tierras laborables no abundan tanto como á primera vista pudiera creerse, dada la extensión del imperio, representando en la región agrícola del 49 al 74 por 100 del territorio, y no más de un 12 por 100 en las no agrícolas. En cambio los terrenos baldíos predominan en Arkangelsk y en Astrakán (50 por 100); en Novgorod, Minsk y Petersburgo (20 por 100); en muchas otras provincias, Siberia y en el centro del Asia, y solo escasean en Kursk, en Tula y en el Mediodía de Rusia.

El territorio moscovita puede dividirse, desde el punto de vista agrícola, en zonas cuyas condiciones son muy diversas y en las cuales se emplean procedimientos distintos de cultivo.

En el Norte, en la región ocupada por los bosques, donde los espacios libres no son en extremo fértiles, se emplea un sistema primitivo, posible únicamente allí donde escasea la población y donde existen inmensos terrenos sin aprovechamiento. Consiste en alternar el cultivo con largos descansos hasta que el terreno se cubre nuevamente de bosque; pero á medida que se desciende hacia el Sur y que se alcanzan tierras más fértiles, el cultivo se perfecciona, y ya no son plazos de treinta y cuarenta años los que median entre un aprovechamiento y otro, sino de cuatro ó cinco años, durante los cuales no crecen más que plantas y arbustos. En el Norte se siembra cebada, más al Sur avena y centeno, y más al Sur todavía, centeno, lino y algunas veces trigo.

A esta región, la menos fértil y poblada de Rusia, precede otra de verdadera transición entre el Norte y el Mediodía, en la cual la forma de cultivo es la de tres amelgas. Siémbrase allí cebada, avena, lino, centeno y trébol. Esta región se confunde por un lado con las provin-
as del Báltico, donde se crían ganados y el
tivo es intensísimo; y por otro, hacia el Sur,
la zona exclusivamente consagrada á la

producción de cereales, en la cual escasean los bosques, y cùyas tierras son por todo extremo fértiles. También se emplea allí el sistema de tres amelgas, y se cultiva el trigo, la avena, la cebada y el centeno. Es el granero del Imperio.

En las provincias malorusas se cultiva principalmente la remolacha, que va á parar á las fábricas de azúcar, y también el trigo que desempeña un papel importantísimo.

Después de estas regiones, genuinamente rusas, está el Cáucaso, eminentemente agrícola, donde además de los cereales se produce arroz, maíz, tabaco, hortalizas y cáñamo, según la mayor ó menor cantidad de agua disponible. En general, el procedimiento empleado es primitivo.

En Siberia la agricultura constituye la ocupación principal de los colonos. En la región occidental el 75 por 100 de éstos trabaja la tierra; en el gobierno de Tobolsk se cultivan dos millones de desiatinas, y en los distritos de Tomsk y del Altai la cosecha de cereales resulta abundantísima. En la estepa Kirguisa el cultivo se concentra en verdaderos oasis por falta de agua; en la Transbaikalia los terrenos son excelentes y tan propicio el clima, que á pesar de lo rudimentario del sistema empleado llegan á obtenerse 100 pudos por desiatina (1). En el Tur-

(1) El pudo equivale á 16 kilos y la desiatina á una hectarea 0,92.

kestán las tierras de labor no representan más de un 2 á 3 por 100 de la superficie de la región por falta de agua; en el Transcaspio son tan fértiles que pueden producir hasta 150 pudos de trigo por desiatina, y en el Amur los cereales y y el tabaco prometen dar no escasos rendimientos.

De este rápido bosquejo de las zonas agrícolas del Imperio se deduce que una parte considerable de las tierras no puede aprovecharse por estéril, ó por las condiciones climatológicas, ó por falta de riego, y que las explotadas se cultivan las más de las veces de un modo en sumo grado imperfecto, poco menos que á la usanza de los primeros patriarcas. Así resulta que en un país enorme, cuya extensión es la de toda Europa, no se siembran más que 65 millones de desiatinas de los 391 que constituyen la superficie de sus 49 provincias europeas.

Veamos ahora á quién pertenecen estas tierras. La particularidad que ofrece la propiedad rural en Rusia consiste en estar concentrada en manos del Estado, de los campesinos, y, en parte, de la nobleza. Exceptuando de los 391 millones de desiatinas arriba indicados los terrenos que pertenecen al Patrimonio imperial y á determinadas instituciones, los demás son del Estado ($^2/_5$), de las comunidades campesinas ($^1/_3$) y las particulares ($^1/_4$). En Finlandia casi toda tierra es de los campesinos, ó les está arren-

dada; en Polonia pertenece por partes casi iguales á la nobleza y á los campesinos; y en Asia, aunque no hay datos exactos, son casi todas del Estado. Las tierras pertenecientes á este último desempeñan en la economía rusa un papel importante, porque sirven de reserva para el suministro de campos y bosques á la clase rural necesitada, y mientras estén disponibles se podrán organizar emigraciones campesinas.

Las propiedades del Patrimonio radican en 29 gobiernos de la Rusia europea, ascendiendo en Arkangelsk, Wologodsk y Simbir á un millón de desiatinas, amén de los bienes situados en Siberia, que por su extensión resultan verdaderas provincias.

La nobleza, que antes compartía con el Estado la posesión del terreno, ha perdido la mayor parte de sus bienes desde que se dió la libertad á los campesinos. Las fincas de los nobles en las localidades más pobladas y fértiles de Rusia tienen, por término medio, una extensión de 200 á 700 desiatinas, rara vez de 1.000, excepto en las estepas donde pasan de 2.000, y á veces llegan á 250.000. A fines de 1870, las cuatro quintas partes de las tierras pertenecían á los nobles; diez años después apenas tenían los dos tercios, y en 1895, según datos estadísticos, les quedaba poco más de una quinta parte, calculándose qu pierden anualmente muy cerca de un millón d hectáreas, que pasan á manos de la clase cam

pesina. La nobleza todopoderosa en la época de Catalina II, y en las de Nicolás I y de Alejandro II, cuando el Conde Scheremetief poseía 150.000 siervos; el Conde Razumowsky, 120.000; los hermanos Stroganof, 60.000; los Condes Orlof, 25.000; Potemkin, 51.000, y la familia Woronzof 15.000, los cuales se conducían como soberanos absolutos dictando *ukases*, teniendo cancillerías encargadas de resolver todos los asuntos referentes á sus Estados, y percibiendo no solamente un tanto por cabeza, sino una contribución sobre la fortuna personal de sus siervos, la nobleza, decimos, abandona la agricultura, y el *mujik*, aquel *mujik* despreciado y esquilmado de antaño, se convierte en elemento poderoso, se establece en las tierras de sus señores, compra las unas y arrienda las otras, reduciéndolos, por punto general, á ir á engrosar las filas de la burocracia ó del ejército. Y no es que carezca la nobleza de condiciones para ejercer la agricultura, sino que la tierra no produce lo bastante para el pago de los intereses de las deudas que pesan sobre ella como resultado del lujo y de las dilapidaciones. El ejemplo más patente de este fenómeno es el ofrecido por la provincia de Mogilef, donde en 1876 el 90 por 100 de las tierras pertenecía á los nobles, y en 1900 no seían éstos más del 60, en tanto que los campesinos habían aumentado sus bienes desde 3 al 24 por 100. Durante los últimos veinte

años la nobleza ha perdido en números redondos 30 millones de hectáreas que han ido á parar á manos de los campesinos ó de los industriales, á pesar de la creación del Banco de la Nobleza, cuyo objeto es adelantar dinero á los individuos de esta clase social y evitar que vendan sus bienes (1).

La libertad otorgada á los campesinos después de tantos años de ignominiosa servidumbre, ha acrecentado la importancia de la clase agrícola, y esta importancia sería mucho mayor si las condiciones en que se efectuó tan importante reforma no lo impidiesen todavía. La mala repartición de las tierras entregadas á los campesinos, su escasez y la manera que tienen de poseerla dificultan el progreso rural é impiden que los labradores rusos alcancen el grado de cultura de sus compañeros alemanes y franceses.

Estas cuestiones son tan interesantes que merecen ser expuestas con la debida extensión.

Al ocuparnos de las clases sociales y del presupuesto, indicamos cómo se llevó al terreno de la práctica la reforma campesina, entregando el Estado á los ex-siervos las tierras que compró á los propietarios. Los campesinos pertenecientes á la nobleza recibieron, en virtud del *ukás* de 19 de Febrero de 1861, 37.1 millones de desiatinas,

(1) La nobleza ha conservado sus bienes en Polonia, en el Mediodía de Rusia y en las provincias del Báltico.

correspondiendo $3^1/_2$ desiatinas por término medio á cada familia.

Pero la situación ha cambiado por completo. Comparando los datos del empadronamiento de 1851 con los de 1897, resulta que en cuarenta y seis años la población ha aumentado en un 93 por 100, siendo lícito suponer que el número de campesinos es hoy dos veces mayor que antes, ó sea, que las $3^1/_2$ desiatinas que á cada uno correspondían en 1861, se reducen hoy á poco más de 1. Si se toman en consideración las emigraciones á Siberia, al Cáucaso y al Asia central que se han verificado durante los últimos veinticinco años, corresponden á cada campesino 2 desiatinas, con cuyo producto debe sustentarse, sustentar á los suyos, pagar los impuestos y mejorar el cultivo. Como esto es realmente imposible, el problema agrario reviste en Rusia caracteres de gravedad extraordinaria.

Ahora bien; los campesinos que un día fueron siervos del Estado, y que eran unos 10 millones de hombres en 1861, disponen, gracias á la generosidad de éste, de mucha más tierra que los anteriores, de casi el doble que éstos, y por eso, en virtud de la reforma, hay dos clases de campesinos: unos que disponen de la mitad de las tierras pertenecientes á la clase, y otros que apenas cuentan con la cuarta parte de ellas, pagando, sin embargo, los mismos impuestos. No es esta la única anomalía.

Las tierras campesinas pertenecen á los labradores rusos de dos maneras diferentes: en propiedad particular ó en propiedad común. En el primer caso pertenecen á labriegos aislados, y en el segundo, á la comunidad de labriegos denominada *óbchina*.

La propiedad particular abunda principalmente en las provincias malorusas; la propiedad comunista, en las demás de Rusia. La primera es insignificante, la segunda constituye, al decir de la mayoría de los economistas rusos, el principal obstáculo con que tropieza el progreso agrícola.

Ahora bien; ¿qué es la *óbchina*, qué es la propiedad comunista en Rusia?

Algunos la definen diciendo que es la posesión de la tierra por varias personas al mismo tiempo; pero esta definición no es exacta, porque podría aplicarse igualmente á la propiedad indivisa y á las compañías por acciones. La *óbchina* no es la copropiedad de campesinos aislados, sino la propiedad del conjunto de éstos, propiedad indivisible, cuyos derechos corresponden exclusivamente al *selski sjod* ó asamblea de la comunidad, que puede alterar la participación de sus individuos en los beneficios, acrecentar ó disminuir su parte de tierra y hasta desposeerlos por completo de ella. La ley rusa pone, como es natural, un límite al poder del *selskj sjod*. Los huertos están sometidos á su jurisdicción, y las partic

nes tienen que aprobarse por el *zemsky nachalnik*, sin cuyo requisito no son válidas. En algunas partes la *óbchina* consta de varios pueblos, en otras un pueblo está formado por varias *óbchinas;* pero lo más general es que cada aldea sea una *óbchina*.

Las tierras pertenecientes á la *óbchina* deben repartirse entre los individuos que la forman con entera igualdad. La asamblea campesina las clasifica según su fertilidad, su distancia del pueblo, sus demás condiciones, y cada una de estas partes se divide en tantas parcelas cuantos campesinos forman la asociación, tocándole á cada uno un trozo. Los prados y los bosques suelen no repartirse. Este es el sistema que se sigue generalmente; pero cuando abunda la tierra, el *selski sjod* permite que sus individuos escojan las que más les convengan. Cada quince años se procede á una nueva repartición, y á veces este plazo es de veinticinco años. El Gobierno, la ley, nada tienen que ver con la acción de la *óbchina*, porque los campesinos se guían por la tradición, no admiten más que sus antiguas prácticas y no prestan atención al Código ni á los reglamentos, razón por la cual los procedimientos comunistas varían hasta el infinito según las regiones, á pesar de que, en principio, reducen á lo que hemos indicado.

Más de 100 millones de desiatinas pertenecen á Rusia á 70 ú 80 millones de almas agrupadas

en asociaciones de este género. ¿Hay algo más interesante, pregunta un economista ruso, que el inmenso ensayo social que se verifica en Rusia por más de 300.000 agrupaciones, que resuelven constantemente los más intrincados problemas de posesión de la tierra? ¿Hay algo más interesante que estas *óbchinas* que existen en todo el Imperio, desde Arkangelsk á Taurida y desde Smolensk á Irkustk, en circunstancias económicas y sociales completamente distintas, formadas por los elementos más diversos?

Muy notable será, no lo dudamos, el inmenso ensayo social que están realizando los campesinos rusos; pero es lo cierto que la *óbchina*, interesante y todo, ha venido á sustituir á la esclavitud antigua con caracteres todavía más odiosos. En la *óbchina* no ejercen todos la misma influencia; el más rico abusa del más pobre y se aprovecha de su miseria para quitarle sus tierras, y se lucra en las particiones de familia y convierte la propiedad de todos en su propiedad exclusiva. Y sin estos abusos, aun suponiendo que la *óbchina* fuese un ideal, suprime por completo las iniciativas y anula los derechos de la personalidad, impidiendo que el campesino elija libremente su residencia, puesto que es responsable con sus compañeros del pago de los impuestos que pesan sobre la colectividad. A t[illegible] estos inconvenientes debe añadirse la influe[illegible] desesperante y paralizadora de la rutina

impide la adopción de medidas radicales que transformen el cultivo y lo hagan más intenso y remunerador.

Un economista ruso resume los obstáculos con que tropieza el bienestar de la clase campesina en Rusia diciendo que proceden de la falta de tierras, resultado del aumento de la población, de la carencia de pastos con que sustentar el ganado, de las continuas reparticiones de la tierra comunal, de la falta de elasticidad en los impuestos del Estado y del *Zemstvo*, de los incendios, que arruinan constantemente á los pueblos, y del abuso del aguardiente, que rebaja el nivel intelectual y moral del campesino.

Estos obstáculos se reducen realmente á dos: á la falta de tierras y á la forma que tienen los campesinos de poseerlas. El primero se obvia mediante la compra de terrenos al Estado y á los particulares; el segundo se atenuará, seguramente, con la supresión de la responsabilidad colectiva. En su lucha con la insuficiencia de la renta de la tierra, los campesinos se esfuerzan en ensanchar sus dominios allí donde pueden; pero pobres como son y pesando sobre ellos contribuciones que se llevan la mayor parte del producto de su trabajo, no les sería dado hacerlo sin el auxilio del Estado, que fundó el Banco npesino (Krestiansky Bank) con el solo objeto favorecerlos. Este Banco entrega cantidades s campesinos con la fianza de las tierras que

éstos adquieren, ya sea constituyendo *óbchinas*, ya asociaciones voluntarias, ya aisladamente. Los adelantos hechos por el Banco representan el 60 por 100 del valor normal de las tierras; el plazo de extinción de las deudas oscila entre trece y cincuenta y cinco años, y el interés equivale generalmente á un 5 por 100, por más que puede ser mayor ó menor según los casos. En 1900 se facilitaron por el Banco hasta 53 millones de rublos, y el aumento de los subsidios ha sido el siguiente:

1896.....	7,2	millones.
1897.....	21,2	—
1898.....	36,4	—
1899.....	44,5	—
1900.....	53,5	—

Otra de las maneras como atenúan los campesinos la falta de terrenos es mediante el arriendo. En 1880 el total de campesinos arrendatarios ascendía al 40 por 100 del total, y las tierras arrendadas á 50 millones de desiatinas, por las que satisfacían anualmente 300 millones de rublos. Las regiones donde más desarrollado se encuentra el arriendo son las del Sur (Nueva Rusia) y Sureste (Wolga central). Las tierras preferidas son las pertenecientes á particulares, y el arriendo se hace por pequeños lotes, á menos que lo verifiquen asociaciones ó comunidades campesinas. El plazo del arriendo es tambi-

corto, de un año generalmente, y el pago se hace en dinero, excepto en algunas regiones donde el contrato entre propietarios y labriegos tiene por base los productos agrícolas. La necesidad de unirse para la compra de terrenos ó para el arrendamiento de éstos ha dado lugar en algunas comarcas de Rusia á la formación de asociaciones voluntarias de labriegos que nada tienen que ver con las *óbchinas* y que reunen condiciones excelentes. En ciertos casos los campesinos aislados, que no pertenecen á ninguna colectividad, se asocian para explotar en común las tierras que les pertenecen, formando antes un inventario de lo que cada uno aporta y repartiéndose los beneficios proporcionalmente. Lo que sí es un hecho es que los campesinos no compran las tierras bajo el principio de la *óbchina,* altamente antipático á buen número de ellos, sino sobre la base de la asociación pura y simple.

Descritas ya, aunque sucintamente, las regiones agrícolas, y expuesta la situación general de los que las explotan, diremos algo acerca de los resultados de esta explotación.

En la Rusia europea se siembran no más de 65 millones de desiatinas, correspondiendo á los ce-[illegible]les las nueve décimas partes de los terrenos [illegible]ivados. El primer lugar lo ocupa el centeno, el 40 por 100 de las tierras, proporción muy [illegible]rior á la que existe en Francia (10 por 100)

y en Alemania (30 por 100); el segundo lugar corresponde á la avena, el tercero al trigo y el cuarto á la cebada. El centeno lo siembran principalmente los campesinos por considerarlo el cereal más alimenticio, y cuando su cosecha es escasa, el exceso de los demás cereales no basta á cubrir el déficit que determina. En 1899 produjo Rusia el 52 por 100 de la cosecha universal de centeno, mucho más que los Estados Unidos y que Alemania. La avena se siembra en cantidades enormes en el Norte y Noroeste del Imperio, así como en los gobiernos centrales, y se emplea para la alimentación del ganado y para la exportación. El trigo se cultiva casi exclusivamente para exportarlo, y las mayores extensiones de terrenos consagradas á la producción de este cereal se hallan en las estepas de la región agrícola. Los trigos de invierno predominan en Kief, Podolia y Wolinia. La cebada se siembra principalmente en el Norte, ocupando más de la mitad de los terrenos, un 20 por 100 en las regiones de occidente y un 15 por 100 en las centrales. Estos son los principales cereales, los que constituyen la riqueza verdadera de Rusia; pero además se siembran, y en no escasa proporción, guisantes, fríjoles, judías, maíz (únicamente en el Mediodía), remolacha (en Dnieper), semillas oleaginosas (en el Norte algunas plantas más. La producción total de reales de todas clases en Rusia y el Cáucas-

ciende á muy cerca de 3.000 millones de pudos, y su valor representa, por término medio, 1.500 millones de rublos, es decir, más de 4.000 millones de pesetas (1). Rusia exporta, por término medio, por valor de más de 1.000 millones de rublos de cereales, produciendo, según los años, de 14,8 á 29,3 pudos por habitante. Añadiendo al valor de la producción de cereales el de los demás productos agrícolas, se obtiene un total de muy cerca de 3.000 millones de rublos, es decir, de 12.000 millones de pesetas.

Por muy brillante que parezca á primera vista

---

(1) Según la Estadística de 1900, la cosecha en la Rusia europea y asiática fué:

	Millones de pudos.
Centeno	1.427
Trigo	703
Avena	756
Cebada	315
Mijo	113
Alforfón	55
Guisantes	43
Maíz	53
Patatas	1.600

La cosecha media es por desiatina:

	Pudos.
Centeno	48
Trigo	37
Avena	47
Cebada	42
Mijo	25
Alforfón	44

-oducción de remolacha es de 350 millones de pudos; la de

este resultado, no lo es ni mucho menos en la realidad, porque debería ser mucho mayor dado el terreno disponible y las admirables condicio-

---

lino, de 41 íd.; la de cáñamo, de 15 íd.; la de algodón, de 800.000 íd.; la de tabaco, de 3.950.000 íd.

En 1895 la cosecha de los principales países fué la siguiente:

	Millones de hectolitros.
Estados Unidos	1.358,6
Rusia	734,6
Alemania	299,6
Francia	276,2
Austria	275,2
Inglaterra	106,6

El cultivo de la vid da los siguientes resultados:

	Vedros.
Besarabia	6.356.300
Nueva Rusia	541.500
Crimea	933.000
Don	30.000
Astrakán	25.000
Precáucaso	1.183.600
Transcáucaso	9.646.400
Turquestán	43.000

Los bosques producen considerables rendimientos.

El estado de la ganadería es el siguiente:

	Cabezas.
Caballos	21.747.000
Ganado vacuno	32.155.000
Ovejas	58.412.000
Ganado de cerda	11.528.000

El 89 por 100 de los caballos corresponde á los campesinos. An sin embargo, éstos poseían mayor número de ganados. En había, por cada 100 habitantes, 24 caballos, 37 vacas y 15 cer hoy esta proporción es de 21, 26 y 11 respectivamente.

nes que tiene en muchas provincias del Imperio. El coeficiente de las cosechas es muy inferior al de los demás países de Europa, pues reduciendo la producción agrícola de éstos á las medidas rusas se ve que en Inglaterra cada desiatina produce 135 pudos de trigo, en Bélgica 128, en Holanda 145, mientras que en Rusia, en los años más favorables, apenas llega á los 80 pudos. Es más, Rusia, que ocupa el segundo lugar en la lista de los países productores de cereales, suele padecer hambres horribles que arruinan la población y exigen el empleo de sumas cuantiosas para acudir al remedio del mal. En muchas provincias, como las de Arkangelsk, Petersburgo, Wologodsk, Mogilef, Astrakán, etc., la producción de cereales no basta al consumo, y en otras, por el contrario, como Wiat, Ufim, Samara, Tula, Saratof, Poltawa, Besarabia, etc., la producción, no solo es bastante al consumo, sino que permite la exportación. Raro es el año en que el Gobierno no se ve obligado á aliviar las necesidades de las provincias faltas de cereales y sumidas consiguientemente en la miseria. A fines de Diciembre de 1902 se publicó en Rusia la Memoria oficial acerca de las medidas de este género adoptadas por el Gobierno durante dicho año, y de ella se deducía que la cosecha había

ɔ tan abundante que solo unas cuantas procias necesitaron auxilios del Estado. Informes teriores acusaban un mal todavía mayor. En

Smolensk la población carecía de centeno, base de su alimentación, y los campesinos vendían sus ganados por no poder alimentarlos. En otras localidades faltaban las hortalizas y el centeno era de tan mala calidad, que producía enfermedades. Hubo distritos donde las tierras no se sembraron por falta de simientes. Y esto sucedía en un año de excelente cosecha, gracias exclusivamente á su mala repartición, que abarrotaba los graneros en unas partes y en otras privaba de sustento á los campesinos.

En general, el atraso en que se encuentra la agricultura rusa y su escasa productividad dependen de tres causas esenciales: del empleo de métodos anticuados, de la falta de aperos convenientes para la labranza y de la ignorancia y rutina del labriego. Hoy día se fabrican en Rusia casi todas las máquinas necesarias para el cultivo, pero todavía predominan en muchas regiones los rastrillos y arados de madera, y en casi todas la recolección se hace á mano y la trilla con caballos. El pueblo ruso es rutinario al extremo. El profesor I. Time decía no ha mucho tiempo en la *Revista de Minas* que el cliente ruso lo es tan extraordinariamente, prefiriendo los techos de paja á los de hierro ó tejas, y los carros sin ejes de este metal á los más perfeccionados y resistentes. La industria metalúrg añadía, no podría subsistir en Rusia sin el ap del Gobierno.

Por estas razones la agricultura, lejos de progresar, está decayendo de un modo alarmante, tan alarmante, que el Gobierno creó una Comisión encargada de investigar las causas de semejante fenómeno. Los primeros trabajos pusieron de manifiesto un hecho innegable: el empobrecimiento de una parte muy considerable de los campesinos, cuya situación general es casi peor que antes de la supresión de la esclavitud.

«En Rusia, dice el príncipe Drutzkoi-Sokolninsky en un trabajo publicado recientemente, las instituciones de estudios agrícolas no tienen la importancia que debieran, por la escasez de los recursos de que dispone el Ministerio de Agricultura. El centro de Rusia no conoce el empleo de los abonos minerales ni los medios de luchar contra los insectos que destruyen las cosechas. Se puede decir con entera verdad que nuestros labradores no están en condiciones de mejorar el cultivo, aumentando cada día el número de los que no tienen caballos ni ganados...»

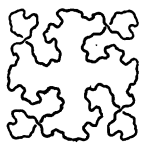
Las regiones que se encuentran en peor situación son precisamente las más agrícolas, las que antes formaban parte del granero de Rusia. Por doquiera aumenta la cifra de proletarios: en 1893 se quedaron sin caballerías 116.000 familias campesinas (2.444.000 almas) en la región in-
trial y 68.000 (1.148.000 almas) en la central.
39 por 100 de los terrenos no producen nada,
que la renta sirve para pagar las deudas, y

hay provincias, como la de Riazan, donde el 70 por 100 de las fincas está hipotecado. El descenso que experimentan los precios de los cereales, debido á la concurrencia de los producidos en América, ha venido á complicar una situación ya grave de por sí. Los cereales suelen venderse en Rusia con pérdida, y el campesino tiene que apelar muchas veces á la emigración y no pocas al incendio de sus casas para salvarse de la ruina inminente con el importe del seguro. En 1898 las propiedades que se quemaron en Riazan representaban un valor de tres millones de rublos, y el de las fincas destruídas anualmente por incendios fortuitos ó premeditados asciende á 400 millones de rublos, 1.600 millones de pesetas.

La decadencia material de muchas regiones, la lucha eterna con la miseria acarrea forzosamente la decadencia moral, de igual modo que la alimentación deficiente tiene por consecuencia la degeneración. En 1874, de cada 7 mozos entrados en quintas, 5 estaban sanos y eran aptos para el servicio; en 1890, de cada 6 había 4 sanos y 2 enfermos, y en 1896, 2 sanos y 4 enfermos.

Las condiciones de la vida campesina son terribles en la mayoría de los casos y exigen la adopción inmediata de remedios enérgicos. En el Imperio ruso ocurren fenómenos curiosísimos. Es el país más grande de Europa y el que mei tierras cultiva, proporcionalmente á su ext

sión; es el que más cereales exporta y el que más hambres padece; es el que cuenta con mayor número de agricultores y el que menos hace por ellos, porque los grandes males no se remedian con paliativos, ni la miseria producida por la magnitud de los impuestos y la existencia de una organización rural anticuada se transforma en bienestar rebajando momentáneamente las contribuciones y creando establecimientos de crédito, sino suprimiendo los obstáculos que se oponen al progreso económico y al desarrollo lógico de las energías nacionales.



XI

La Industria, el Comercio y las Vías de comunicación.

La industria, tal y como hoy día la entendemos, no existió en Rusia hasta después del reinado de Pedro el Grande, que fué también quien inició el comercio en grande escala y quien introdujo alguna que otra mejora en los caminos y carreteras del Imperio. El rasgo característico de la vida económica de Rusia en los primeros tiempos de su existencia, como nación y aun mucho después, era el empleo por el individuo de los ductos que él mismo fabricaba. Las familias raban los campos para sustentarse con su ducto, tejían las telas de que habían menes-

ter con la lana de sus ovejas ó con el lino de sus tierras, fabricaban los utensilios más precisos y no adquirían más que lo absolutamente indispensable, las más veces en virtud de un cambio de objetos. Los grandes propietarios no recurrían ni tenían que recurrir para nada á la industria, caso de que ésta hubiera existido, puesto que sus siervos le proporcionaban todo cuanto era preciso á su comodidad y á su lujo, desde las telas hasta las armas, desde el alimento hasta los tapices con que cubrían los muros de sus casas.

La base de la industria, el germen de ella era en aquel tiempo el campesino que fabricaba todo género de artículos en determinadas épocas del año, durante las cuales el laboreo de los campos resultaba imposible, y la industria grande con sus talleres y sus fábricas, sus cientos de obreros y su enorme producción, lejos de haber sido resultado del progreso de la pequeña y fruto de las crecientes necesidades de la sociedad, se debió únicamente á la revolución económica de Pedro el Grande, á una de esas revoluciones que transformaron por completo los dominios de los zares. Lo que en Europa se debió á la todopoderosa influencia del capital se produjo en Rusia merced al poder omnímodo del Gobierno.

La industria requiere para su sostenimien para su desarrollo y para su progreso, la ex tencia de determinadas condiciones. Requie

que el país tenga necesidades, que haya en él paz y tranquilidad, que sea rico y que disponga de medios fáciles de comunicación. Rusia no reunía en el siglo XVIII ninguna de estas condiciones: ni era rica ni tenía otras necesidades que las indispensables, ni tenía paz, ni disponía de buenos caminos. El único puerto ruso era entonces el Arkangelsk en el mar Blanco, utilizable solamente una parte del año, durante el verano; y aunque después hubo el de Petersburgo en el Báltico y el de Taganrog en el Azoff, tardaron mucho tiempo en adquirir el debido desarrollo.

La imposibilidad de viajar por los caminos rusos la testifican los comerciantes extranjeros de los siglos XVII y XVIII; la primera carretera la construyó Pedro el Grande entre Moscú y Petersburgo, más para sus necesidades políticas y militares que para conveniencia del comercio, y las dificultades que ofrecían los transportes se evitaban empleando los ríos en verano y los trineos en invierno. Las mercancías rusas consistentes en pieles sin curtir, cera y miel, lino y cáñamo, maderas y otros productos en bruto, iban desde Moscú á Wologod por tierra, y desde allí por la vía fluvial hasta Arkangelsk, donde se embarcaban á bordo de buques
·anjeros, en tanto que las mercancías traídas
éstos se enviaban á Moscú por el camino
·cado, siempre y cuando que no se hubiesen

helado los ríos. Los productos del país y los importados del extranjero iban en caravanas por temor á los ladrones y se vendían en ferias, en las cuales los rusos demostraban continuamente su mala fe. Además, aquel tráfico con el extranjero no se debía á las necesidades materiales del pueblo ruso, sino á las de los países limítrofes. En la Rusia de Kieff verificaban el comercio exterior los mercaderes de Gottland y de Lübek; en el siglo XVI los suecos; más tarde los holandeses, y por último, los ingleses, que obtuvieron grandes privilegios de los Emperadores creando importantes factorías en los puntos principales. Los rusos veían con indignación la supremacía de los extranjeros, más inteligentes, más ricos y más activos que ellos, y no descansaron hasta privarlos de los privilegios que tenían. Las Compañías rusas para el comercio exterior aparecieron solamente á mediados del siglo XVIII, y eso gracias á los esfuerzos de Pedro el Grande, pero las más de ellas sucumbieron por haber abusado de su situación privilegiada.

Las fábricas á la usanza europea se crearon en Rusia en el siglo XVIII y se consideraron como auxiliares del Estado. Su razón de ser fué militar y política antes que económica, porque no tendían á abastecer de telas y otros productos baratos los mercados interiores del país, sino suministrar al Gobierno las que necesitaba para vestir á sus soldados á la moda europea.

Siendo esto así, pudo sostenerse únicamente merced á una protección constante y enorme. Y era natural: los tiempos que corrían no eran á propósito para el desarrollo de la industria, ni para el del comercio. Las guerras con los polacos y los suecos de una parte, las luchas intestinas de otra, y por último, los impuestos que pesaban sobre todas las clases, no favorecían el desenvolvimiento de la riqueza nacional. En 1613 muchos territorios se habían quedado sin habitantes, y á lo largo del camino que iba de Moscú á Novgorod no se veían más que aldeas abandonadas. En la provincia de Kaluga no habían quedado campesinos ni propietarios, y en las tierras de labor habían crecido bosques. El Tesoro estaba exhausto y no cesaban de pedir prestado á los comerciantes, á los monasterios, á los nobles, á todos, para proseguir la guerra contra Polonia y Suecia. Los propietarios rurales se hallaban en la miseria y se ponían al servicio de los monasterios, en tanto que los comerciantes, después de haber perdido el último kopec, huían del centro de Rusia y se refugiaban en las regiones del Norte. Los extranjeros abandonaban también los dominios rusos ante los abusos del fisco. El Gobierno comprendía que su salvación estaba en la idustria; pero ¿cómo favorecerla, cuando á todas horas le faltaba dinero?

1632 el país estaba ya más tranquilo. El holandés Vinius pidió permiso para establecer una

fundición de hierro en las cercanías de Tula, y ésta fué la primera en Rusia. Otros extranjeros acudieron también para explotar el comercio y las riquezas del subsuelo, y poco á poco penetró en el país la influencia europea que tan sensible había de ser en la época siguiente. Los artesanos alemanes se convirtieron en maestros de los rusos, en tanto que los ingleses les enseñaban la ciencia del comercio. Estando el país más tranquilo estaba también en mejores condiciones para un desarrollo económico, y Pedro el Grande, al regresar de su viaje por Europa, otorgó protección decidida á los capitalistas rusos para que creasen fábricas y talleres como los que había visto.

Así se hizo, y muy pronto los hubo de paños y otros artículos. Las personas que rodeaban al Zar las fundaban por tal de congraciarse con él. La primera fábrica de almidón se fundó en la casa de campo de una hija de Pedro el Grande. El Gobierno subvencionaba á los fabricantes unas veces y otras creaba fábricas para arrendarlas después. Como necesitaba de la industria, no vaciló en sacrificar, por tal de tenerla, los intereses del pueblo, permitiendo que los industriales adquiriesen esclavos. Aquello no fué un desarrollo, no fué una evolución, como la que se verificó en Europa, sino un progreso forzo obligado, que tenía en contra suya á la cl noble, porque debilitaba la renta de la pequ

industria campesina y al pueblo porque era extranjero. Y claro es, subsistió algún tiempo, pero de allí poco hubo que cerrar muchas fábricas y se descubrió que otras no existían más que sobre el papel. En 1780 no existían más que unas 22 fábricas de las fundadas en tiempo de Pedro el Grande, y eso que la concurrencia extranjera no podía temerse merced á lo elevado de las tarifas aduaneras, ni la interior tampoco, porque no se permitía la apertura de nuevas fábricas hasta que las ya existentes funcionaban bien.

El primer obstáculo con que tropezó el desarrollo de la industria fué la falta de brazos. El pueblo ruso era poco exigente en punto á comodidades y estaba acostumbrado á trabajar cómo y cuándo quería, siéndole altamente antipática la forzosa disciplina de una fábrica. Primero se ordenó que en los talleres particulares trabajasen los penados, pero el resultado fué lastimoso; después se permitió á los comerciantes que adquiriesen esclavos, y solo entonces fué cuando la industria se perfeccionó algún tanto. Bajo el reinado de Catalina II ya podían pasarse las fábricas rusas de los encargos del Gobierno, y los campesinos comenzaron á acudir á ellas en busca de trabajo; pero las que mayores rendimientos producían eran las de la nobleza, porque sus ños monopolizaban las industrias de que necesitaba el Estado y disponían gratuita- del trabajo de sus siervos.

Los ingenieros y los capataces de los talleres eran extranjeros, lo mismo que muchos fabricantes y muchos artesanos. Tan escasas raíces echó la grande industria en Rusia, que hasta 1820 la demanda particular no excedió á los pedidos del Estado.

El tipo real y verdadero de la fábrica capitalista, de la que hoy predomina por doquiera, no apareció en Rusia hasta muy entrado el siglo XIX, destruyendo el antiguo sistema basado en la esclavitud, y dando el golpe de gracia las industrias ejercidas por los nobles. En 1839 entendió el Consejo de Estado que el trabajo de los hombres libres era superior al de los siervos, y en 1840 se decretó la libertad de los obreros. La fábrica rusa se desarrolló, sin embargo, gracias á un proteccionismo exagerado. Cuantas veces, en 1819, en 1850, en 1857, se quiso poner término á la política proteccionista, hubo que volver á ella ante la amenaza de una tremenda crisis industrial, y eso que las aduanas no podían evitar el contrabando, ni el Gobierno los abusos de sus funcionarios. La industria rusa se desarrollaba á remolque, por decirlo así, de la Europa, imitando tardíamente los progresos de ésta, y necesitando, como ahora mismo necesita, el apoyo decidido del Estado. Las fábricas que se fundaron á mediados del pasado siglo ofrecían como rasgo distintivo no estar subvencionadas por el Gobierno, y disponer de una libertad mu-

mayor que en épocas anteriores, cuando los industriales no podían acrecentar ni disminuir la producción conforme á las necesidades del mercado. Disponían, sobre todo, del trabajo libre y remunerado. Desde el punto de vista legal no estaban atrasados los rusos. En 1803 se intentó establecer una inspección fabril, y se redactaron leyes acerca de los obreros; en 1835 se promulgó una ley reglamentando las relaciones entre obreros y patronos, y en 1845 se prohibió el trabajo nocturno de los menores; pero estas leyes campanudas eran letra muerta, y no podían ser otra cosa en un país donde imperaban el abuso y la esclavitud.

En 1861, la abolición de ésta cambió por completo las condiciones del trabajo, y los campesinos se negaron á acudir á las fábricas. Esto fué pasajero; en 1869 la industria comenzó á reponerse de su crisis, siempre al amparo de tarifas exageradamente proteccionistas, que no solo favorecían á los industriales con grave perjuicio del cliente, sino que constituían uno de los ingresos más saneados del Tesoro.

El período más interesante del desarrollo industrial de Rusia se inicia en esta época, que es cuando adquieren verdadero incremento las regiones de Moscú y Varsovia, las grandes riva-

. La segunda, sobre todo, hizo progresos ralísimos. Desde 1854 á 1860 la fabricación de los aumentó en un 72 por 100; la de tejidos

de lana en un 113 por 100; la de algodón en un 183 por 100. En 1863-64 las transacciones entre Rusia y Polonia aumentaron en un 135 por 100, según unos, en un 238 por 100, según otros. A partir de 1877, el desarrollo de la industria polaca fué enorme, expresándose del siguiente modo en millones de rublos: 1860, 50; 1870, 63; 1880, 171; 1890, 240. En 1871 el número de obreros empleados en la industria polaca era de 76.000; en 1890 de 150.000, y el de fábricas pasó de 3.200 á 71.000. El país entero cambió de aspecto. Lodz, que era un pueblecillo insignificante, se convirtió en una gran ciudad industrial, algunas de cuyas fábricas ocupan hoy día á 7.000 obreros. El desarrollo económico de Polonia, una vez que se incorporó definitivamente á Rusia y se suprimieron las aduanas entre ella y la metrópoli, hizo que, no obstante tener una población relativamente pequeña, ocupase el tercer lugar en la lista de las regiones productoras del Imperio. Si se compara la producción algodonera de Polonia con la de Moscú y Petersburgo en los años de 1877 á 1886, vemos que mientras en los distritos fabriles de las dos grandes capitales rusas el número de telares aumentó en un 10 por 100 en Petersburgo, y en un 45 por 100 en Moscú, en Polonia pasó de 216.000 á 506.000; es decir, que aumentó un 132 por 100. Esta diferencia entre los re tados de las industrias rusa y polaca es por

más notable en la metalurgia. Desde 1890 á 1899, la producción de las fundiciones del Ural aumentó en un 66 por 100; en Polonia, en un 160 por 100; en el Sur de Rusia, en un 570 por 100. En las fábricas rusas la producción media vale 200.000 rublos; en las polacas 270.000. Esto no impide que el progreso experimentado por la industria rusa haya sido enorme, como lo demuestran las siguientes cifras:

1762....	984	fábricas	con	21.000	obreros.
1804....	2.423	»	»	95.000	»
1825....	5.261	»	»	210.000	»
1850....	9.843	»	»	517.000	»
1863....	16.695	»	»	419.000	»
1879....	27.927	»	»	689.000	»
1893....	20.316	»	»	1.366.000	»

Ahora bien; este aumento, en cuya virtud el valor de la producción industrial rusa se elevó desde 166 millones de rublos en 1850 á 1.700 millones en 1893, no se debe exclusivamente á los rusos. La influencia de los capitales y de la inteligencia extranjera ha sido y es enorme. Francia solamente tiene empleados en Rusia, no en papel del Estado, sino en empresas industriales y comerciales, cerca de 7.000 millones de francos, y exceptuando las regiones fabriles de la ia central, que han llegado paso á paso á su al estado, los distritos del Mediodía del Imlo explotan hoy franceses y belgas, ingle-

ses y alemanes. El desarrollo de las minas del Ural lo dirigieron los extranjeros; éstos fundaron los centros manufactureros de Polonia; la cuenca carbonífera de Dombroff la explotan ellos casi exclusivamente; en el Sur de Rusia la mayor parte de los Altos hornos les pertenecen; la explotación del petróleo en 115 localidades de Rusia la inició Nobel, un sueco, y una de las fundiciones más importantes de hierro, la «New Rusia Limited», que emplea 12.000 obreros y lanza anualmente al mercado 300.000 pudos de ese metal, pertenece á ingleses. Larga sería la lista de las empresas extranjeras establecidas en Rusia, y lo más notable es la diferencia que se observa entre los resultados de unas y de otras. Los obreros son los mismos, el país es idéntico, el trabajo es igual, y, sin embargo, la producción dirigida por extranjeros es muy superior á la que dirigen los rusos Es indudable que Rusia deberá á los extranjeros los progresos ulteriores de su industria. Rusia ofrece ancho campo á la actividad industrial y comercial, y así lo pregonan los cónsules ingleses, alemanes y americanos acreditados en Rusia. «El vasto imperio, decía uno de ellos, ofrece á nuestras grandes empresas de ferrocarriles, de electricidad, de carreteras, de dragados, de explotación de minas, una admirable esfera de actividad». «Ac decía otro cónsul americano, es donde labrar

sus fortunas los Gould, los Rockfeller y los Carnegies del porvenir...» En efecto, ¿qué campo más vasto de acción no ofrecerá Rusia cuando se piensa en sus inmensas riquezas naturales, cuando se lee en un informe oficial que en los Urales existen hasta 2.500 millones de toneladas de mineral de hierro, ó sea que extrayendo todos los años 25 millones de toneladas, las minas durarán un siglo?... En una de las últimas Memorias presentadas al Emperador por A. S. Witte, Ministro que fué de Hacienda, se aducían las cifras siguientes como demostración de los excelentes resultados de su política proteccionista. La producción industrial rusa, que no era más que de unos 26 millones de rublos en el decenio 1878-1887, se elevó en el decenio siguiente á 41 millones, y alcanzó un total de 161 en 1891. Es más, decía Witte, en 1877 no producía Rusia más que 1.700.000 toneladas de carbón, petróleo, hierro y otros metales, y en 1898 producía 24 millones de toneladas; resultados, todos, que justifican la política proteccionista y demuestran el enorme progreso industrial de Rusia.

¿Es real y verdadero este progreso? ¿Se funda en verdaderas necesidades del país? ¿Obedece al desarrollo de la riqueza nacional, ó es puramente artificial y obra exclusiva de un proteccionismo exagerado? Por más que los defensores de la conducta del Gobierno aleguen infinidad de ra-

zones en pro de este sistema, es lo cierto que la industria rusa no progresa, ni puede progresar por culpa del monopolio que posee, por falta de concurrencia. Seguros de que sus mercancías tienen salida en Rusia, por malas que sean, los industriales se preocupan muy poco de la mejora de su producción y de los progresos de la técnica, resultando que los consumidores tienen forzosamente que apelar á las fábricas extranjeras pagando el sobreprecio enorme que entrañan unos derechos de aduanas prohibitivos. Ahora bien: Rusia no está aún en condiciones de sostener ventajosamente la concurrencia extranjera, y mucho menos de competir con la industria de otros países fuera de su territorio. Es más; aparte de su notoria inferioridad y de las dificultades que le crea la existencia de una masa considerable de gentes que se contentan con poco y no han menester de los productos de la industria, tiene que luchar ésta con una pequeña industria pujante á la que se consagran de 6 á 8 millones de habitantes. La pequeña industria rusa, á semejanza de la que existe en otros países como Alemania, Austria y Suiza, no es la ocupación constante de una parte de la población, sino una ocupación secundaria, auxiliar de la agricultura, practicada una parte del año nada más, caracteres que la distinguen de sus similares Occidente. Hoy día estos campesinos-artesa-

suelen trabajar por cuenta de comerciantes que les compran sus productos anticipadamente y á vil precio. La pequeña industria rusa está íntimamente unida al cultivo de la tierra; una y otro se compensan. El tipo más común de los talleres de este género es la *izba* campesina, donde el labriego trabaja con toda su familia, cuyos individuos cooperan á la producción en la medida de sus fuerzas. A veces los labriegos de todo un pueblo se asocian para la adquisición de máquinas y de materias primas demasiado caras para un solo individuo; otras, el comerciante les suministra todo, hasta las herramientas, y el labriego se convierte en obrero. Cuando los artesanos tienen cierta cantidad de artículos acuden á las ferias y mercados para venderlos, dependiendo el precio de los mismos no solamente de la escasez ó de la abundancia de aquellos artículos, sino de la mayor ó menor necesidad que tiene de dinero el productor.

El gran defecto de la pequeña industria en Rusia es la rutina, es el desconocimiento completo de la técnica, que da á sus productos carácter tosco y rudimentario. Si á esto se añade que el Gobierno, preocupado con la grande industria, olvida por completo la pequeña, se comprenderá su atraso y su lenta, pero irremediable, aparición. El *zemstwo* es el que real y verdaderamente ha hecho algo por el pequeño indus-

trial, organizando, como el de Moscú, un Museo de productos, ó creando, como el de Perm, Bancos para facilitar al campesino las compras de utensilios y de materias primas.

Los artículos á cuya fabricación se dedican preferentemente los campesinos rusos son, en unas partes, los de madera, desde juguetes hasta coches y muebles; en otras, telas de lino y cáñamo, pellizas y botas de abrigo, objetos de seda y terciopelo, de metal y piedras preciosas. La fabricación de imágenes sagradas de oro y plata, de *ikons*, está casi toda ella en manos de industriales pequeños, y produce sumas enormes al cabo del año; la de objetos de lujo, como sortijas, broches, pendientes, etc., también la ejercen muchos campesinos; en una palabra, la pequeña industria hace gran concurrencia á la grande, porque tiende á satisfacer las necesidades de la parte más considerable de la población, y porque sus productos están al alcance de los más pobres.

La grande industria tropieza en Rusia con otros obstáculos que proceden de su misma organización deficiente. Los gerentes de las fábricas carecen por punto general de conocimientos técnicos, y más de la mitad de aquéllas no tienen máquinas de vapor...

El valor de la producción total de las diver ramas de la industria rusa es de 1.759 mil nes de rublos, cantidad que no incluye la pr

ducción de aquellos establecimientos, cuyos negocios no exceden de 1.000 rublos (1).

Las provincias que más producen son:

	Millones.
Moscú	276
Petersburgo	212
Wladimir	142
Kief	140
Perm	67
Varsovia	46

* * *

El desarrollo de la industria y el del comercio, de que luego nos ocuparemos, pudo verificarse en Rusia, gracias á la mejora de las vías de comunicación. Hasta 1816 no tuvo el Imperio carreteras dignas de este nombre, y en 1896 no

(1) La clasificación de esta suma es como sigue:

	Rublos.	
Industria textil	619.945.000	(33 por 100)
Productos alimenticios	502.869.000	(23 por 100)
Minería	344.197.000	(14 por 100)
Productos del reino animal	78.422.000	(5 por 100)
Productos químicos	40.945.000	(3¼ por 100)
Objetos de madera	38.876.000	(3 por 100)
Cerámica	34.472 000	(2 por 100)
Industria papelera	26.995.000	(1¼ por 100)
Varias	72.610.000	(4 por 100)
	1.759.331.000	

contaba más que con 12.000 werstas de caminos, cien veces menos que la Europa occidental y veinte veces menos que Francia. En la mitad de las provincias de la Rusia europea no existen carreteras, y donde las hay están tal mal construídas que solo pueden utilizarse en verano, resultando que en un país eminentemente rural no hay más que 30.000 werstas de caminos pésimos para 50.000 de vía férrea. Eso sí, se han construído y se construyen ferrocarriles con una rapidez asombrosa, empleando sumas enormes. Desde el primero que se construyó en 1838 desde Petersburgo á Zárskoie Sieló, y cuya longitud no excedía de 35 werstas, hasta el Transiberiano, que tiene 9.000 kilómetros de extensión, el progreso ha sido enorme. La segunda línea fué la de Varsovia á las fronteras alemana y austriaca; la tercera unió á Petersburgo y Moscú, costando á razón de 250.000 rublos (750.000 pesetas) la wersta. El desarrollo de los ferrocarriles ha sido enorme: en 1850 no había más que 1.000 werstas de vía férrea en todo el Imperio; en 1870, 10.600; en 1880, 22.100; en 1890, 30.000, y en 1.° de Enero de 1901, 51.400 (54.875 kilómetros), de los cuales dos terceras partes pertenecen al Estado. Los primeros los construyó éste por su cuenta; pero la mano de obra le costó tan cara, que renunció generosamente á la empresa y conce subvenciones á Compañías particulares, ase rándoles un interés determinado por acción

En 1880 el Estado ruso, comprendiendo la importancia que tenía la posesión de los ferrocarriles, y queriendo poner término á los abusos de ciertas Compañías, comenzó á comprar los ya construídos. A Witte corresponde el mérito de haber transformado por completo la cuestión de los ferrocarriles. A su entrada en el Ministerio de Hacienda el Estado poseía no más de 13.000 werstas de vía férrea; en 1903 tenía ya en su poder cerca de 30.000; compradas las unas á los particulares, construídas las demás por cuenta del Gobierno. Ahora bien, la manera cómo se adquirió la red particular y la que tuvieron de construirse los ferrocarriles del Estado han acarreado á Witte unánimes censuras.

El Estado perdió, de una parte, todo lo que había adelantado á las Compañías; de otra tomó á su cargo las deudas contraídas por éstas y, finalmente, adquirió las acciones, en cuya operación recibieron algunas Compañías un 30 por 100 más de lo que les correspondía.

Así se explica que 14.000 werstas de vía férrea costasen al Estado 2.480 millones de rublos (unos 7.000 millones de pesetas), es decir, unas 520.000 pesetas por wersta.

La fiebre ferrocarrilera, como algunos llamaron á aquel movimiento, duró diez años, durante cuales se construyeron tantos ferrocarriles ,o en los cincuenta anteriores, gastándose en más de 1.700 millones de rublos, unos 4.000

de pesetas. Esta rapidez tuvo ventajas grandísimas é inconvenientes no menos grandes. Si bien abrió al comercio regiones muy vastas, hizo casi imposible la inspección oficial y ejerció deplorable influencia en la calidad de las obras. Las líneas férreas están á medio terminar ó mal concluídas; se han preferido los rails ligeros á los pesados; se han empleado vagones viejos y locomotoras usadas, y el personal resulta deficiente. Animado del deseo de proteger la industria nacional, el Gobierno encargaba las locomotoras á centenares, los vagones á millares, los rails á millones de toneladas; pagaba por todas estas cosas precios exorbitantes y daba á la metalurgia y á otras industrias un incremento absolutamente ficticio.

No faltan hoy día quienes entienden que los ferrocarriles han sido un fracaso en Rusia, porque muy poco ó nada producen al Tesoro y son causa de gastos continuos. Esta opinión es tan exagerada como la de los *ferrocarrileros à outrance*, y es preciso adoptar un término medio.

La longitud de las vías férreas del Imperio es muy grande, pero el territorio es tan inmenso que por cada 1.000 werstas cuadradas no hay más que 7 de vía férrea, cuando en Francia hay 77 y en Inglaterra 109. Hay provincias, como las de Astrakan y Kalusch, adonde no han llegad todavía los ferrocarriles. Por lo tanto, la conduta del Gobierno es hasta cierto punto plausibl

y decimos hasta cierto punto, porque el enorme gasto en vías férreas pone en grave peligro la estabilidad de un presupuesto no muy seguro de por sí.

El centro de la red ferroviaria rusa es Moscú, de donde parten las líneas de Smolensk, Varsovia, Petersburgo, Arkangelsk, Kursk, Karkof, Kazan, Samara, Oremburgo, Siberia, Nischni-Novgorod y otras varias que unen las ciudades principales del Imperio.

Dos ferrocarriles tiene Rusia que desarrollan los intereses comerciales al mismo tiempo que apoyan importantes intereses políticos: el de Siberia, una de las obras más grandes que ha concebido y realizado la ingeniería moderna (1), y cuya longitud equivale á siete veces la del ferrocarril de Irún á Cádiz, con un coste que asciende á más de 3.000 millones de pesetas, y el ferrocarril del Transcaspio que tiene no menor importancia política.

Este último parte de Krasnowodsk, en la ribera del Caspio, y llega hasta á Kuschk en la frontera del Afghanistan. Lo construyó el Ministerio de la Guerra so color de mantener y desarrollar las relaciones comerciales entre Rusia y sus dominios del Asia central; pero lo vigila cuidadosamente, prohibiendo visitar el ramal de

---

) Véase en *La Lectura*, de Abril, el artículo consagrado al rrocarril de Siberia.»

Murgab, que llega hasta el mismo Afghanistan. La longitud total de esta vía férrea, que atraviesa todo el Turquestán, pasando por Samarkanda y Taschkent, residencia del Gobernador general del Transcaspio, es de 1.261 millas hasta Andischan, y de 1.153 millas hasta Taschkent. Se construyó en cuatro años, y su importancia política es muy grande, dada su proximidad á China y á la India inglesa.

Antes de terminar este rápido bosquejo de las vías de comunicación en Rusia, aduciremos algunas cifras relativas á los ríos y á los canales. Los primeros tienen en la Rusia europea un desarrollo de 115.000 werstas, de las cuales solo $^1/_{22}$ son navegables y las demás utilizables únicamente en los meses de verano. En la Rusia asiática la longitud de los ríos es de 107.000 werstas, de las cuales solo 44.000 son navegables. La importancia comercial de los ríos depende en Rusia de su dirección, la cual suele ser muy desfavorable, por conducir á los mares del Norte, inútiles para la navegación, ó á mares donde no hay comercio como el Caspio. Solamente los que desembocan en el Báltico, en el mar Negro y en el de Azoff, tienen verdadera importancia comercial. Buena parte de los ríos de la Rusia europea están unidos por canales, formando sistemas, siendo el más importante de ellos el de Mariinsk, que po al mar Caspio en comunicación con el Bált por el Wolga, Dwina y Newa; pero tienen el

menso inconveniente de que se hielan durante el invierno, siendo inútiles por completo durante buena parte del año.

***

Si el desarrollo de la industria rusa ha sido enorme, si el de las vías de comunicación no le ha ido á la zaga, el del comercio, que á la vez dependía de ambos, ha sido muy grande también.

En 1654-77 el único puerto ruso, que era Arkangelsk, recibía del extranjero por valor de millón y medio de rublos de mercancías que, en tiempo de Pedro el Grande, subieron á tres. En 1754 la exportación era ya de 8 millones y de 7 la importación, verificándose por Riga y Petersburgo; en 1804 ascendía la primera á 68 millones y á 50 la segunda; en 1848 representaba la una 100 millones y la otra 84; diez años después fueron estas cifras de 303 y 364; en 1870, 345 y 326; en 1890, 388 y 224, y finalmente, en 1900, 650 y 627. Como se ve, el aumento no ha podido ser mayor, ni más significativo, aunque la diferencia entre las exportaciones y las importaciones obedezca á la enormidad de las tarifas aduaneras, que ya en 1869 equivalían al 12 por 100 del valor de las mercancías; en 1879, al 17; en 1889, al 28; en 1899, al 35, y en 1901, al 39 (1).

) Mucho más que en los Estados Unidos, 30 por 100; que en ia, 14 por 100; que en Francia, 9 por 100; que en Alemania, 8, en los demás países de Europa, por punto general.

La producción agrícola, minera é industrial de Rusia se calcula por algunos en 10.000 millones de rublos, cifra algo exagerada, á nuestro entender, y que equivale en moneda española á más de 30.000 millones de pesetas, y los innumerables artículos que la componen se distribuyen los unos por el inmenso territorio ruso para satisfacer las necesidades de la población, y los otros se exportan al extranjero, constituyendo el comercio interior y exterior de Rusia. La base del primero la forman las materias en bruto ó á medio preparar que se envían á las fábricas para su conversión en objetos de todas clases. El lazo de unión entre los productores y los compradores lo componen una serie de intermediarios que se encargan de la reunión de pequeñas partidas de productos agrícolas y de la pequeña industria, así como de la venta de objetos manufacturados al pormenor. A lo primero se denomina *prasolstwo* y á lo segundo *ofenstwo*, y ambos son indispensables dadas las circunstancias geográficas del Imperio. Los vendedores ambulantes van en carros ó á pie de pueblo en pueblo vendiendo á los campesinos artículos de esos que resisten un largo viaje y al mismo tiempro compran productos agrícolas.

Las ferias suministran al labriego la ocasión de comprar productos más variados y de má precio, no existiendo pueblo ni aldea que n tenga la suya ó que no esté á proximidad d

donde la haya. En los territorios lejanos predomina todavía el trueque de objetos. El carácter que ofrece por punto general el comercio interior de Rusia es, de una parte, el ínfimo precio de compra y de otra el subido precio de venta, debidos ambos al número de intermediarios forzosos. Además de las ferias puramente locales y de reducidas proporciones que se verifican anualmente en casi todos los pueblos, se celebran en el Imperio grandes ferias, algunas de ellas conocidas en el mundo entero, porque en Rusia, á diferencia de Europa, han conservado un papel importante en la economía nacional. La más importante, la de Nischni-Novgorod, remonta su origen al siglo XVII, y á ella acuden todavía representantes de las razas de Asia y de toda Rusia. Las mercancías llegan desde Siberia y desde la parte oriental de Rusia por el río Kama, y el total de los concurrentes suele ascender, según algunos, á 200.000. La influencia de esta feria es vastísima. A Nischni llegan metales de Ural, sal de Kama, pieles de Siberia, pescado del Wolga, petróleo y vino del Cáucaso, algodón del Turquestán, frutas de Persia, te de China, tabaco del Mediodía de Rusia, trigo y maderas del Wolga central, manufacturas de Europa, en una palabra, la mayor parte de los productos del Imperio y no pocos del extranjero. La fecha en que se celebra esta feria, coincidiendo con la época en que se determina el valor de

la cosecha—del 15 de Julio al 15 de Agosto—da extraordinaria importancia á sus transacciones, las cuales se hacen con un año de término. Desde 1880, y merced al desarrollo de los ferrocarriles, la cifra de aquéllas ha descendido gradualmente, por más que siguen representando la respetable suma de 160 á 170 millones de rublos.

La segunda feria de Rusia es la de Irbit, en el gobierno de Perm, la cual se verifica del 1.° de Febrero al 1.° de Marzo, sirviendo de intermediaria entre la Rusia europea y la Siberia. Sus transacciones equivalen á 50 millones de rublos. La construcción del ferrocarril transiberiano le ha asestado un golpe de muerte.

Las demás que se celebran en diversas ciudades rusas, en distintas épocas del año, distan mucho de tener la importancia de las dos anteriores, y solo ofrecen la particularidad de que, sucediéndose las mercancías, pasan de un lugar á otro hasta venderse por completo. Es indudable que, andando el tiempo, desaparecerán ó perderán la importancia que hoy tienen, debida exclusivamente á la falta de comunicaciones, á la carestía de los transportes ó á la rutina de los comerciantes.

El primer artículo del comercio interior ruso son los cereales, cuyas transacciones representan 900 millones de rublos, y que se verifica[n] medio de considerable número de intermed[iar]ios, que cometen todo género de abusos co[n]

campesinos. Siendo tan importante este tráfico, está pésimamente organizado, no habiéndose hecho nada por imitar á los norteamericanos.

Los demás productos agrícolas objeto del comercio interior son el lino y el cáñamo, la remolacha y el tabaco, y también los ganados vacuno, lanar y de cerda, los caballos, etc. El comercio de metales representa 190 millones de rublos; el de objetos manufacturados, 930; el de espirituosos, 500, y el total de las transacciones de todo género, incluso los negocios bancarios, representa, según el Departamento Comercial del Ministerio del Interior, la enorme suma de 21.000 millones de rublos, más de 60.000 millones de pesetas.

Hablemos ahora del comercio exterior. Rusia ocupa, desde este punto de vista, el octavo lugar entre las naciones comerciales, ascendiendo la cifra media de su importación y exportación á 1.200 millones de rublos, al 4 por 100 de las transacciones universales, seis veces menos que Inglaterra y tres y media veces menos que Alemania y los Estados Unidos. El comercio exterior de Rusia se verifica por sus tres fronteras: europea, finlandesa y asiática, especialmente por la primera de ellas, á la que correspondió en 1899 el 84 por 100 del tráfico. El litoral ruso enorme: tiene 46.000 werstas de desarrollo litoral, pero solo 16.000 corresponden á mares europeos, y por ellos se verifica precisamente el 75

por 100 del comercio exterior. Los puertos de Petersburgo y Riga, de Liwaba y Reval, en el Báltico; de Odessa y Nicolaief, Kerson y Sebastopol, Batum y Tagaurog, en el mar Negro; de Arkangelsk, en el mar Blanco, y de Wladivostok y Nicolaiewsk, en el Pacífico, son los centros de exportación é importación del Imperio. Su importancia varía, naturalmente, según su situación, y las más notables, por la cifra de transacciones, son Petersburgo, donde arriban cerca de 5.000 buques, y Odessa, con 150 millones de pudos de mercancías importadas y exportadas, y 110 millones de pudos procedentes del cabotaje.

A medida que transcurre el tiempo aumenta la importancia del comercio terrestre. Los países que mayores relaciones mantienen con Rusia son Alemania é Inglaterra, Francia y Holanda, China y los Estados Unidos, Austria y Bélgica. Alemania es, sin embargo, la que mayor cantidad de mercancías envía á Rusia. Durante todo el siglo XIX, hasta 1891, este lugar había correspondido á Inglaterra, cuyo comercio constituía el 45 por 100 del exterior ruso.

La estadística rusa de Aduanas clasifica de la manera siguiente la exportación del Imperio:

	Total en 1889-98 — *Millones de rublos.*	Total en 1899 — *Millones de rublos.*	Por la Frontera europea en 1900 — *Millones de rublos.*
Artículos comestibles...	386	326	381
Materias primas ó á medio elaborar.....	249	253	270
Animales.....	15	17	18
Productos industriales..	23	29	19
TOTALES.....	673	625	688

De Rusia se exportan artículos comestibles y materias primas, y los productos industriales no desempeñan más que un papel secundario en su comercio exterior. Entre los primeros, el lugar más importante corresponde á los cereales, cuya exportación ascendió á 450 millones de pudos en el último quinquenio con un valor de 325 millones de rublos por término medio (1). Estos cereales van á Alemania, á Inglaterra, á Holanda, á Francia y á Italia.

Los demás artículos rusos de exportación son: los huevos (31 millones de rublos en 1893); el

(1) Corresponde al trigo (100 millones de pudos) el primer lugar, al centeno, el segundo (60 á 70 millones de íd.); el tercero, á la avena (80 millones de íd.), y el cuarto, á la cebada, 54 millones (Idem).

azúcar (26 millones de rublos); la manteca de vaca (13 millones de íd.), y el caviar (2 y medio millones de íd.); las materias primas, tales como lino y cáñamo (56 millones de rublos); las maderas (50 millones de íd.); el petróleo y sus derivados (47 millones de íd); las semillas oleaginosas (24 millones de rublos); los caballos (5 á 6 millones de íd.); artículos manufacturados (30 millones de íd.), y algunos más de menor cuantía.

Los datos referentes á la importación extranjera en Rusia se clasifican de este modo:

	MILLONES DE RUBLOS	
	Total en 1889-98	Total en 1899
Materias primas	280	314
Productos industriales	121	224
Artículos comestibles	93	168
Animales	3	4
TOTALES	497	710

Entre las materias primas descuellan el algodón (68 millones de rublos); la lana (14 millones de íd.); los metales en bruto (50 millones de íd.); el carbón de piedra (15 millones de íd.); la s[illegible] en bruto (11 millones de íd.); las máquinas aparatos de todas clases (100 millones de íd

los objetos de metal (36 millones de íd.); el te (43 millones); los vinos, entre ellos los de España (11 millones).

Antes de terminar este rápido bosquejo del comercio exterior ruso, precisa que digamos algo acerca de sus resultados y de la política comercial del Gabinete de San Petersburgo.

Lo primero que llama la atención es la preponderancia en la exportación de los productos agrícolas y la escasa importancia de los productos de la industria, los cuales, sin embargo, no van á los mercados de Europa, sino á los de Persia, Afghanistan, Turquía y China. Esto revela no solamente que Rusia es un país eminentemente rural, sino que su industria, á pesar de los esfuerzos constantes del Gobierno en su favor, no puede competir con los de Europa. Al mismo tiempo obsérvase que las materias primas desempeñan el primer papel en la importación, lo cual indica un progresivo desarrollo de la actividad industrial (1).

Ahora bien, lo que realmente no demuestra nada y solo es resultado del proteccionismo en que se inspira el Gobierno, es la enorme diferencia entre la exportación y la importación, dife-

---

(1) Los datos siguientes lo demuestran:

1726.....	27 por 100	Proporción de las materias primas en la importación.
1849.....	50 por 100	
1893.....	62 por 100	

rencia que resulta á todas luces ficticia. Un escritor ruso decía á este propósito comentando los resultados del presupuesto de 1902: «Nuestro Ministro de Hacienda señala el favorable resultado de nuestro comercio en 1902, año durante el cual la exportación superó en 300 millones de rublos (cerca de 1.000 millones de pesetas) á la importación. Semejante resultado se explica por la abundancia de la cosecha, que favoreció extraordinariamente la exportación de cereales; por la disminución de los pedidos del Gobierno á fábricas extranjeras (disminución que le ha costado más de 100 millones de rublos á causa de la diferencia de precio entre los materiales rusos y extranjeros), y por el aumento de los derechos de aduana, que ejercen pernicioso influjo no solamente en la población, al obligarla á comprar á precios elevadísimos las mercancías extranjeras, sino también en la industria, que, libre de toda concurrencia, no realiza todos los progresos que fuera de desear.»

Nada añadiremos nosotros á este juicio de un economista ruso, limitándonos á hacer constar que los progresos comerciales é industriales de Rusia han sido ciertamente muy grandes, pero también artificiales, como que se debieron á la iniciativa de un gobernante y se mantienen hoy gracias únicamente á la protección decidida constante del Estado.

XII

La cultura popular. El libro y la prensa.

A pesar de la enorme importancia que tenía para Rusia el desarrollo de la cultura popular, el Estado no se ocupó de ella con verdadero interés hasta mediados del siglo XIX. Hablar de la cultura popular en épocas anteriores, especialmente en los siglos XVII y XVIII, es tarea inútil, porque entonces ni se le daba la importancia que hoy, ni el Estado podía ocuparse de semejante cosa, ni poseía la Iglesia el grado de ilustración necesario para encargarse de la educa-
ı de un pueblo, y de aquí que la situación
electual de los rusos continúe siendo hoy día
v inferior á la de los demás pueblos de Euro-

pa. Pero como sería un error pretender comparar á Rusia con las naciones occidentales, constituídas de un modo muy diferente al suyo, conviene dar una idea, siquiera sea muy breve, del estado intelectual en que se hallaba la patria de Tolstoi hace dos siglos, con objeto de que puedan apreciarse mejor los progresos que allí se han realizado en la esfera de la enseñanza.

Antes de Pedro el Grande no había en Rusia escuelas, ni colegios, ó se destinaban únicamente á dar educación religiosa á los alumnos, manteniendo severamente los principios de la pura ortodoxia. La opinión dominante en la sociedad de aquel tiempo se formulaba poco más ó menos de este modo: «No leáis; algunos perdieron la razón leyendo, y otros se hicieron herejes; más vale aprender el canto llano y los Evangelios y ser humildes siervos del Señor, que estudiar las ciencias y perder el alma». No era aquel, por lo tanto, un terreno á propósito para que el saber germinase, y aunque lo hubiera sido, el alejamiento en que vegetaban los rusos y lo escaso de sus conocimientos impedían todo desarrollo científico. De las matemáticas apenas conocían las cuatro reglas, expresando las cifras mediante las letras del alfabeto eslavo; la geometría era desconocida en absoluto; la astronomía, necesaria para el cóm
del tiempo, no podía profundizarse, so pen
incurrir en los anatemas de la Iglesia, y los

prende que el 66 por 100 de las obras encontradas en los pueblos son de asuntos religiosos, y en su mayor parte grabadas y no impresas, y que la proporción entre los lectores obreros y campesinos es la siguiente:

	Campesinos.	Obreros.
Religiosos.....	62,6 por 100	52 por 100
Literarios.....	11,4 por 100	22,1 por 100
Históricos.....	3,2 por 100	4,2 por 100
Científicos y agrícolas.....	1,7 por 100	4,3 por 100

Los rusos gustan mucho de la estadística y quisieron averiguar qué opinaban los campesinos acerca de la lectura y qué obras preferían. De la investigación practicada resultó que prefieren los libros religiosos á los demás, y después los que tratan de agricultura. El pueblo ruso, dice un escritor moscovita, profesa profundo respeto hacia todo lo impreso; para él todo lo que está en letras de molde es verdad. Esto procede de que leyó primeramente libros religiosos y de que ya no puede pasarse sin ellos, considerando á los demás libros como cuentos. A veces cuando una novela ó un libro histórico le interesa, lo califica inmediatamente de religioso é incluye ... santoral á cuantos personajes intervienen ... mismo.

...cede esta afición á los libros religiosos de

la piedad del pueblo? Difícil es creerlo. La religiosidad del campesino y del obrero ruso es puramente externa y va desapareciendo lentamente y no quedándole de sus creencias más que una serie de prejuicios y de supersticiones y el temor á las penas del infierno.

Es un hecho evidente, sin embargo, que la afición á la lectura aumenta de día en día en las clases inferiores de la sociedad rusa. El campesino que aprendió á leer compra libros; unas veces á los buhoneros, otras en las ferias, otras, pidiéndolos á las bibliotecas populares existentes en las escuelas y en las fábricas. Los únicos que se oponen á la lectura son los viejos y las mujeres; los unos por rutina, las otras por ignorancia y por economía.

La actividad del *Zemstvo* ha sido muy notable y muy digna de aplauso. La mayor parte de estas asambleas ha fundado almacenes de libros baratos, y ha multiplicado las bliblioteca destinadas al pueblo. El *Zemstvo* de Wiat gastó muy cerca de 3 millones de francos en la creación de bibliotecas de este género, y los demás imitaron este ejemplo destinando sumas considerables al mismo fin. Estas bibliotecas son muy pequeñas y muy reducido el número de volúmenes de que disponen, pero desarrollan en los campesinos el deseo de instruirse y dé no ol dar lo aprendido.

Al mismo fin cooperan las Conferencias pol

lares iniciadas en 1874, pero no desarrolladas en la forma debida hasta 1893. Actualmente en todas las escuelas debe haber una biblioteca selecta, con objeto de que el maestro lea á los campesinos obras clásicas. A primera vista merece esta idea calurosos plácemes; pero cuando se estudia el funcionamiento de las bibliotecas se echa de ver, de una parte el temor constante á que el pueblo se instruya, y de otra el escaso cuidado con que se formaron los catálogos. A los oyentes se les considera como niños cualquiera que sea su edad, y en vez de leerles obras buenas, conocidas, escritas por personas de autoridad, se les leen libros de autores ignorados ú obras históricas sin valor alguno. No todo procede, ciertamente, de la incuria administrativa. Los hechos demostraron que los clásicos no gustaban al campesino, incapaz de comprender su pensamiento y de apreciar la galanura del estilo. El único autor que goza de verdadera popularidad es Tolstoi, pero no el Tolstoi de *Ana Karenina* y de la *Guerra y la Paz*, sino el de los cuentos populares, escritos en lenguaje adecuado á la inteligencia de aquellos á quienes se destinan.

El gran obstáculo que se alza en el camino de la cultura popular en Rusia, diremos, resumiendo todo lo expuesto, es la censura, representando genuina de las ideas retrógradas y antiliberales. En provincias, los abusos de la previa

censura son todavía mayores que en las capitales de importancia. Se ha dado el caso de que el censor llevase á los tribunales á una Sociedad de Beneficencia por haber formado su biblioteca con libros... ya aprobados en Petersburgo, pero no en la localidad. ¿Cómo va á desarrollarse la cultura, ni cómo puede ser el libro expresión sincera de las tendencias de la población, cuando el autor se ve obligado á entregar el manuscrito á la censura, y tiene que someterse á las correcciones de un funcionario cuya cultura puede ser nula? ¿Cómo va á progresar una literatura dramática, cuando existen dos clases de censura para ella, una para la publicación de las obras y otra para la representación de éstas?

El elemento que más padece á consecuencia de este estado de cosas es, sin duda alguna, la prensa.

El 3 de Enero de 1903 conmemoró la prensa rusa sus dos siglos de existencia. Los periódicos rusos, como tantas otras manifestaciones de la civilización, debieron su origen á Pedro el Grande, que al publicar la primera *Gaceta* salió, más que al encuentro de las necesidades bastante reducidas de su época, al de las necesidades de la Rusia futura. Pedro el Grande no pudo darse cuenta de la importancia de su obra; en aquella época no se pensaba como hoy; entoi la opinión pública no existía, ó se manifest en la cátedra religiosa. Las *Noticias*, de Mo

fundadas por él, tendían únicamente, como todos los periódicos de aquel tiempo, á satisfacer la curiosidad del público sin formular opiniones, ni expresar censuras, ni establecer comparaciones.

El decreto ordenando la publicación de este periódico lleva la fecha de 3 de Enero de 1703, y el título que se le da es el muy largo de *Noticias de sucesos militares, y otros acaecidos en el reino de Moscú y en otros países vecinos.* Su contenido no se salía de los límites de lo que hoy se denomina crónica, y aludía á los cañones que se habían fundido recientemente y á las escuelas de Moscú, completando la información con cartas de Persia, en las cuales se anunciaba que el Schah había regalado al Zar un elefante. En el año 1703 las *Noticias* se publicaron 39 veces en número de unos 1.000 ejemplares cada vez, y no solamente se leyeron con afán, sino que se copiaron y se remitieron á todas partes de Rusia.

En 1728 las *Noticias* se adscribieron á la Academia de Ciencias, y tomaron el título de *Noticias de San Petersburgo,* confiando su dirección al académico Miller, célebre por sus trabajos históricos. El periódico se perfeccionó, y á las noticias de la corte y del reino se añadieron artículos científicos, literarios y arqueológicos que

ecentaron su valor y obtuvieron gran éxito.
tonces se publicó, también bajo la dirección
Miller, la primera revista rusa.

El verdadero progreso de la prensa moscovita no se inició, sin embargo, hasta una época posterior á la de Pedro el Grande, hasta la de Catalina II, que otorgó á todos los ciudadanos el derecho de fundar tipografías. La prensa satírica, cuyas burlas nos parecen hoy día inocentes é infantiles, hizo su aparición y se inició la lucha contra la esclavitud campesina en aquella forma velada que los tiempos consentían. Alejandro I, con sus proyectos de reforma y sus decretos inspirados en ideas ampliamente liberales, fué quien abrió á la prensa desconocidos horizontes. La supresión en 1804 de buena parte de los preceptos rigoristas de una censura, las más de las veces ignorante, permitió á los periodistas expresar sus ideas con libertad relativa. La prensa, desde entonces, se convirtió en una necesidad para el público. El ideal de los periodistas rusos había sido siempre la abolición de la esclavitud, la supresión de aquella vergüenza nacional, y desde 1804 hasta 1850 no cesaron en su campaña, describiendo los horrores de la vida campesina, excitando por todos los medios posibles la conmiseración de las gentes y preparando, sin temor á la hostilidad de buena parte de la sociedad de su tiempo, el camino á las grandes reformas de 1860, fecha en que aparece la prensa política, al mismo tiempo que las revistas se convierten en centro de la vida intelectual del país.

En la historia de la prensa, lo mismo que

el desarrollo de la instrucción pública, se observa la influencia decisiva, y no siempre acertada, de los gobernantes. A unos períodos de libertad relativa suceden otros en que la censura se hace intolerable y en que la reacción triunfa, anulando los esfuerzos de los entendimientos genuinamente progresistas, verdaderamente patriotas. La prensa rusa se rige todavía por una ley especial y por multitud de reglamentos y disposiciones. La prensa de provincias está mucho más sometida á la tutela oficial que la publicada en Moscú y Petersburgo. Desde luego la publicación de obras originales de más de 10 hojas impresas, y de traducciones que excedan de 20, sin previa censura, solo es posible en dichas capitales. En provincias el número de censores es limitadísimo, y esta circunstancia impide, como es natural, el desarrollo de la prensa, porque la publicación de un nuevo periódico significa un aumento de trabajo para los encargados de leer y censurar los artículos, y, claro es, se recibe con profundo disgusto en los gobiernos de provincia. El censor, ya resida en las capitales, ya ejerza su autoridad en la última villa de la provincia más lejana, tiene que someterse á las órdenes de sus jefes, tiene que tachar lo que éstos le señalen como pecaminoso,
ne que hacer caso omiso de la ley de imprenta
catar las arbitrariedades de los que mandan.
misión fiscalizadora que ejerce en Europa la

prensa periódica es, por lo tanto, casi imposible en Rusia. «Hablen ustedes de todo, les dicen á los periodistas, pero no censuren la conducta del gobernador, ni denuncien los abusos de las autoridades, á menos de estar comprobados por la Justicia, ni se ocupen de asuntos políticos, so pena de que se suprima el periódico ó de que la multa que se le imponga equivalga á suprimirlo.» Esta situación de la prensa, incomprensible en Europa, se agrava en provincias. Generalmente los periódicos rusos, excepto los de Moscú y Petersburgo, Varsovia y Odessa, carecen en absoluto de interés. No teniendo medios de poseer buena información extranjera y no pudiendo publicar noticias interesantes del país, de la provincia ó de la ciudad en que se editan, resultan aburridos y hasta inútiles, como pertenecientes, por punto general, á un *empresario* ignorante y rico que solo busca el ganar dinero, encubriendo la gestión de las autoridades y adulándolas siempre. No es cosa rara que las Compañías de ferrocarriles y los municipios premien la conducta de los periódicos con anuncios bien retribuídos. ¿Y el periodista? El periodista ruso en nada se parece al periodista europeo, salvo en las grandes poblaciones del Imperio. «No hay profesión, dice un escritor ruso, que dé peores resultados que el periodismo, ni que someta que la ejerce á circunstancias más tristes. escasez de los sueldos y la falta de porvenir,

abusos de los directores y la situación misma de la prensa, que no tiene libertad ni derechos de ningún género, hacen que el periodista carezca, por punto general, del aplomo, de la actividad y de la cultura necesarias. Rusia se encuentra, desde este punto de vista, en un período de transición.»

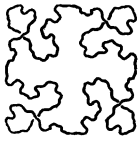
A primeros de Octubre de 1900 se publicaban en el Imperio 88 periódicos políticos, casi tantos como provincias, excluyendo á Finlandia. Cuarenta y dos de éstas no tenían periódicos, y de los 88, 28 veían la luz en las grandes ciudades. No todos eran diarios; 25, ó sea el 36 por 100 del total, se publicaban todos los días, y los demás de dos á cuatro veces por semana. Los precios de suscripción oscilaban entre 10 rublos (35 pesetas) al año, en las capitales, y 5 (20 pesetas) en las provincias.

La prensa más importante, la más leída y, por lo tanto, la que más influencia ejerce en la opinión, es la de Petersburgo y Moscú. Los periódicos de ambas capitales pueden clasificarse en tres grupos: de gran circulación, de pequeña circulación y baratos. Al primer grupo corresponden en San Petersburgo las *Wiedómosti*, las *Nówosti*, el *Nowoie Wremia*, las *Birschewia Wiedómosti* y la *Rossiya*, y en Moscú las *Russkia Wiedómosti*, las *Moskowskia Wiedómosti* y el *Kuriér*. Al segundo grupo corresponden en Petersburgo: la *Petersburgskaya Gazeta* y el *Peters-*

burgsky Listok, y en Moscú el *Moshowsky Listok,* las *Nówosti Dniá,* el *Russkoie Slowo* y el *Russky Listok.* Al tercer grupo corresponden en ambas capitales numerosos periódicos, entre ellos el *Sviet,* que desempeña un papel análogo al del *Petit Journal.* Cada grupo tiene sus lectores asiduos. Los de la prensa de gran circulación se interesan por el movimiento general, no solo ruso, sino europeo; son gente muy culta y que gusta mucho de enterarse de lo que sucede fuera de Rusia. Los de la prensa pequeña leen principalmente las noticias locales, los relatos de sensación, las revistas de tribunales y las novelas baratas. Los del último grupo se hallan esparcidos por toda Rusia y prefieren las noticias de la sociedad petersburguesa y moscovita, así como los relatos de toda clase de sucesos ocurridos en Rusia. La política internacional les interesa muy poco y desconocen en absoluto el carácter y las condiciones de los países de Europa.

La prensa rusa, lo mismo que todos y cada uno de los elementos del Imperio, necesita desarrollarse y exige grandes y radicales reformas, inspiradas todas ellas en un espíritu ampliamente liberal y progresivo. Si en Rusia, á pesar de las limitaciones que impone la censura, se publican 10.000 obras al año y se lanzan al mercado 58 millones de libros, ¿qué aumento no perimentarán los negocios editoriales el día q se encuentren libres de toda traba? Y si la pr

sa, á pesar también de los obstáculos con que tropieza, cuenta con periódicos como el *Nowoie Wremia* y las *Nóvosti*, de Moscú y Petersburgo, que pueden competir con los mejores de Europa, ¿qué influencia no podrá ejercer bajo un régimen de libertad completa, idéntico al que existe en los países de Europa y con un Gobierno que concentre todos sus esfuerzos en levantar el nivel intelectual de la gran masa de la población, sin temores ni vacilaciones de ninguna especie?



XIII

La expansión colonial.

Imposible sería terminar el rápido bosquejo que hemos hecho de la Rusia contemporánea sin hablar de su expansión, de esa expansión que ha convertido á un Estado insignificante en potencia formidable y universal. Sería omitir el rasgo que mejor caracteriza el Imperio moscovita y equivaldría á ignorar una de las cualidades más notables de la raza eslava, su movilidad extraordinaria. Los rusos, y muy especialmente los que alardean de panslavófilos, creen que el porvenir reservado á su patria será más brillante que el actual poderío de Inglaterra; y mientras los unos, fijos los ojos en Europa, sueñan con la federación de los pueblos eslavos, los otros, mirando á Asia, aseguran que andando el

tiempo el Imperio del Zar dilatará sus dominios por todo el continente, sin que haya nación ni raza que pueda oponerse á su avasalladora influencia.

Dejando á un lado toda exageración, que no otra cosa es, hoy por hoy, la unión de los eslavos, sometidos á muy diversas circunstancias en Alemania, en Austria y en los Balkanes, y el dominio absoluto de Asia, donde se ha hecho fuerte un rival tan poderoso y temible como Inglaterra, y concretándonos á la realidad, preciso es reconocer que la expansión de Rusia durante las dos últimas centurias justifica las patrióticas ilusiones de sus hijos.

Su territorio es hoy diez veces más grande que el del antiguo reino de Moscú y comprende seis millones de kilómetros cuadrados más que á la muerte de Pedro el Grande. Eliseo Reclus calcula que ha aumentado á razón de 80 kilómetros cuadrados por día durante los últimos doscientos años, siendo lo más notable el haberse realizado buena parte este aumento sin grandes dificultades, sin tener que luchar con los obstáculos que entorpecían la marcha de los grandes pueblos colonizadores, sin necesidad de conquistas y por el esfuerzo natural y lógico de una población que emigra y se establece en regiones cada vez más lejanas, fusionándose, generalmente, con los habitantes de ellas y convirtiéndolos en iguales suyos por la religión y la

tura. La primera expansión se verificó hacia el Norte y el Este: al Oeste se hallaban pueblos más cultos y más fuertes, los suecos y los polacos. Los colonos rusos, mejor dicho, los emigrantes, porque generalmente obedecían las expansiones al deseo de evitar la persecución religiosa ó el peso de los impuestos, formaban colonias y ejercían notoria influencia en la población indígena. Los primeros en experimentar sus efectos fueron los finlandeses, esparcidos por el Norte de Rusia, y como carecían de cohesión y eran pacíficos, pronto cayeron bajo el dominio ruso.

El verdadero choque se verificó entre los eslavos y los tártaros, raza que poseía una organización política. Gengiskan, que ya había derrotado á los rusos en las proximidades del mar de Azoff, detuvo sus conquistas en el Cáucaso; pero su hijo Batia pasó el Wolga, atacó primero á Riazan y sometió por último á todos los Reinos que componían entonces el Imperio ruso, formándose un Estado formidable regido por los kanes. Esto sucedía en 1240. Los rusos se encontraron en situación parecida á la de los españoles bajo la dominación de los árabes, y lo mismo que ellos iniciaron una reconquista.

La tiranía tártara concluyó al fraccionarse el Imperio de Gengiskan; en 1480 Ivan III penetraba en Moscú y se proclamaba victorioso, y en 1553 quedan en poder de los rusos los Kanatos indepen-

dientes de Kazan y Astrakan, llegando hasta las riberas del mar Caspio. La supresión del yugo tártaro tuvo para Rusia enorme importancia, no ya desde el punto de vista de su independencia, sino desde el punto de vista de su expansión. Vencidos y deshechos los tártaros, llevadas las fronteras moscovitas al mar Caspio y á los Urales, ya nada se oponía á que los rusos emigraran á aquella parte de Asia que hoy se denomina Siberia, y, en efecto, á raíz de la toma de Kazan, el príncipe tártaro Yediger, soberano del Norte de Asia, solicitó la protección de Ivan el Terrible.

La historia de la conquista de Siberia iniciada en aquella época es altamente interesante. Asesinado Yediger por un tártaro de las estepas de Asia denominado Kuchun, los rusos no solamente no cobraron tributo de Siberia, sino que tuvieron que sufrir los continuos ataques de sus habitantes. En aquel entonces la región comprendida entre el Kama y la Dwina estaba ocupada por colonias moscovitas que gozaban de grandes privilegios. Los más ricos de aquellos colonos eran los comerciantes de la familia Strogonof, que poseían enormes extensiones de terreno y monopolizaban el tráfico del Nordeste de Rusia. Tan bien les iba con su negocio que desearon ampliarlo y rogaron á Ivan el Terrible que les concediese más tierras autoridoles á administrar justicia y á levantar tr para su defensa, á lo cual accedió el Zar

tártaros, sin embargo, no se daban punto de reposo. Cruzaban los Urales y saqueaban los poblados rusos, llevándose cuanto podían, incluso á las mujeres.

Los Strogonof acudieron de nuevo al Zar para que les permitiese combatir á los tártaros y apoderarse de sus tierras en las mismas condiciones que las ya explotadas. El Zar les otorgó el permiso, y la poderosa Compañía de comercio, que no otra cosa venía á ser la familia Strogonof, requirió el auxilio de los cosacos del Wolga, gente bravía y muy amiga de robar y saquear, y especialmente el de Yermak, el más valiente y desalmado de todos ellos, á quien Ivan el Terrible había condenado á muerte por sus continuas depredaciones. Yermak aceptó la oferta y salió para Siberia en 1.° de Septiembre de 1581 acompañado de sus cosacos. El Zar les ofreció su perdón siempre y cuando acabasen con los tártaros de allende los Urales, y en 1587, después de tomada la capital de aquéllos, Sibir, se comenzó la construcción de Tobolsk. La conquista de Siberia duró un siglo. En 1636 ya habían llegado los rusos á la desembocadura del Yenisei; en 1637, á la del Lena; en 1639, al mar de Okhotsk; en 1648 llegaban al Kamtchatka; en 1651, el ataman Jabarof se establecía en el Amur; pero

inta años más tarde, derrotados por los mandes (1688), abandonaban á éstos por el tra- o de Nierchinsk toda la región de aquel río.

Las adquisiciones territoriales en Europa continuaron bajo el reinado de Pedro el Grande. Después de la paz de Nischtad, Rusia se anexionó la Estlandia y la Liflandia, la Ingermanlandia y la Corelia y una parte de Finlandia con Wyborg. Al año siguiente, en 1722, Pedro el Grande marchó contra Persia y sus tropas se apoderaron de las orillas occidentales del Caspio. A la muerte de este soberano, el primero que ostentó en Rusia el título de Emperador, los dominios rusos se dilataban desde el Caspio al Báltico y desde las estepas del Kamtschatka hasta las fronteras de Polonia. Ya tenía Rusia una salida á mares frecuentados, una ventana por donde mirar á Europa; pero todavía los tártaros dominaban bajo la protección de los turcos las riberas septentrionales del mar Negro. En 1772, á consecuencia del primer reparto de Polonia, Rusia adquiere la Rusia Blanca; en 1793, á consecuencia del segundo, recibe la Ukrainia y la Podolia, la Wolynia y una parte de Poliés; en 1795 se apodera de la Litwa y de Kurlandia, y, por último, la guerra que al mismo tiempo sostenía contra los turcos, acrecienta sus dominios con las riberas del mar Negro, la Península de Crimea y una parte del Cáucaso.

Todo esto se verificó bajo el reinado de Catalina II. Alejandro I adquirió la Finlandia pc paz de Fridriechsham en 1809, en tanto qu famoso general Kutusof, después de vencer

hambre al ejército turco, conquistaba la Besarabia y dos regiones del Cáucaso. En 1815 Varsovia, con la región del Vístula, pasaba á manos de los rusos, quedando con esto fijadas las fronteras occidentales del Imperio. Las orientales no lo estaban, ni siquiera lo están hoy definitivamente. En 1828, bajo el reinado de Nicolás I, Rusia adquiría, por el tratado de Turkmanchai, las provincias de Erivan y Najichevan, pertenecientes á Persia, al mismo tiempo que una nueva guerra contra los turcos acrecentaba sus posesiones de Occidente, daba la independencia á Grecia y Servia, Moldavia y Valaquia, y le aseguraba el dominio de las riberas occidentales del Cáucaso. La gran lucha, la lucha desesperada contra las tribus de esta región, que ya había comenzado en tiempos de Catalina II, se hizo, á partir de entonces, encarnizada y cruel por ambas partes. Los rusos sufrieron graves percances; Chamil y Kasi-Mullah los derrotaron en más de un encuentro; pero el primero de estos jefes caucasianos cayó en poder del Príncipe Bariatiensky en Agosto de 1859, y la guerra terminó con este suceso, comenzándose desde luego la reforma de las instituciones de aquella hermosa provincia.

La actividad de los rusos en el Asia central prende y maravilla por lo incesante. No tenían allí que luchar con una oposición tan tenaz como en el Cáucaso, pero sí con los peligros que

ofrecían para un ejército las estepas sin agua, la insalubridad del clima y los calores del verano. Inauguradas las expediciones allende el Caspio en tiempos de Pedro el Grande, los rusos no abandonaron la idea del gran monarca de conquistar la India, y si no la realizaron abrieron el camino que á ella conduce. Más de cien años duró la lucha en las estepas kirguisas, y en 1849 el general Perowsky creaba la línea de fortificaciones de Sir-Daria.

Las conquistas se sucedieron unas á otras con pequeños intervalos. En 1853 se apoderaron las tropas rusas del territorio de Sir-Daria; en 1862 de Semiriechinsk y de Zail hasta las fronteras de China; en 1865 de Taskent, formándose el territorio que lleva el nombre de Turquestán ruso; al año siguiente penetraron en Bukara, y después de la batalla de Irdjar (1868), se hicieron dueños de Jodschent y Samarkanda, conservando la soberanía nominal del Emir. Muy pronto comenzaron las operaciones militares contra el kanato de Kiwa, y en 1873 caía en poder de los rusos con carácter autónomo. Igual suerte cupo en 1876 al emirato de Kokanda que se transformó en territorio de Fergan.

Durante el reinado de Alejando III la expansión rusa en el Asia central hizo enormes progresos. Pocas semanas después de su elevac al trono sancionó la anexión de las regiones comanas conquistadas por Skobelef; en 1

decretó la del oasis de Merv que llevaba las fronteras rusas al Herat, á dos pasos del Afghanistan; y aunque, como ahora veremos, Inglaterra impidió su avance por ese lado, Rusia se extendió por las mesetas del Pamir, hasta que un convenio de fecha 1895 puso término á un avance peligroso para las posesiones británicas. Solamente en el reinado de Alejandro III los dominios rusos de Asia aumentaron en 429.000 millas cuadradas.

Hasta 1849, es decir, hasta que Rusia no se aproximó al Afghanistan, sus intereses no se hallaron en oposición con los de ninguna potencia; es más, realizaba una obra meritoria poniendo término al estado de embrutecimiento ó de anarquía reinante en los decadentes emiratos limítrofes suyos; pero cuando las tropas rusas en su avance á través del Asia llegaron al emirato de Bukara y se apoderaron de él, y cuando hicieron lo propio con el emirato de Kiwa, hubo una potencia, dueña de inmensos territorios en Asia y celosa defensora de sus intereses en aquella parte del mundo, que les salió al paso, si no abiertamente, al menos de un modo encubierto. A decir verdad, aun en los momentos en que la rivalidad anglo-rusa parecía no tener más solución que la guerra, la diplomacia moscovita se aprovechó de las circunstancias para cooperar á la obra emprendida por las tropas imperiales. En Abril de 1876, cuando la Reina Victoria tomó

el título de Emperatriz de la India, Disraeli, á la sazón Presidente del Consejo, declaró en la Cámara de los Comunes que lo hacía principalmente para que la soberana ostentase un título igual al del Emperador de Rusia, cuya influencia en Asia amenazaba la India. No andaba muy descaminado el futuro Lord Beacousfield, pues, de allí á poco enviaron los rusos una expedición, cuyo objeto era tomar posesión de Balk, al pie de las montañas de Cabul, á las puertas del Afghanistan; y aunque esto no llegó á realizarse ante las reclamaciones de la Gran Bretaña, los rusos no cejaron un punto en su empeño de desarrollar y afirmar su influencia allí donde los ingleses aspiraban á que no tuviese rival la suya. La campaña del Afghanistan, producida por las intrigas rusas, fué tan costosa como inútil para Inglaterra, y mientras la Cámara de los Comunes votaba en 1881 la evacuación de Kandahar, Rusia se anexionaba el territorio de Akal y el de Merv, estando á punto de izar su bandera en el mismo Kandahar. El grave conflicto que estalló entre ambas potencias en 1885 con motivo también del Afghanistan, terminó en forma parecida, es decir, anexionándose el Imperio moscovita parte de los territorios en litigio, y diez años después puso coto la Gran Bretaña á su política demasiado expansiva con convenio que delimitaba la influencia rusa las mesetas del Pamir.

La actividad de los rusos en esa parte de Asia no ha cesado un instante, y después de organizar el gobierno y la administración de los nuevos territorios, conservando en muchas partes las leyes musulmanas y poniendo siempre término á las crueldades y horrores de los decadentes soberanos de raza turca, se ha aproximado cada vez más á Persia y al Afghanistan, llevando á ambos países los productos de su industria, construyendo ferrocarriles que los ponen en comunicación casi directa con Rusia, y amenazando, en una palabra, la influencia inglesa en las regiones próximas á los Estados de la India. Un viajero americano, Mr. Crosby, recién llegado del Asia central, manifestó no ha mucho que la obra realizada allí por los rusos es real y verdaderamente asombrosa, que su prestigio en el Turquestán oriental es superior al de Inglaterra, y que llevará á cabo la conquista pacífica de esa región en cuanto las circunstancias lo permitan. El último resultado de la eterna rivalidad entre Inglaterra y Rusia es la cuestión del Tibet, región donde los rusos iniciaban ya la misma política que en Bukara, en Kokanda y en Kiwa. La Gran Bretaña no podía consentirlo, y se ha apresurado á demostrar á los tibetanos que no está dispuesta á consentir

nadie se establezca en una región tan próxima á la India.

Mientras esto sucedía en el centro de Asia, no

estaban ociosos los rusos en la parte oriental de la Sibèria, y prosiguiendo lo obra emprendida por Yermak y sus imitadores, que ya en 1649 habían llegado al mar de Okhotsk, trataron de colonizar la región y aun de ensanchar sus fronteras con nuevas adquisiciones, entendiendo que les era indispensable llegar hasta las riberas del Pacífico si querían dar á la Siberia la importancia comercial y política que real y verdaderamente merecía. El general Muravief fué quien realizó en gran parte los designios de Rusia, ocupando, primero, parte muy considerable de la Mandchuria, obteniendo, más tarde, la anuencia de China á este despojo, y fundando algunas poblaciones en la ribera del Pacífico, entre ellas Vladivostok.

La importancia de la lucha sostenida por Rusia en Asia á nadie se oculta; pero los grandes resultados de la conquista pacífica de su territorio europeo no son tan conocidos. La raza rusa no se distinguía, como otras, por la impaciencia y el exclusivismo, y su expansión no destruía á las razas que se alzaban en su camino. Las tribus finlandesas, á costa de las cuales se desarrolló la nacionalidad moscovita, no desaparecieron de la faz de la tierra, no perecieron al ponerse en contacto con los rusos como perecen las tribus aborígenes de la América del Norte bajo la influencia de la raza anglosajona ó como desaparecen los indígenas de Australia y de toda Oc

nía. Los naturales de Siberia y de Asia, y en general los pueblos de razas diferentes de la eslava, no fueron convertidos en esclavos ni exterminados por inútiles. El proceso colonizador ruso se efectuó pacíficamente en la mayoría de los casos, fusionándose los conquistadores y los conquistados ó conservando estos últimos sus creencias y sus costumbres. Los tártaros de Kazan y de Kostrom, de Vilna y de Grodno, han conservado hasta hoy ambas cosas, no obstante hallarse rodeados por la población eslava. Es más, á la aristocracia rusa pertenecen numerosas familias de origen tártaro ó caucasiano. A esta facilidad con que los rusos admitían elementos extraños á su raza, á esta facilidad con que se fusionaban con los pueblos más heterogéneos, transformándolos y haciéndoles que adoptasen, dentro del límite de lo posible, los hábitos y las prácticas moscovitas, se debe la expansión rusa en Asia y la docilidad relativa de los conquistados.

Tres aspectos principales ostentó la colonización rusa. Conforme al primero, los vencidos pagaban una contribución al vencedor y perdían poco á poco á sus jefes naturales, á quienes reemplazaban funcionarios rusos. En la mayoría de los casos los indígenas, al cabo de algún tiempo, se convertían en súbditos sumisos y obe-
entes: entre la tiranía y el abuso de sus prín-
es y la relativa dulzura del nuevo régimen,
era dudosa la elección. Entonces comenzaba

á hacerse sentir el influjo de las leyes rusas: los delitos de importancia se juzgaban conforme al Código del Imperio y lentamente se abolían las antiguas prácticas indígenas.

El segundo aspecto de la influencia ejercida por los rusos sobre los naturales de Asia se reveló en el aumento progresivo de la cultura de éstos. Y no es que los colonos rusos hayan sido siempre superiores á los indígenas en punto á ilustración, no, sino que su presencia en los parajes habitados por éstos determinaba forzosamente un cambio en el género de vida del indígena. Las tribus que se consagraban al pastoreo y hacían vida nómada necesitaban por fuerza inmensas extensiones de terreno, de que carecían tan luego los rusos, se incautaban de la tierra y la cultivaban. Sin quererlo convertíanse los naturales en agricultores, como sucede en la estepa Kirguisa, y aprendían de los colonos moscovitas á labrar los campos y á construir casas, á emplear armas de fuego y á hablar el ruso.

El tercer aspecto que ofrece la colonización rusa es el peor, es la difusión entre las tribus indígenas de los vicios propios de los pueblos de Occidente y de enfermedades antes desconocidas. Y la razón no se debe ocultar á nadie. Los colonos rusos, especialmente los primeros, no pertenecían, como es lógico suponer, á las cl
altas de la sociedad moscovita, sino á lo peo
ella; eran en su mayoría desterrados por del

comunes, ladrones y asesinos que explotaban por todos los medios posibles á una población indígena inocente de puro salvaje.

Este fué sin duda el mayor error que cometió Rusia al acrecentar sus dominios en Asia, el destinarlos á la deportación, sirviéndose de ellos para limpiar á la metrópoli de detritus sociales. Hoy día ha comprendido al fin la falta cometida y ha suspendido el envío de presos á Siberia, al mismo tiempo que favorecía la emigración de agricultores; pero los resultados del antiguo sistema se notan hoy en la poca seguridad de las ciudades y de los campos siberianos.

El estudio de la influencia ejercida por los grandes ferrocarriles asiáticos, que partiendo de Moscú atraviesan el Asia hasta Puerto Arturo de una parte, hasta Orenburgo de otra y, por último, hasta las fronteras del Afghanistan, acrecentando el valor de regiones antes despobladas y que no necesitan más que riego para convertirse en emporios de riqueza; el estudio, decimos, del gran esfuerzo colonizador ruso, resulta altamente interesante é instructivo, pero demasiado vasto para que nosotros tratemos de emprenderlo, y así citaremos únicamente algunas cifras que demuestran el aumento sufrido por la emigración rusa á los parajes conquistados durante los dos últimos siglos.

En los siglos XVII y XVIII la población de Siberia se componía única y exclusivamente de

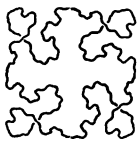
desterrados y soldados. En 1703 la formaban 143.000 almas; en 1796, 700.000. Las emigraciones voluntarias se iniciaron á mediados del siglo XIX y desde entonces no han cesado. Los datos más exactos, sin embargo, se refieren á los años 1882-1899, y se expresan de este modo:

1882	10.000	almas.
1883.....	34.000	—
1884.....	9.100	—
1885.....	11.300	—
1886.....	14.800	—
1887.....	18.400	—
1888.....	31.000	—
1889.....	37.000	—
1890.....	47.000	—
1891.....	82.000	—
1892.....	84.000	—
1893.....	61.000	—
1894.....	72.000	—
1895.....	100.000	—
1896.....	202.000	—
1897...	86.000	—
1898.....	205.000	—
1899.....	225.000	—

Desde 1894 á 1899 se han repartido como sigue los emigrantes á Siberia: Orenburgo, 14.000 almas; Turgai, 8.000; Tobolsk, 120.000; Akmolinsk, 150.000; Tomsk, 400.000; Yenisei, 74.0 é Irkutsk, 9.000.

La población de Siberia asciende, según

Censo de 1897, á 5.700.000 almas, distribuídas especialmente á lo largo del ferrocarril de Siberia. El aumento que ha experimentado es muy grande, y sin duda proseguirá en vista de las facilidades otorgadas por el Gobierno á cuantos desean adquirir tierras en esa parte de Asia. La industria y la agricultura están desarrollándose lo mismo en Siberia que en las demás posesiones asiáticas de Rusia; los ferrocarriles las han abierto al tráfico y, por lo tanto, es lógico suponer que progresen y que sus ciudades, hoy pequeñas en su gran mayoría, se conviertan, andando el tiempo, en centros poderosos del comercio de Asia.



XIV

El conflicto ruso-japonés.

La llamada cuestión de Mandchuria, una de las causas de la guerra actual, al decir de los gobiernos ruso y japonés, es antigua y su origen hay que buscarlo en los tratados de Aigún y de Tientsin (1858-60), en cuya virtud se posesionaron los rusos de la región del Amur, convertida hoy por ellos en región Primórskaya ó Marítima. Los rusos, por consiguiente, llegaron á las riberas del Pacífico y se instalaron en la isla de Sakalin antes de 1858, aspirando á la posesión de [illegible]a la Mandchuria cuando los japoneses sus [illegible]inos no habían abandonado sus costumbres [illegible]ntales por las europeas ni podían pretender

en modo alguno servir de obstáculo al logro de las ambiciones coloniales moscovitas. La posesión de la Mandchuria es, además, una consecuencia lógica de la expansión de Rusia, tanto más lógica, cuanto que no existe solución de continuidad entre dicho territorio chino y las posesiones de Siberia.

La manera que tuvieron los rusos de apropiarse el territorio del Amur fué por demás curiosa. Las tropas aliadas ocupaban la ciudad de Pekin (1860) y los chinos temían que la ocupación se prolongase más de lo regular. El general Ignatief, ministro de Rusia, aprovechándose del pánico reinante entre los chinos, les ofreció la mediación del Zar para lograr que los aliados apresurasen su marcha, siempre y cuando que el Celeste Imperio, correspondiendo al favor que se le hacía, se aviniese á rectificar la frontera chino-siberiana del Amur. Cuando las tropas inglesas y francesas se retiraron, *motu proprio* y sin la menor intervención del diplomático ruso, China, cumpliendo lo ofrecido, rectificó en tal forma la frontera aludida, que cedió á Rusia cerca de 600.000 kilómetros cuadrados, un litoral extenso, buenos puertos y entre ellos Vladivostok.

Durante los treinta y tantos años que mediaron entre estos sucesos y la guerra chino-japonesa, nadie volvió á ocuparse de la Mandchuria y los rusos pudieron realizar los propósitos q

les animaban sin que nadie les estorbase. La construcción del transiberiano, cuyo fin no era otro que facilitar el desenvolvimiento material del Asia rusa y el envío de grandes núcleos de tropas en caso de una guerra con China, tocaba á su fin y los ingenieros rusos observaron que la distancia entre el Baikal y Vladivostok se acortaría en gran manera atravesando la Mandchuria y evitando el rodeo que imponía el paso del ferrocarril por territorios exclusivamente rusos.

Esta circunstancia, y el deseo de explotar las riquezas naturales de aquella parte de China, privada hasta entonces de comunicaciones rápidas, hicieron que el Gabinete de San Petersburgo solicitase y obtuviese el permiso necesario.

Así las cosas, estalló la guerra chino-japonesa, y el Imperio del Sol naciente logró, después de su victoria y amén de una indemnización de guerra, la península de Liao Tung, extremidad meridional de la Mandchuria, donde está Puerto Arturo. Semejante cesión no podía convenir á Rusia, desde el punto y hora que comprometía el porvenir de sus colonias del Pacífico, cuya prolongación no podía ser otra que la Mandchuria y el Liao-Tung, y así puso en juego los resortes de su diplomacia para obligar á los japoneses á abandonar su adquisición, so pretexto de que su presencia allí constituía una constante amenaza para China y Corea. Colocados en la disyuntiva de perder el fruto de su campaña ó de verse envueltos en complicaciones gravísimas,

fuerza les fué á los japoneses salir de Puerto Arturo, no sin recabar antes de China la promesa de que no cedería jamás aquel punto estratégico á ninguna potencia. Por más que Rusia consideró entonces poco menos que como un agravio las sospechas de los japoneses, los hechos demostraron cuán fundadas eran éstas.

En Septiembre de 1896 el Banco ruso-chino, institución genuinamente rusa, sostenida por el Ministerio de Hacienda de San Petersburgo, firmó con el Gobierno chino un convenio en cuya virtud obtuvo la concesión de ferrocarriles que pusieran á China en comunicación directa con las líneas rusas del Baikal y el Ussuri, y los ingenieros rusos que iban á hacer el trazado del ferrocarril de la Mandchuria llegaron acompañados de respetable número de cosacos encargados de protegerlos. En Agosto de 1897 ya había tropas rusas en Kirin; en Noviembre del mismo año pedía Rusia permiso para que su flota invernase en Puerto Arturo, y en Marzo del siguiente arrendaba este puerto, el de Talienwan y la península entera de Liao-Tung, con autorización para prolongar, como al punto lo hizo, el ferrocarril de la Mandchuria hasta Puerto Arturo. Al obtener estas concesiones, las mismas que se habían hecho al Japón, declaró Rusia que no abrigaba el menor deseo de faltar á los trata existentes ni de atentar á la independencia China, y contestó á las observaciones de In terra manifestando que necesitaba una base p

su escuadra, la cual ni podía depender de Vladivostok ni hallarse á merced de los japoneses. Excusado es decir el efecto que esto produciría en el Japón, el cual se limitó, sin embargo, á apoyar el arriendo de Wei-hai-wei á Inglaterra, para que así quedase restablecido el equilibrio de fuerzas. Rusia no se durmió sobre sus laureles: el ferrocarril transmandchuriano dió resultados admirables, desarrollando el comercio de la región atravesada; fundáronse ciudades nuevas, entre ellas Dalny, construída en poco más de un año, y se perfeccionaron las condiciones ofensivas y defensivas de Puerto Arturo. En 1899 había ya 20.000 soldados rusos en este puerto, y numerosos destacamentos de cosacos protegían el ferrocarril.

La insurrección boxer sorprendió á los rusos cuando más atareados estaban en fortificar sus nuevas posesiones y en afianzar su influencia política en Mandchuria; y por más que en un principio creyeron que no iba contra ellos, se apresuraron muy luego á restablecer el orden en el Norte de aquella región, empleando procedimientos durísimos y aprovechando la oportunidad para invadir el territorio chino, no sin declarar solemnemente que la ocupación sería transitoria. En Noviembre de 1900 el almirante xeief invitó á China á reasumir el mando en provincia, bajo ciertas y determinadas con-iones que la mantenían virtualmente en po-de los rusos; descubrióse después la existen-

cia de negociaciones ruso-chinas encaminadas á la devolución de la Mandchuria á cambio de enormes privilegios en esta y en otras provincias chinas; dió lugar esto á las naturales protestas de las demás naciones; hubo activo cambio de notas, seguridades de buena fe por parte de Rusia y reclamaciones por la de Inglaterra, el Japón y los Estados Unidos, y Dios sabe cuánto hubiera durado este tiroteo diplomático si no se llega á firmar, en Enero de 1902, la alianza anglo-japonesa y si no sobrevienen complicaciones en Corea. El primer resultado de la indicada alianza fué el convenio entre Rusia y China, en cuya virtud la primera se comprometía á devolver á la segunda la Mandchuria, retirando sus tropas poco á poco, en los plazos que á este efecto se fijaron.

Aceptado este convenio por todos como una solución, nunca hubiera determinado una guerra de haberse cumplido exactamente. Pero Rusia quiso echar mano de su eterna política de promesas y de vaguedades, obligándose á cumplir una cosa que iba contra sus intereses y que de llevarse á cabo ponía término, al menos por mucho tiempo, á su expansión en China. Varias veces se dieron las órdenes conducentes á la evacuación y otras tantas verificaron las tropas rusas movimientos que nada tenían que ver ella y que antes demostraban el propósito permanecer en la Mandchuria que el de aba. narla. A pesar de las constantes indicacion-

los representantes extranjeros en San Petersburgo, y á pesar también de los reiterados ofrecimientos del Gobierno ruso, llegó el 8 de Abril de 1903, último plazo para el abandono de la Mandchuria, sin que éste se verificase, y meses después las tropas rusas volvían á ocupar á Mukden, sometiendo la región entera á la ley rusa, lo mismo que en los primeros días de la ocupación.

Acostumbrada á los éxitos de su política de evasivas, Rusia experimentó un primer desencanto con los tratados chino-americano y chino-japonés firmados recientemente, y en los cuales se estipula la inmediata apertura al comercio europeo de Mukden, Autung y Tatungkau, ciudades ocupadas por sus tropas. El segundo desencanto ha sido aún mayor: la ruptura de relaciones y la guerra con el Japón.

La cuestión de Corea ha desempeñado en las relaciones ruso-japonesas un papel mucho más importante que la de Mandchuria, lo cual nada tiene de extraño estando unidos los japoneses á los coreanos por estrechos lazos de religión y de raza, y considerando los primeros que el territorio de los segundos debe forzosamente pertenecerles tarde ó temprano (1). Cuando Rusia se

(1) A fines del siglo XVI, el Shogun japonés Daiko Fidejosi minó conquistar la China y buscó la alianza de Corea. El de esta última, que no tenía animosidad alguna contra su no del Celeste Imperio, se negó á aceptar la proposición del nés, el cual invadió la Corea con un ejército de 150.000 hom-. Los chinos acudieron en auxilio de los coreanos, pero fue-ompletamente derrotados cerca de Ping-Yang. Esto no obs- los japoneses se retiraron.

estableció en el territorio del Amur, instalándose frente al Japón, del cual ya era vecino por Sakalin y las Curiles, se establecieron entre ambos países relaciones de comercio. En virtud del Tratado de 1875, del cual no quedaron muy satisfechos los japoneses, abandonó Rusia las islas Curiles y se ratificó en la posesión de Sakalin; pero apenas se zanjaron las cuestiones suscitadas por esta delimitación de fronteras, surgió una cuestión nueva y más importante: la de Corea.

Durante muchos años lucharon los japoneses por vencer la influencia china en aquel reino sin conseguirlo, y no pudiendo desalojar pacíficamente al Celeste Imperio de la situación excepcional de que gozaba en Corea, apelaron á las armas; pero Rusia vigilaba cuidadosamente este asunto, y ya hemos visto cómo logró expulsar á los japoneses de Port-Arthur, posición estratégica que ambicionaba para sí. Preciso es decir que la conducta de los japoneses en Corea no fué en los primeros tiempos tan hábil como debiera haber sido, y que sus excesos trajeron como consecuencia inevitable el que durante cierto tiempo prevaleciese en Seul la influencia rusa, pero después se aprovecharon de las preocupaciones que originaba á Rusia la cuestión de Mandchuria con objeto de recobrar el terreno perdido y de afianzar sus posiciones, oponiéndose á la concesión de cuanto pudiera favorecer los extranjeros, fundando escuelas japonesas de todas clases, prestando dinero al Gobierno

reano, introduciendo su papel moneda, construyendo el ferrocarril de Seul á Fusan, desarrollando el comercio y favoreciendo la inmigración japonesa.

Había reconocido el Japón los derechos de Rusia sobre la Mandchuria; Rusia, por su parte, reconoció el que asistía al Japón para intervenir en los asuntos de Corea, y todo marchaba á pedir de boca cuando en 1900 solicitó el Gabinete de San Petersburgo la concesión de Masampo en la costa Sur de Corea, frente al Japón, y no habiendo podido conseguirla, pretendió el puerto de Cling-kai-wan, situado á 20 millas del anterior, con igual éxito, por más que se le otorgaron, en cambio, privilegios importantes. El Gobierno japonés no pudo ver esto con buenos ojos; y aunque hubo un momento en que se creyó posible conciliar los intereses de Rusia con los del Japón, y á este deseo se debió, sin duda, el viaje del Marqués Ito á San Petersburgo, ya era tarde y los rivales estaban demasiado interesados en no suspender sus trabajos de propaganda. Firme en su propósito de apoderarse poco á poco de Corea, comenzó Rusia el año pasado á la explotación de terrenos de Riangpo en la desembocadura del Yalu, y desde entonces comprendieron los japoneses que tenían que habérselas con un rival más temi-

bajo todos aspectos de lo que ellos creían, ue era preciso resolver rápidamente el asunso pena de convertirse en meros espectado-

res de la absorción de aquella tierra prometida.

La creación del Virreinato del Extremo Oriente, y el nombramiento del Almirante Alexeieff para desempeñarlo, hicieron que se perdiesen las últimas esperanzas de arreglo si alguna quedaba. Desde aquel momento era de prever el resultado de las negociaciones entabladas entre los Gabinetes de San Petersburgo y de Tokio. La guerra era fatal é inevitable. Ambos gobiernos aseguraban que el objeto que perseguían era el mantenimiento de la independencia de Corea, sin que los guiase otro móvil que el de la paz; pero los sucesos ocurridos en el Extremo Oriente durante los últimos años demuestran hasta la evidencia que ni los japoneses ni los rusos pensaban de este modo, y, por si cupiese alguna duda, lo primero que han hecho las tropas del Mikado al llegar al Seul es proclamar, sin ambajes ni rodeos, la anexión del desgraciado Imperio coreano á los dominios de aquél.

La guerra actual, según se desprende de los antecedentes que preceden, reviste caracteres de excepcional importancia; en ella se decidirán los futuros destinos de una raza, y lo que debemos desear todos es que se solucione de tal modo que no tenga Europa que contar, *imprescindiblemente* en un plazo más ó menos breve, con un nuevo factor: el factor japonés.

Rusia contemporánea.

Indice.

Páginas.

PRÓLOGO 5

I
El territorio.

Extensión del territorio ruso.—Su aspecto y condiciones climatológicas.—Lagos y ríos.—Dimensiones de las provincias. Aumento del territorio.—Riquezas naturales que encierra 11

II
La población.

Aumento experimentado por la población de Rusia desde el siglo XVII hasta nuestros días.—Desarrollo de las ciudades.—Densidad de población.—Coeficientes de natalidad y mortalidad.—Migraciones obreras. Emigración. Inmigración de extranjeros 19

III
Las razas.

Diversidad de las que pueblan el Imperio ruso.—Eslavos.—Rusos.—Polacos.—Los cosacos.—Finlandeses y sus afines.—Armenios.—Turcos.—Razas del Cáucaso.—Hebreos 29

IV
Los idiomas.

...es que ofrece el estudio de los hablados en ...itorio ruso.—Su clasificación. El ruso: su his-

Páginas.

toria y sus dialectos.—Idiomas lituanios, germánicos, persas, frigios y semitas. Lenguas del Cáucaso: idiomas y dialectos uralo-altaicos. Finlandeses, mongoles, turcos, etc. Idiomas primitivos. Influencia del ruso sobre todas estas lenguas..... 41

V

Las Religiones.

Importancia de las ideas religiosas en el Imperio ruso.—Estadística religiosa de éste.—Los ortodoxos: carácter é historia de la religión ortodoxa: sus sectas, causas que las produjeron.—Los católicos.—Los protestantes.—Los mahometanos y armenios.—Los hebreos.—Religiones de Asia: budistas, lamaitas y paganos.—Actitud del Gobierno y del clero ortodoxo en lo referente á la propaganda religiosa.—Escasos progresos de la religión del Estado..... 51

VI

Las nacionalidades.

Diferencias políticas y sociales existentes entre los elementos de la población del Imperio.—Aspiraciones políticas de los rusos.—Estado moral y material del pueblo ruso.—Liberales y retrógrados.—La cuestión polaca.—Los finlandeses.—Los hebreos y armenios.—Otros factores de desunión..... 71

VII

El Zar y su Gobierno.

Razón de ser del absolutismo ruso.—El Emperador.—El Consejo de Estado.—El Comité de Ministros.—El Consejo de ídem.—El Senado.—El Santo Sínodo.—Los Ministerios.—Cancillerías del Emperador. Administración local: los gobernadores.—Divisiones administrativas.—Administración de justicia. Las Diputaciones provinciales *(Zemstwos)* y los Municipios: cómo es-

Páginas.

tán constituídas y qué influencia ejercen en el país..... 89

VIII

Las clases sociales.

Clasificación legal de los habitantes del Imperio ruso.—Á qué obedece. La nobleza: su origen y sus privilegios.—Asambleas nobles.—La burguesía: cómo se formó; sus clases.—Los campesinos: su historia; sus juntas autónomas.—El clero: razón de la escasa influencia que ejerce en la sociedad rusa.—Supresión gradual de los privilegios de casta..... 113

IX

El presupuesto ruso.

Aumento experimentado por el presupuesto ruso desde el siglo XVII hasta nuestros días.—Mecanismo administrativo-financiero.— Elementos que forman el presupuesto.—Ingresos principales.— Contribuciones directas é indirectas.— Aduanas; pagos de rescate.—Influencia que ejercen sobre la clase pobre.—Lo que paga el campesino.—Diferencia entre los impuestos indirectos y los directos.—Gastos: su clasificación. Los ferrocarriles, el ejército, la marina y la instrucción pública.—Desproporción entre unos y otros gastos.—Opiniones de un economista ruso..... 137

X

La Agricultura rusa.

Importancia que tiene para Rusia. Clasificación de los terrenos y zonas de cultivo.—Á quiénes pertenecen las tierras. Decadencia de la nobleza é incremento de los campesinos.—Cómo se verificó la abolición de la esclavitud.—Problema agrario.—Forma como poseen la tierra los campesinos.—Lo *óbchina* ó comunidad: en qué consiste y qué influencia ejerce.—El campesino no arrendatario del noble.—Terrenos cultiva-

Páginas.

dos y su producción. Coeficiente de las cosechas. Su mala repartición.—Decadencia de la agricultura en Rusia y sus causas..... 155

XI

La Industria, el Comercio y las Vías de comunicación.

Estado de la Industria y del Comercio antes de Pedro el Grande. Desarrollo adquirido desde entonces por la industria rusa.—La región de Varsovia y la de Moscú.—Aumento del número de fábricas y obreros desde 1762 hasta 1893.—Influencia de los extranjeros en este desarrollo. ¿Es verdadero ó ficticio? La pequeña industria: su importancia. Valor de la producción industrial en Rusia.—Las Vías de comunicación: su estado actual.—Los ferrocarriles. Cómo se han desarrollado y á qué precio. Los grandes ferrocarriles de Siberia y del Transcaspio. Ríos y canales.—Desarrollo del comercio exterior desde 1654 hasta nuestros días.—El proteccionismo.—Comercio interior.—Las ferias.—Comercio exterior. Estadística del mismo.—Artículos de exportación y países consumidores. Idem de importación.—Resultado general del comercio según los rusos..... 179

XII

La cultura popular.-El Libro y la Prensa.

Estado de la cultura popular rusa en tiempos de Pedro el Grande y de sus sucesores.—Lucha entre liberales y retrógrados.—Participación del Gobierno en los gastos de la primera enseñanza.—Actitud de los *Zemstwos* y Municipios: su influencia en el desarrollo de la cultura. Aumento experimentado por el número de escuelas y el de alumnos desde 1856 hasta 1896.—El Magisterio ruso.—Estadística intelectual. El Libro Desarrollo de los negocios editoriales en la segunda mitad del siglo XIX. ¿Qué lee el pueblo ruso? Bibliotecas y conferencias populares.-

Páginas.

Breve historia de la Prensa rusa: influencia que ejerce sobre ella la censura.—El periodista ruso. Periódicos políticos.—La Prensa de Moscú y San Petersburgo 211

XIII

La expansión colonial.

Ambiciones moscovitas.—Expansión de Rusia antes de Pedro el Grande.—Conquista de Siberia.—Adquisiciones territoriales en Europa.—La expansión rusa en Europa y en Asia durante los siglos XVIII y XIX. Polonia, Finlandia, Pequeña Rusia, Crimea y Cáucaso.—Conquista de éste último y adquisición de los emiratos del Asia Central.—Rivalidad anglo-rusa.—Anexiones territoriales en el Extremo Oriente.—Carácter de la colonización rusa.—Aumento de la población y de la riqueza de Siberia..... 241

XIV

El conflicto ruso-japonés.

La cuestión de Mandchuria.—Su origen.—Anexión del territorio del Amur.—El ferrocarril de la Mandchuria.—Guerra chino-japonesa.—Adquisición de Puerto Arturo.—Actividad de los rusos en aquellas regiones.—Reclamaciones de las potencias europeas.—Conducta de Rusia.—Alianza anglo-japonesa. La evacuación de la Mandchuria.—Resultado de la política rusa.—La cuestión de Corea.—Rivalidad ruso-japonesa.—La guerra..... 259

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

AUG 5 1974 VU

4379583

Slav 3079.04.5
Russie contemporanea;
Widener Library
005511595
3 2044 085 356 780